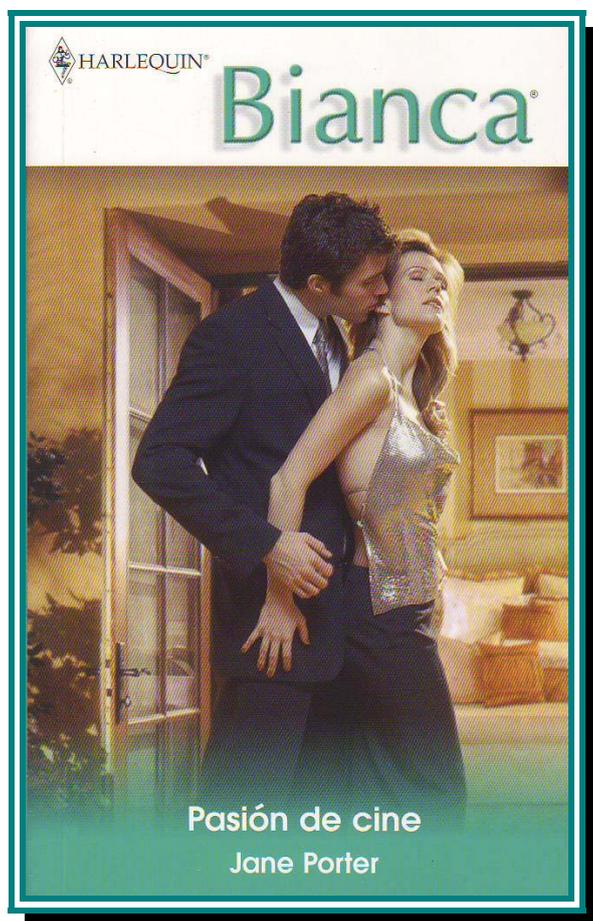


Pasión de Cine

Jane Porter



Pasión de cine (21.02.2007)

Título Original: Hollywood Husband, Contract Wife (2006)

Editorial: Harlequín Ibérica

Sello / Colección: Bianca 1735

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Wolf Kerrick y Alexandra Shanahan

Argumento:

Un engaño tras otro... y acabaron convertidos en marido y mujer.

Wolf Kerrick estaba acostumbrado a aparecer en los periódicos. Esa vez el sexy actor había convertido a una chica corriente llamada Alexandra en una celebridad... y después en su esposa.

Pero toda la sofisticación y la elegancia de la boda estaban empañadas por un oscuro secreto... un secreto que, si llegaba a oídos de los periodistas, provocaría un tremendo escándalo.

Prólogo

La boda no debería haber ocurrido. Era sólo una farsa, un trabajo para el que la habían contratado. Pero la farsa tenía que haber terminado mucho antes de llegar al altar.

Eso pensaba Alexandra Shanahan mientras se aferraba a su precioso ramo con manos sudorosas. Creía que todo estaba siendo un error y no podía concentrarse en las palabras del pastor. Ni siquiera le gustaba Wolf Kerrick. Después de cuatro semanas luciéndola por Hollywood como su nueva novia, no había conseguido sentir cariño por él. Todo lo contrario, ahora le gustaba menos. Pensaba que era un hombre horrible, en todos los sentidos.

Era un personaje demasiado rico, demasiado exitoso y demasiado poderoso. Eso la incomodaba, pero lo peor de todo era el poco respeto que sentía por las mujeres. Las trataba como juguetes.

Y ahora se estaba convirtiendo en su esposa.

Alexandra tragó saliva, atónita y deshecha por dentro.

Ella, que siempre podía con todo y que solía enfrentarse al peligro sin titubear, se estaba casando con el actor más famoso del mundo. Se le nubló la vista e intentó respirar profundamente. Sentía que iba a desmayarse delante de todo el mundo.

Wolf presintió lo que pasaba y la tomó por el codo.

—Será mejor que no te desmayes —le dijo con su acento mezcla de irlandés y español.

Esa voz hacía que las mujeres cayeran rendidas a sus pies, era parte de su atractivo, junto con su imagen de chico malo. Todos lo adoraban y querían en sus películas.

Su metro ochenta y cinco de estatura lo llenaba con un fabuloso cuerpo de anchos hombros y estrecha cintura. Estaba tan bien desnudo en escenas románticas como con un esmoquin en la última de James Bond que había rodado.

Alexandra levantó la barbilla y se apartó su brazo.

—No lo haré —repuso en un susurro.

Aunque no estaba segura de no acabar en el suelo. Estaba asustada, tanto como no lo había estado desde que se mudara a Los Ángeles cuatro años antes.

Habían sido cuatro años muy largos. Durante los que había luchado para alcanzar la fama en Hollywood. Y por fin había llegado, pero no por los motivos que hubiera querido.

—Entonces sonrío. Tienes una cara que parece que vas a morirte —le comentó él.

—No tendré esa suerte... —dijo, sonriendo por si alguien la estaba mirando.

—Soy el hombre de tus sueños, ¿recuerdas?

Ésas habían sido las palabras de Alexandra, pero las había pronunciado en un momento de pánico y crisis. Se le revolvió el estómago, esperaba no hacer una escena, eso sería demasiado. Se estaba metiendo en un lío tremendo.

Se mordió el labio mientras intentaba que se le pasara un nuevo mareo. Ayudaba la brisa de Santa Bárbara, que levantaba su velo y removía sus rizos. Se estaba casando con Wolf Kerrick. No podía dejar de pensar en ello. Estaba a punto de ser la señora Kerrick, Alexandra Kerrick.

Cerró los ojos. Le temblaban las manos.

No entendía por qué creía que iba a poder fingir ser su novia ni por qué llegó a pensar que iba a poder manejar a ese hombre. Tampoco entendía por qué había tenido que ir a vivir a Hollywood, ése había sido el origen de todos sus males.

Capítulo 1

Beverly Hills, California.

Cinco semanas antes...

Alexandra Shanahan pensó que el hecho de que la invitaran a comer con el actor más poderoso de Hollywood era una oportunidad entre un millón.

—¿Que quieres que haga qué? —le preguntó atónita a Wolf Kerrick.

—Que pretendas ser mi nueva novia —repitió él sin mucho entusiasmo.

No podía creérselo. Le parecía ridículo hacer de su novia. Era una idea absurda. Se hubiera reído si su estómago no estuviera dándole vueltas.

Toda la comida había sido absurda. Comían en el exclusivo restaurante del Hotel Beverly Hills, donde nunca se podían hacer reservas. El cielo azul brillaba sobre la terraza donde almorzaban, y a Alexandra le llegaba con claridad el fragante olor de las gardenias y rosas que los rodeaban.

Se presentó a él en cuanto se sentaron. Fue un poco tonto, pero después de todo, nunca los habían presentado formalmente, y le pareció lo más adecuado.

El había repetido, pensativo, su nombre.

—¿Shanahan? Me suena bastante.

—Hay un famoso entrenador de fútbol americano que se llama igual —repuso ella, algo nerviosa.

Intentó ignorar los susurros a su alrededor. Todo el mundo los observaba, o al menos a él, que era la gran estrella de cine y terriblemente apuesto. No podía culpar a la gente.

—Quizás sea eso —contestó él—. O a lo mejor me suena porque es irlandés.

Ella sonrió brevemente antes de bajar la mirada, abrumada por su presencia.

Wolf Kerrick era más grande, masculino, fuerte y musculoso que cualquier otro actor del momento. Nadie lo confundía con otro actor, sobre todo gracias a su pelo oscuro, sin duda por sus orígenes españoles, y a su boca, que era tan perfecta como sensual.

—Daniel me dijo que tenías una oferta de trabajo para mí —dijo ella, aún nerviosa y queriendo ir directamente al grano.

No vio razón para dar rodeos, no iba a poder pedir el almuerzo y comer en su presencia, así que quería terminar cuanto antes la entrevista.

—Así es.

Ella asintió para llenar el silencio, esperando a que dijera algo más, pero no lo hizo. Le quemaban las mejillas.

—Daniel dijo que yo sería perfecta para ese trabajo —insistió ella.

– Y lo eres – repuso él mientras inclinaba la cabeza para mirarla mejor.

No sabía si sentirse halagada o asustada. Ese hombre parecía mucho más cercano y amigable en la gran pantalla. En ese momento parecía estar por encima de la gente. No parecía humano, sino una especie de oscuro guerrero, un vengador con un objetivo en mente.

– Estoy buscando a alguien que ocupe un puesto que se ha quedado vacante.

– ¿Sí? – repuso ella, cruzando las manos en el regazo.

– Se trata del papel de mi nueva novia.

Casi se cae de la silla.

– ¿Qué? – dijo, mirándolo fuera de sí.

– Es un truco publicitario – repuso él sin mucho ánimo—. Se trata de un trabajo de entre cuatro y seis semanas. Y, por supuesto, serás bien compensada por ello.

Estaba atónita y le faltaba el aliento.

– Yo... Yo no podría hacer eso. – tartamudeó ella mientras tomaba su vaso de agua.

Había empezado a sudar, y estaba muy acalorada. Se había vestido demasiado para una comida al aire libre. Sentía que iba a derretirse en cualquier momento.

– Yo no... – continuó—. Yo no salgo con... con actores.

Wolf parecía estar divirtiéndose con todo aquello.

– No tienes que hacerlo, sólo tienes que fingir que sales conmigo.

«Con Wolf Kerrick, una estrella mundial de cine», se repitió ella.

Bebió más agua, tenía tanto calor que no podía ni pensar con claridad. Se arrepintió de no haberse vestido de otra forma para la entrevista y de no haber llevado con ella a alguien. Su jefe, Daniel de Voors, que era uno de los mejores directores de la industria del cine, le había dicho que Wolf Kerrick tenía una proposición para ella. Había pensado que quizás necesitara una asistente personal. Nunca se le pasó por la cabeza que lo que estaba buscando era una amante.

– ¿Por qué? – susurró ella.

– Eres joven, sana y normal, alguien con quien el público puede relacionarse.

«Joven, sana y normal», se dijo ella. Le dolía que no la encontrase atractiva después de lo que se había esforzado ese día. Nunca solía llevar maquillaje, pero para la comida se había aplicado rímel y un poco de pintalabios. Pero no debía de haber conseguido nada con ello. Era, simplemente, una joven sana y normal. Respiró profundamente.

– Pero, aún no entiendo...

– Es una idea de mis relaciones públicas para reducir los daños sobre imagen – comentó él.

Ella frunció el ceño. Cada vez le costaba más centrarse en lo que le estaba diciendo. Se sentía muy desilusionada. Había estado entusiasmada con la idea de conocerlo; esa noche apenas había dormido, y ese día se había arreglado con mucho cuidado. Pero ahora sólo se sentía herida y decepcionada, porque no había ningún trabajo para ella, sólo una ridícula proposición. Se sintió herida, y levantó la cabeza.

—¿Reducir los daños? —repitió ella—. ¿Para qué iba a necesitar reducir los daños? —insistió.

Pero se dio cuenta de lo que hablaba al segundo: le hablaba de Joy Hughes. Estaba segura de que todo aquello era por la historia que había tenido con Joy Hughes. Lo miró y lo entendió todo. Wolf no quería contratar una novia, tampoco quería estar con ella en ese restaurante. Estaba haciendo todo eso para reparar su malherida reputación. Y sabía lo que le había dañado tanto, su relación de un año de duración con Joy Hughes, una actriz casada.

—¿Tiene esto que ver con su... con su relación? —le preguntó.

Se sentía avergonzada y dolida, no podía creer que Daniel de Voors la hubiera sugerido como posible novia.

—No ha habido ninguna relación —contestó él con una mueca.

—Si no hubiera ninguna relación, no me necesitaría, ¿no? —repuso ella sin acobardarse.

Wolf se inclinó sobre ella, mirándola con sus oscuros ojos.

—No ha habido ninguna relación —insistió él con seriedad.

Sus palabras eran casi amenazas. Pudo notar que se estaba enfadando, pero ella también lo estaba. Debía de pensar que ella era tonta para creerse todo lo que le dijera. Podía ser algo inocente, pero no era estúpida.

—Todo el mundo sabe que usted y Joy llevan un año juntos.

Wolf y Joy Hughes eran superestrellas del celuloide, personificaban el poder y el glamour de Hollywood. Tanto que, cuando se vieron involucrados en una relación, su romance llegó a los titulares de las revistas, y había permanecido allí durante casi seis meses. Ella, además, estaba casada con otro famoso actor. De vez en cuando, las revistas sacaban sus fotos.

—No es exactamente un secreto —añadió ella.

—La prensa se inventó esa relación —insistió él con dureza—. Pensé que acabarían por cansarse, eso le dije a Joy, pero no lo han hecho. El público cambia muy rápido. A lo mejor hoy están interesados en los cotilleos y el escándalo, y mañana no. Los rumores se desmadraron, y tememos que esas revistas del corazón acaben influenciando la audiencia de mis películas. Y yo no puedo arriesgarme a que eso ocurra porque perjudicaría a todos los que trabajan en ellas.

Reconocía que en eso tenía razón. Llevaba cuatro años en Hollywood, tres trabajando en Producciones Paraíso, y sabía que un fracaso en taquilla afectaba a cualquiera, dejándole un punto negro en su currículum. Intentó sacar sentido a su propuesta.

—Pero ¿generar más atención de la prensa fingiendo un romance conmigo? Es un truco de Hollywood demasiado viejo. Pensé que ya no lo hacían —le dijo.

—El estudio quiere que le pruebe que Joy y yo no estamos juntos —repuso él, mirándola con intensidad—. Si me ven con usted les daré la prueba que necesitan.

—¿Sólo al verle conmigo?

—Así funcionan las revistas del corazón. Hacen fotos y escriben reportajes especulando sobre la felicidad y el futuro de los famosos. A menudo sin entrevistar a ninguna fuente de confianza —le indicó él con resquemor—. Después de que nos vean juntos en público durante una semana, pasaremos a ser pareja.

—¿Eso es todo?

—A veces basta con una fotografía —repuso con una mueca—. Pero tengo que advertirle que la presión puede ser muy fuerte. Hay paparazzis por todas partes, los fotógrafos montan guardia a mi puerta. En cuanto sepan cómo se llama, investigarán sobre usted y sabrán dónde ha trabajado, qué hace, con quién ha salido... —dijo, mirándola—. ¿Tiene algún escándalo en su pasado? ¿Algo que la prensa pueda sacar a la luz?

Ella sacudió la cabeza.

—¿Algún antiguo novio del que se tenga que arrepentir?

Alexandra sacudió de nuevo la cabeza. Apenas había salido con hombres. Había crecido en un aislado rancho donde no había muchas oportunidades de salir con nadie. Y a los diecinueve, cuando llegó a Los Ángeles, se le quitaron las ganas de tener novio. Todos los hombres allí eran superficiales y poco profundos, no tenían las cualidades masculinas que más admiraba. Todos amaban los coches, los bronceados y los restaurantes caros más que nada. Y les gustaban las mujeres con pechos de silicona.

—No hay nada en mi pasado que le pueda interesar a las revistas del corazón.

Pensó brevemente en su madre, que murió cuando era joven, y de la esposa de su hermano mayor, muerta en accidente de tráfico. Pero esas no eran el tipo de cosas que iban a interesar a las revistas sino momentos duros de su vida privada, razones por las que había salido de Montana. Necesitaba su propio espacio e independencia. Lo que no había tenido al ser la pequeña de seis hermanos, todos varones menos ella.

Le parecía que perdería el control de su vida y su privacidad si aceptaba la proposición de Wolf Kerrick. La seguirían, fotografiarían y molestarían continuamente.

—Haré que le merezca la pena —le dijo él como si pudiera leer su pensamiento—. He hablado con Daniel y tus estudios. Están dispuestos a ofrecerle una importante promoción si acepta mi oferta. Y, cuando termine su labor, podrá ser la ayudante de dirección de Daniel.

—¿Ayudante de dirección? —repitió ella, obnubilada por la posibilidad.

—Sí.

Por primera vez desde que escuchó la propuesta, estuvo tentada a aceptar. La promoción le permitiría dejar de hacer cafés y fotocopias y estar de verdad metida en el proceso de creación de una película. Pero, al mirar a Wolf, se dio cuenta de que su decisión no sería tan sencilla. Wolf era un hombre, un actor tan famoso por su talento en la pantalla como en la alcoba.

Era famoso por sus conquistas, pero ella no podía hacerlo, y no lo haría. Y quizás él lo esperaba de ella. Lo miró a los ojos.

—Señor Kerrick, creo que debería saber ahora mismo que no estoy dispuesta a hacer con usted escenas del sofá... No lo haré, no me han criado para ser ese tipo de mujer.

Él le dedicó media sonrisa; parecía divertirse con aquello.

—Nunca he tenido que presionar a una mujer para llevármela a la cama...

—Lo sé, pero no quiero que piense que más tarde aceptaré hacerlo...

—Señorita Shanahan, no se preocupe por eso. Perdóne mi brusquedad, pero usted no es mi tipo.

Se sonrojó de inmediato, y se le heló la sangre. Nunca se había sentido tan humillada, pero era culpa suya. Estaba avergonzada, pero estaba claro que no era su tipo y que nunca querría llevarse a alguien como ella a la cama. Podría tener a cualquier mujer del mundo, ¿por qué iba a elegirla a ella?

—Lo siento —repuso con voz ronca—. Pero no creo que vaya a funcionar, no soy lo que necesita —dijo, recogiendo su bolso del suelo—. Y no voy a cambiar para satisfacerlo.

Se levantó para escapar, pero él alargó la mano y la detuvo.

—Se equivoca, es exactamente lo que quiero y necesito —le dijo con voz profunda.

Sus palabras la sorprendieron, pero fue su contacto lo que hizo que le temblaran las rodillas.

—Ya sé que no soy Miss América, pero no tiene por qué ser cruel conmigo...

—¿Cruel? —la interrumpió él—. Estoy halagándola, la he elegido para que haga el papel de mi amante. No se lo pediría a cualquiera.

—Y ¿se supone que debo sentirme halagada por eso?

—Sí.

Ella apartó la mano. No le gustaba la prepotencia con que hablaba, como si quisiera dominarla a ella y a todo el mundo.

—Ahí es donde te equivoca usted —le dijo con lágrimas en los ojos—. Porque no me siento halagada por que haya decidido que juegue un papel en su vida. No soy un accesorio, señor Kerrick. ¡Ni para usted, ni para nadie!

Inspiró con dificultad y miró a su alrededor; todo el mundo los observaba.

—La gente nos está mirando —le dijo ella—. Por favor, suélteme y deje que me vaya.

—La soltaré, pero quiero que se siente y termine esta...

—Esto ya ha terminado —repuso ella, furiosa.

—No, no lo está. Siéntese —le dijo Wolf—. Ahora. Por favor... —añadió con algo más de suavidad.

Alexandra se sentó de nuevo y él se inclinó sobre la mesa.

—No deje que el orgullo se interponga, señorita Shanahan. Su jefe me dijo que era lista y ambiciosa. Esto le dará la oportunidad de darse a conocer por sí misma.

—¿Darme a conocer como qué? ¿Su falsa novia? —preguntó, mirándolo con incredulidad—. Cree que debería entusiasmarme su propuesta porque sólo soy una chica normal. Soy ambiciosa, pero no tanto como para salir con usted y fingir ser su novia para conseguir que me asciendan. Me horroriza que pueda ganar respeto en la profesión sólo porque me vean con usted por la ciudad. Las cosas no deberían funcionar así...

—Quizás no, pero son así.

—¿Y no cree que es inmoral, que está mal?

—No, me parece práctico.

—Para usted, ¿que es el que sale con mujeres casadas! —exclamó, levantándose de golpe y alejándose de la mesa.

Sorteó las mesas, intentando contener las lágrimas, y fue hacia el lavabo de señoras. Comenzó a llorar antes de tener tiempo de cerrar la puerta del baño. Recordó que por cosas así su padre no quería dejarla ir a California, y era también lo que sus hermanos le habían predicho que pasaría. Todos le dijeron que era demasiado joven e inexperta para sobrevivir en una ciudad sin escrúpulos como Los Ángeles. Ella estaba dispuesta a trabajar duro para demostrarles que se equivocaban, pero hacer de novia de Wolf Kerrick no estaba entre sus planes.

Se limpió las lágrimas con la mano y recordó lo que le acababa de decir. Iba a pagarla por ser vista con él, se iba a asegurar de que la compensaban. Sintió que le faltaba el aire.

Pero entonces se dio cuenta de que no tenía por qué volver a la mesa, no tendría por qué volver a verlo ni oír sus palabras, podía simplemente irse, tomar su coche y volver al trabajo.

Eso la tranquilizó, se lavó la cara y secó las manos. Tenía su bolso con ella, y el aparcacoches le podría traer su vehículo.

Salió decidida del baño, pero no pudo dar más de dos pasos antes de detenerse horrorizada. Wolf Kerrick la esperaba, y de pie parecía aún más alto de lo que recordaba. Se sintió nerviosa sólo al verlo.

—El lavabo de hombres está en el otro lado —le dijo despacio.

—Lo sé.

– El bar está en la otra dirección – insistió entonces ella.

– Sabe que la estoy esperando.

Alexandra suspiró. Estaba agotada, y ya no le gustaba ese tipo en absoluto.

– No sé para qué. No tenemos nada más que decirnos...

– Sí que lo hay. Por ejemplo, puede decir que sí – la interrumpió él con arrogancia.

– Es que no quiero decir que sí.

– ¿Por qué no? – le preguntó con una crudeza que ella no esperaba.

Estaba claro que estaba acostumbrado a conseguir siempre lo que deseaba.

– Yo nunca me vendería...

– No se trata de esclavitud. La estoy ofreciendo un salario.

– Quiero ascender en Hollywood por mí misma.

– ¿Cómo es eso? ¿Haciendo fotocopias, contestando el teléfono y sirviendo café?

Alexandra estaba roja de furia.

– ¡Al menos tengo respeto por mí misma!

– Conseguiría más respeto si tuviera un trabajo que de verdad la satisfaga.

– ¡Es usted insufrible!

– No le gusto nada, ¿verdad, señorita Shanahan?

– No.

– ¿Por qué no?

– No importa.

– A mí sí me importa.

– ¿Por qué? – repuso ella con fiereza—. ¿Es que todos tenemos que ser admiradores suyos y pedirle un autógrafo?

– No – contestó él, sonriéndole.

– Porque mentiría si dijera que me gusta. Solía admirarlo, pero fue antes de conocerlo. Ahora veo cómo es de verdad y no me gusta nada su actitud prepotente y condescendiente.

Él se metió las manos en los bolsillos sin dejar de mirarla.

– Su honestidad es refrescante, de verdad.

– ¿Ha sido agradable alguna vez?

Él hizo una mueca con la boca, como si estuviera reflexionando sobre su pregunta.

—No —dijo, sacudiendo la cabeza—. Pero puede salir conmigo y que no le guste.

—Eso sería horrible.

—Alexandra, no eres actriz, no sales con actores y no quieres que te asciendan en tu trabajo. ¿Qué es lo que haces entonces aquí? ¿Por qué no haces las maletas y te vuelves a casa?

Eso le dolió muy adentro porque ella misma se hacía muchas veces la misma pregunta.

—Porque aún quiero hacer películas —dijo con suavidad—. Y espero estar más metida en ese mundo algún día. Espero que me dejen demostrar lo que valgo.

Él la estudió un momento.

—Puedes demostrarlo —le dijo al fin—. Puedes colaborar en una película. Vamos a empezar a rodar *La orilla en llamas* dentro de un mes. Trabaja conmigo.

Alexandra se mordió el labio inferior. Le encantaba la idea de trabajar en una película, aprender y hacer algo positivo. También le gustaban los retos, pero no confiaba en Wolf.

—¿Crees que juntos podríamos generar buena prensa?

—Si no lo creyera, no estaría aquí ahora —le dijo con gran seriedad.

Capítulo 2

Wolf acompañó a Alexandra hasta la entrada del hotel, donde estaban los aparcacoches. Una multitud de flores cubrían las paredes rosas del edificio y llenaban de fragantes aromas el aire.

Alexandra podía sentir cómo la inspeccionaba él mientras esperaban el coche. La oferta no era el único problema. Y tampoco lo eran sus valores y su moralidad. Lo que más le preocupaba era su falta de experiencia. No sabía cómo iba a manejar a un hombre como aquél.

«Pero no saldríamos en serio. Todo es una farsa, en realidad no tengo que tocarlo, besarlo ni tener contacto físico con él», pensó ella.

Sólo pensar en la posibilidad hizo que comenzara a sudar, estaba claro que necesitaba más experiencia.

—Si me da algo de tiempo, podría pensar en su oferta con más detenimiento — le dijo después de un rato —. Si lo hago, puede que diga que sí — añadió, mirándolo a los ojos durante un segundo —. Pero no quiero sentirme presionada.

Respiró profundamente antes de hablar de nuevo.

—Si acepto, ¿cómo funcionaría el acuerdo?

Él no mostró ni una señal de satisfacción en su rostro.

—Haremos un contrato que incluirá una generosa compensación económica. Es probable que pierda algún día de trabajo por asistir a estrenos y fiestas. Después empezaremos a dejarnos ver juntos en público.

Hacía que sonara sencillo, pero no lo era; ella no era el tipo de persona al que se le invitaba a esa clase de eventos. Ella había sido criada por su padre, su abuelo y sus cinco hermanos mayores. Había sido la única mujer de la casa y creció sintiéndose un chico más.

—¿Y por qué crees que la gente va a creerse que... estamos juntos? —le preguntó ella, dejando de un lado sus recuerdos—. No soy... El tipo de mujer con el que suele salir.

—Muchos actores salen con maquilladoras, directoras de reparto, etcétera.

Ella vaciló un segundo.

—Algunos lo hacen, pero tú no.

—No debería creerse todo lo que sale en las revistas del corazón.

Quizás tuviera razón, pero había visto las fotos de las mujeres con las que había estado. Le gustaban las estrellas de cine, las modelos y las chicas de portada. Solía dejarse acompañar por féminas que tenían más escote que cerebro. Esa parte de la anatomía femenina no era su fuerte.

Ya en el instituto había aprendido que había dos tipos de chicas: las listas y las guapas. No parecía posible tener ambos atributos. Como ella no tenía aspecto de animadora, prefirió dedicarse a cultivar su cerebro.

— Los dos sabemos que no soy lo bastante guapa como para que se crean que sale conmigo.

— Podría serlo si se cuidara más — le dijo él —. Alexandra, parece que ni siquiera lo intenta...

Ella bajó los ojos, no sabía adónde mirar.

— No lo intento porque sé lo que soy y quién soy. No necesito maquillaje, extensiones en el pelo, un bronceado o uñas de porcelana para fingir que soy otra persona.

— ¿Qué otra persona?

— Una barbie. No quiero serlo, quiero que se me respete y me tomen en serio. Si cambio...

— Hablamos de cambiar su peinado, no su alma.

Ella levantó la cabeza al oírlo.

— Es lista — añadió —. Y sería. Así que lo siento, pero no podrías ser una barbie con esas cualidades.

Debería haberse sentido halagada, pero sólo se sintió más confusa. Cada vez que él la miraba, sentía calor por todo su cuerpo, un ardor que no hacía sino acrecentarse.

— No quiero que se rían de mí — añadió después —. La gente puede ser muy cruel. Sé que a las revistas les encanta sacar los defectos de los famosos en fotos poco favorecedoras.

— Antes de que salgamos juntos, algunos estilistas le asesorarán sobre su imagen y atuendo. Tengo unos cuantos profesionales que le harán más sencilla la transición.

— ¿Cuándo ocurriría eso? — preguntó ella, intrigada.

— En cuanto firmes el contrato.

Intentó imaginarse cómo sería ser asesorada por los estilistas más importantes de Hollywood, pero no podía hacerse a la idea. Había perdido casi diez kilos desde que llegó a Los Ángeles, pero aún se veía como la típica chica robusta de rancho que había llevado botas vaqueras antes que tacones.

— Una atractiva actriz sería mucho más fácil de presentar al público — le dijo en voz baja.

— No me apetece elegir a una chica que sólo se muera por darse a conocer como actriz...

— Pero en la vida real...

– Esto es la vida real, y sé que soy responsable de los trabajos de mucha gente. Sólo quiero hacer esta nueva película y hacerlo sin complicaciones emocionales.

Ella tardó un poco en digerir lo que le decía.

– No quieres que nadie se enamore de ti.

– Eso es exactamente lo que quería decir.

Por fortuna, su pequeño coche apareció en ese instante. El aparcacoches salió y le sostuvo la puerta abierta. Wolf la acompañó hasta el vehículo, y ella entró.

– Le llamaré –le prometió, ya sentada al volante.

– ¿Tienes mi número?

Ella le miró a los oscuros ojos y se distrajo contemplando la belleza de su masculino rostro. Le entró el pánico, nadie tenía una cara y un carisma como los que poseía él. Sabía que sería un error aceptar su proposición. Ella no era tan sofisticada ni experimentada como él.

– Aún tengo la tarjeta que me dio Daniel. Allí me apuntó el número de su móvil.

– Tómame tu tiempo –le dijo él, sonriendo—. Piense en sus opciones, y llámeme cuando esté lista.

Ella vaciló un segundo y después se asomó por la ventanilla.

– Cree que voy a decir que sí, ¿verdad?

– No lo creo, sé que lo hará –repuso él, sonriendo.

– ¿Por qué?

– Porque es lista y se dará cuenta de que ésta es la oportunidad de su vida.

«La oportunidad de mi vida», se repitió una y otra vez mientras conducía de vuelta a casa con las manos temblorosas.

Y aún seguía pensando en lo mismo cuando aparcó en el garaje próximo a su casa. Era una vivienda pequeña y, hasta hacía poco, la había compartido con otra chica a la que trasladaron por trabajo a Boston. Ahora Alexandra tenía que asumir sola todo el alquiler, y le costaba trabajo. Había pensado en alquilar una habitación, pero le encantaba tener la casa para ella misma. Además, si aceptaba la oferta de Wolf, ya no tendría que preocuparse por eso, podría pagar la renta sin problemas.

Esa idea le encantaba porque había sufrido mucho, económica y sentimentalmente, desde su llegada a Los Ángeles. Había trabajado como camarera, después había aceptado un empleo a tiempo parcial como asistente en un estudio independiente. Allí contestaba el teléfono, repartía el correo y hacía en general de chica de los recados, como ir al bar a por cafés para todos.

Le gustaba ser útil en la oficina. Se le daba bien, era lista, ágil y rápida. Podía hacer varias cosas a la vez, y nunca tenían que repetirle las órdenes. Trabajó allí durante un año y después se presentó para un trabajo en Producciones Paraíso. Le dieron el empleo y comenzó a hacer de ayudante de intensos directores y productores, a los que ayudaba en todo lo que necesitaran.

Llevaba tres años en ese trabajo, pensaba que había demostrado con creces su valía, pero nunca parecía llegarle la ansiada oportunidad de ascenso. No sabía por qué, porque tenía capacidad para asumir más responsabilidades, y ella se moría por obtener más riesgos y retos.

Entró en la cocina y tomó la tarjeta que le había dado Daniel, con el número privado de Wolf. Jugó con ella entre las manos, miró una y otra vez el número e intentó imaginarse las siguientes cuatro semanas. Estarían llenas de nueva ropa, divertidas fiestas y estilistas. Se mordió nerviosa el labio inferior. Sabía que sería un reto difícil, pero también apasionante. Cuando pensaba en Wolf Kerrick, sin embargo, se le chafaba toda su idea de diversión y se sentía insegura.

«Pero es una oportunidad de conseguir lo que quieres», se dijo.

Sin pensárselo dos veces, tomó el teléfono y marcó el número de Wolf.

—Soy Alexandra Shanahan —le dijo cuando él contestó—. Lo haré —añadió sin más preámbulos—. Pero antes de nada quiero la oferta y la promesa de que los estudios me contratarán como ayudante de dirección por escrito.

—Por supuesto.

—Y no quiero trabajar en películas de serie B, sino en las importantes, las de gran presupuesto.

—Desde luego.

—Y quiero dejar claro que esto es un trabajo —añadió, agarrando con fuerza el teléfono—. Actuaré como sea cuando haya cámaras, pero no haré nada inapropiado.

—Y ¿qué consideras inapropiado?

—Ni besos, ni caricias, ni sexo.

—Tendrá que haber un poco de intimidad para las cámaras.

—Vale, pero sólo para las cámaras, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —repuso él.

—Lo digo en serio, señor Kerrick.

—Lo he apuntado todo, señorita Shanahan. Recibirá el contrato estar tarde, sobre las siete.

Y el contrato llegó a las siete, tal y como había avisado, pero no lo llevó un mensajero, sino el propio Wolf Kerrick. No esperaba verlo, así que abrió la puerta con su viejo chándal puesto, una camiseta amarilla, descalza, con gafas en vez de lentillas y el pelo sujeto con una pinza. Sabía que parecía más una bibliotecaria que la chica diez que él iba a necesitar.

—Hola —lo saludó con timidez mientras se quitaba la pinza.

—Estás limpiando la casa, ¿no?

—Bueno, no le esperaba.

—Pero será mejor que entre, me han seguido dos fotógrafos. ¿Ve el coche rojo de la derecha y el blanco en la acera de enfrente? Están haciéndonos fotos ahora mismo mientras hablamos.

Alexandra abrió la puerta para dejarle entrar. Mientras Wolf echaba un vistazo a la casa, ella miró entre las cortinas. Vio los coches descritos por Wolf y los grandes teleobjetivos.

—¡Vaya! —exclamó Alexandra—. ¿Cómo sabían que venía para aquí?

—Siempre hay alguien detrás de mí; ha sido así durante años —dijo él, sentándose cómodamente en su sofá y colocando las piernas sobre la mesa—. ¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí?

—Casi tres años —respondió ella, aún desconcertada por tener a Wolf Kerrick en su salón—. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque no hay muchos muebles.

—Mi antigua compañera de piso se llevó casi todo a Boston.

Se estaba dando cuenta de que Wolf, a pesar de llevar sólo unos vaqueros y una camiseta gris, tenía aún aspecto de estrella de cine. Suponía que se debía a su cuerpo, su piel, su pelo negro y la manera en que se comportaba. No era sólo guapo, era elegante, intenso y tenía una presencia muy sexy. Alexandra exhaló, desconcertada.

Ése era el problema; era demasiado sexy para ella. Se había dado cuenta desde la primera vez que lo vio, en una película, por supuesto, hacía ya ocho años. En esa película, aunque no era el protagonista, su actuación había sido tan impresionante, que conseguía cautivar al público y robarle planos al actor principal. Recordaba cómo había llorado cuando su personaje moría hacia el final de la película.

Entonces sólo tenía quince años, pero no había olvidado nunca su cara ni su nombre.

Wolf Kerrick. Perpleja por cómo habían cambiado las cosas desde entonces, se sentó en la mesa de centro, frente a él.

—¿Firmo el contrato?

—¿Crees que puede hacer esto? —le preguntó él con sus penetrantes ojos.

Se había criado como un chico, entre tanto hermano, siempre con sus botas de vaquera. Era valiente y dura, pero todo había cambiado cuando se mudó a Los Ángeles, donde perdió toda su seguridad. No entendía por qué había ocurrido, debía de ser la influencia de Hollywood, que le hacía sentirse pequeña e insignificante.

—Sí, creo que puedo —le dijo con sinceridad.

Ella era la chica que lanzaba el lazo, montaba caballos bravos y saltaba desde el tejado del granero, sólo porque sus hermanos la retaban. No aceptaba un no por

respuesta, y pensaba que podría con todo aquello. Sonrió levemente, pero tembló de nuevo cuando él la miró con gran intensidad.

— ¿Cree que podrá conmigo? — murmuró.

El corazón le tembló en el pecho, sabía lo que le preguntaba. Había leído que era peleón, de carácter casi agresivo y dispuesto siempre a luchar. También sabía que todas las mujeres se derretían por él, y ella no estaba dispuesta a comportarse como ellas, como ella había sido.

— Sí — le contestó con firmeza —. No será un problema. Puede que sea un actor famoso, pero es sólo un hombre. Deme el contrato de una vez y deje que lo firme.

Él lo hizo, y ella lo desdobló para leerlo. Estaba todo incluido de manera clara. Con seguridad, rubricó el contrato y se lo entregó.

— Tome. Recibido y firmado — le dijo ella.

— Mi tortolita — bromeó Wolf mientras se guardaba el contrato.

Le quemaba la cara, y cruzó su mirada azul con la de él. El corazón le golpeaba con fuerza, pero aguantó su mirada y no bajó la cara.

— Podré con todo, señor Kerrick.

— ¿Es eso una amenaza, señorita Shanahan?

— No, es un hecho. Pude pensar un poco en su oferta, valorar las ventajas y desventajas, y he aceptado hacerlo por mí, no por usted. Sé lo que quiero y lo que tengo que hacer para llegar allí. No va a impedir que tenga éxito, nos jugamos demasiado — dijo, tragando saliva —. Los dos.

Él la observó con cuidado y siguió mirándola.

— Va a haber mucha presión.

— Ya me lo imagino — repuso ella, poniéndose en pie.

— A veces será tanta la atención, que vulnerará su intimidad.

— También he pensado en eso.

— ¿Está de verdad preparada para llevar esto a sus últimas consecuencias? ¿Lista para recibir maquillaje, peluquería, nueva indumentaria y todo ese cambio?

— Sí.

Él también se puso en pie.

— Mañana irá al Salón de Belleza de Juan Carlos, en Beverly Hills, ellos ya la esperan. Será un día muy largo. Un coche vendrá a buscarla a las siete.

— No quiero una limusina, señor Kerrick.

— Es parte del personaje, señorita Shanahan. Y, ahora que estamos de acuerdo, será mejor que nos tuteemos. Al fin y al cabo, ahora somos amantes — dijo, acercándose a ella —. Tú eres Alexandra, yo soy Wolf y somos una nueva pareja muy feliz.

Lo tenía tan cerca que apenas podía respirar.

– Claro – dijo, titubeando.

– Sígueme la corriente, y ya está.

– La corriente – repitió ella, nerviosa.

Podía sentir el calor de su cuerpo; su fuerza era tangible y real. Levantó la mirada y se perdió en sus ojos, sus fuertes rasgos y mandíbulas prominentes.

– Haré que te sea fácil – le prometió él.

– ¿Tan buen actor eres?

– No, soy tan buen amante...

Involuntariamente, dio un paso atrás.

– Dijiste que no habría nada sexual...

– En público, será mi trabajo conseguir seducirte. Queremos que los fotografías se fijen en nosotros.

Respiró profundamente; le parecía que ese hombre era la personificación del diablo mismo.

– En público, sí.

Él se agachó y la besó levemente en la mejilla.

– Pero en privado, sólo somos amigos, ¿recuerdas?

Le faltó la respiración cuando él la besó, y una corriente de calor inundó su cuerpo.

Wolf fue hacia la puerta de salida.

– Que no se te olvide poner el despertador. La limusina vendrá muy pronto – le recordó.

Alexandra se dejó caer contra la puerta en cuanto él la cerró. Su corazón aún latía con fuerza. Sabía que no iba a ser fácil. Fingir ser su novia iba a ser el trabajo más duro de su vida.

Pero luego intentó recomponerse; no quería llenar su cabeza de pensamientos negativos. Estaba harta de huir asustada; había firmado un contrato y ahora tenía que cumplir sus términos.

Llevaba cuatro años ya en Los Ángeles y estaba harta, quería una oportunidad, quería llegar a algún sitio, tener el éxito que tanto ansiaba. Quería fama, fortuna y poder. Lo quería todo.

Era el momento de hacer las cosas por las que había dejado su pueblo en Montana; quería alcanzar su sueño en Hollywood.

Capítulo 3

Le estaban cortando todo el pelo. Atónita y cubierta de ponchos de plástico, observaba cómo Juan Carlos cortaba poco a poco su larga cabellera.

– Te quedará precioso. Estarás guapísima – le aseguró él –. Sé paciente, ya lo verás.

Quería creerle, además, sólo se trataba de pelo. Sabía que si no podía soportar un corte de pelo, no iba a poder enfrentarse a todos los otros cambios.

– Ahora vamos a cambiarle el color – le dijo el estilista.

Treinta minutos después, aún estaba intentando acostumbrarse al olor a lejía y otros productos que procedía de su pelo. Era un proceso en dos partes, primero le teñían el pelo y luego le aplicaban mechas. Tenía la cabellera cubierta de trozos de papel de aluminio, y el olor que desprendía la mareaba. No entendía cómo había mujeres que se prestaban voluntariamente a una tortura como aquélla.

Juan Carlos le había explicado que iba a ponerle reflejos color ámbar, para dar calidez a su rostro y hacer que brillara como una chica dorada de Hollywood. Pero ella no estaba muy segura. Estaba tan nerviosa que tuvo que cerrar los ojos, respirar profundamente y contar hasta diez. Después abrió los ojos de nuevo, se vio en el espejo y tuvo que volver a cerrarlos.

No creía que todo aquello fuera a funcionar.

Volvió a casa cinco horas más tarde, y se miró en el espejo para ver la nueva versión de sí misma. Su pelo brillaba con una multitud de mechas y reflejos en distintos tonos. El corte de pelo le había dejado una melena por los hombros que caía con suavidad y volumen, dándole un aspecto sexy. Resaltaban sus ojos azules y los pómulos, que eran más bonitos de lo que creía.

La maquilladora le había enseñado a usar el perfilador y el carmín para hacer que sus ojos y boca destacaran más, aunque de manera sutil.

Se miró en el espejo con detenimiento, y le gustó lo que veía; estaba guapa. Más guapa de lo que había estado nunca. Se veía femenina, pero inteligente. Parecía más segura y fuerte.

No pudo evitar sonreír mientras miraba la imagen de una mujer nueva y desconocida para ella.

Se estaba dando cuenta por primera vez de que era guapa, casi tanto como las chicas de las revistas. Quizás se debería a los trabajos de peluquería y maquillaje, pero el caso era que ya no parecía la chica regordeta que había sido con once o doce años. Ni siquiera se parecía a la chica de diecinueve que había llegado a Hollywood, ansiosa por hacer películas.

Tocó el espejo y su reflejo.

– Tienes que ser una mujer segura y fuerte – susurró a la imagen que le devolvía el cristal.

Salió del baño con una sonrisa, fue hasta el salón y, antes de que pudiera decidir si ponerse a leer una revista o encender el equipo de música, oyó el timbre de la puerta.

El estómago comenzó a darle vueltas; estaba nerviosísima y asustada. Y no sabía por qué; no iba a ser la primera vez que saliera con Wolf ni la primera que iba a estar a solas con él.

Respiró profundamente y se recordó a sí misma todas las razones por las que había ido a Hollywood. Quizás Wolf Kerrick no estuviera a su nivel y quizás esas semanas fueran a ser duras, pero eran su pasaporte a una carrera profesional en el mundo del cine.

Se secó las palmas de las manos en sus pantalones negros, fue a la puerta y la abrió.

Y allí estaba él, mucho más alto y guapo de lo que recordaba.

Quizás eso era lo que la desconcertaba. Se había pasado toda su vida rodeada de hombres corpulentos. Brock y Cormac eran altos también, pero no tenían el atractivo latino ni la sensualidad que desprendía Wolf. Además, él conocía perfectamente los efectos que provocaba en las mujeres, lo que lo hacía aún más peligroso. Wolf era encantador y absolutamente letal.

—Sólo tengo que recoger mi bolso —le dijo ella, intentando esconder sus nervios—. ¿Quieres pasar?

—Si sólo tienes que hacer eso, te espero aquí.

Se dio media vuelta y fue hasta su cuarto; le temblaban las piernas. Tomó el bolso que los estilistas le habían entregado; costaba una fortuna, pero estaba cubierto por su presupuesto.

Lo agarró, sintiéndose, aunque fuera durante un segundo, como una estrella de cine. Sabía que se debía sólo a la peluquería, el maquillaje y la ropa, pero, aun así, era como un sueño hecho realidad. Le gustaba sentirse guapa, para variar.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer esta noche? —le preguntó cuando volvió a la puerta.

—He pensado en ir a tomar una copa y cenar —repuso él.

Alexandra asintió, y cerró la puerta. Y antes de bajar los peldaños, Wolf se acercó y giró el pomo para asegurarse de que la había cerrado bien. Ese gesto la sorprendió y le pareció bonito; la hizo sentirse segura de algún modo.

Pero estaba aún mirándolo cuando él levantó la vista y se cruzaron sus miradas. Alexandra no pudo evitar temblar por dentro, y se olvidó del sentimiento de seguridad que tenía.

Era una noche cálida. Se metieron en el coche, y Wolf condujo hasta Santa Mónica, aparcando enfrente del lujoso Hotel Casa del Mar. Uno de los edificios más antiguos de la ciudad, había sido desde siempre uno de los locales más exquisitos y caros. Acababan de restaurarlo, devolviéndole todo el glamour de antaño.

Aunque nunca había estado allí hasta esa noche, Alexandra sabía que el café del hotel era conocido por ser lugar de encuentro de literatos e intelectuales, que bebían y conversaban frente a los enormes ventanales.

El sitio estaba lleno cuando entraron, pero milagrosamente apareció un hueco en seguida para Wolf, y una camarera llegó de inmediato a atenderlos. Todo el mundo hablaba animadamente, y las conversaciones parecieron detenerse cuando ellos entraron. Los observaban descaradamente, tanto hombres como mujeres.

—Se me olvidó que eras una estrella —dijo ella, sentándose con cuidado en el asiento de terciopelo rojo, sin querer despeinarse.

—¿Se te olvidó?

—Bueno, se me olvidó que iba a ser así, con todo el mundo tan pendiente de ti. Observan todo lo que haces y dices. Es increíble, supongo que eso es lo que implica ser una estrella.

Él se encogió de hombros, no parecía estar preocupado.

—La gente es curiosa. Quieren saber si soy tan interesante como los personajes que interpreto.

—¿Lo eres? —le preguntó ella.

Él rió ligeramente.

—No —repuso él, tomándole la mano y acercándosela a la boca.

Le besó la yema de los dedos. Después puso la mano de Alexandra sobre la suya y le besó también el dorso sin dejar de mirarla.

—Me temo que soy muy aburrido.

Ella, por supuesto, sabía que no era así. Su mirada de fuego contradecía sus palabras, y Alexandra sintió un nudo en el estómago cuando sintió los labios de Wolf sobre su piel.

Él no podía ser aburrido, nunca lo había sido.

Tiró de su mano hasta conseguir que se levantara. Con firmeza, la atrajo hacia sí.

—Wolf —susurró ella a modo de protesta.

Pero él la ignoró e hizo que se sentara en su silla. Alexandra quedó sentada en su regazo.

—Wolf... —repitió ella, sonrojándose.

—Estabas demasiado lejos —repuso él.

Podía sentir su calor a través de la fina tela de sus pantalones negros. Eso la confundió tanto que se quedó rígida.

—Y ahora estoy demasiado cerca —repuso ella, atragantándose con las palabras.

—Creo que estás perfecta.

– Me siento ridícula.

– ¿Te he dicho lo mucho que me gusta tu pelo?

Se sintió como si todo el mundo en el café la estuviera mirando.

– Por favor, deja que vuelva a mi silla. La gente va a hablar.

– Pero ¿no se trata de eso? ¿No es eso lo que queremos?

Por supuesto, él tenía razón, pero aunque supiera por qué estaba en su regazo, no podía evitar sentirse como se sentía y que su cuerpo respondiera al contacto. Porque estaba claramente respondiendo. Tenía los nervios de punta, y un montón de sensaciones que le eran extrañas atravesaban su cuerpo. Sintió tensión en sus pechos y mucho más abajo, un calor dentro de ella que estaba consiguiendo que le temblaran las piernas.

– Quédate aquí hasta que te termines la copa, y luego te suelto – dijo él mientras le acariciaba la espalda.

Wolf actuaba como si fuese la cosa más normal del mundo estar así, pero ella sentía que se le iba a salir el corazón por la boca. Sus caricias no la calmaban, y ella no conseguía relajarse. Era imposible que lo hiciera cuando él estaba despertando sensaciones que tenía dormidas.

Sentía un hormigueo en la espalda, justo en las zonas que él tocaba. En otras zonas, áreas en las que ella no quería ni pensar, comenzaba a sentir calor y tensión. Empezó a sentir cómo sus pechos reaccionaban a todas aquellas sensaciones; parecían más llenos y sensibles. También lo sentía en su vientre, junto con una urgente necesidad de escapar y de encontrar alivio.

Lo miró a la cara. Se preguntó si había tenido el mismo efecto en ella cuatro años antes, pero no lo creía, no podía imaginárselo.

– Creo que ya es suficiente – susurró ella.

– De eso nada – repuso él, colocándole las manos en la cintura y subiéndolas hacia el pecho.

Estaba consiguiendo excitarla, excitarla de verdad, y lo estaba haciendo en público.

– Wolf, déjame ahora mismo.

– Se supone que somos amantes.

Tenía la boca seca. Se humedeció los labios. Se dijo que, si no llegaba pronto la camarera con sus bebidas, iba a tener que ir al bar y servirse ella misma una copa.

– Lo sé, pero ¿tiene que ser en público?

– Si no es público, ¿cómo va a saberlo la gente?

– Bueno, a lo mejor podríamos ser una de esas parejas misteriosas que no se muestran cariñosos en público.

El pelo de Wolf era tan masculino como todo él, no pudo evitar fijarse. Tenía un pelo oscuro y brillante que llevaba algo más largo de lo habitual. Intentó tragar

saliva, pero no pudo. No recordaba haberse sentido nunca tan sedienta. Le quemaba el cuerpo y tenía la garganta seca.

—Yo no tengo ese problema, no me molesta mostrarme cariñoso en público si me gusta mi mujer —repuso él con una socarrona sonrisa.

Él la hipnotizó con su mirada, y ella se quedó absorta, observando el color de sus ojos, que estaba entre chocolate negro y café. Su mirada era tan profunda, oscura y viva, que parecía tener fuego propio.

Wolf deslizó una de sus manos arriba y abajo por su columna. No pudo evitar estremecerse ni sentirse excitada a pesar de no querer estarlo.

Él sabía perfectamente cómo tocarla, sus caricias no eran ni muy ligeras ni muy fuertes. Y había algo en él, quizás su tamaño, su cabeza ladeada o el brillo de sus ojos, que la hacía sentirse pequeña, bonita y femenina. Pero no sólo femenina, también deseable. Se sentía como si fuera la única mujer de ese local. La única mujer en Los Ángeles, en California, en todo el planeta.

Se aceleró su pulso y se quedó ensimismada, mirándole los ojos. De lejos parecían negros, pero de cerca podían verse pequeños fragmentos plateados. Se preguntó si brillaban por la tenue luz del salón o por el fuego que Wolf albergaba en su interior, convirtiéndolo en una especie de obra de arte.

Era fuego y hielo. Así era él, tenía rasgos duros pero sin dejar de ser sensual.

—Ahora eres tú la que me está mirando —bromeó él, colocando sus manos entre los omoplatos de Alexandra, donde albergaba toda la tensión que sentía en ese instante.

Las caricias de Wolf consiguieron que se deshicieran todos los nudos y contracturas musculares que se habían ido acumulando en sus hombros por culpa de los nervios. Eso hizo que fuera bajando sus defensas y derritiendo su resistencia.

No supo cómo ni cuándo comenzó a apoyarse en él, pero, por algún motivo, se encontraba muy cómoda contra el torso de Wolf.

La camarera llegó en ese momento con las bebidas, y Wolf le hizo un gesto para que las dejara en la mesita que tenía al lado. Sonriente, hizo lo que se le indicaba, y miró a Alexandra de arriba abajo. Quizás a partir de ese día todos fueran a mirarla así.

Wolf le pasó su martini de chocolate antes de tomar su copa. Brindaron, y ella probó, con curiosidad, una bebida de la que había oído hablar, pero que nunca había probado.

Era suave, cálida, fuerte y dulce. Arrugó la nariz al tragarla.

—¿No te gusta? —le preguntó él.

—Es diferente.

—Entonces, ¿lo diferente es malo?

Ella sonrió con una mueca.

—No, lo diferente puede ser bueno. Pero en este caso, diferente es sólo diferente.

—Ya... —contestó él, aguantando la risa.

—No te estarás riendo de mí, ¿verdad?

—La verdad es que sí.

Ella abrió la boca para protestar, pero él la agarró por la nuca y la atrajo hacia sí para cubrir los labios de Alexandra con los suyos.

Conmocionada, inhaló aire al notar el contacto. Fue un gran impacto para todos sus sentidos. La boca de Wolf estaba fría y firme. Sabía a vodka y chocolate. No pudo evitar estremecerse y que sus pechos se llenaran por la excitación.

La cabeza le daba vueltas, todos los sentidos confundidos por un momento tan electrificante como aquél. Fue un beso dulce y cálido e, involuntariamente, se inclinó hacia él, buscándolo, buscando más sensaciones y placer como los que estaba haciéndole sentir.

Cuando por fin él levantó la cabeza, ella parpadeó e intentó recuperar la compostura, pero sólo podía sentir sus labios, enrojecidos y sensibles tras el beso. No podía creerse cómo lo había hecho, pero había conseguido derretir sus barreras.

Ella se llevó a la mano a la boca y sintió cómo aún le temblaba el labio inferior. La sangre corría caliente y rápida por sus venas.

Un sólo beso y ya quería más.

Un solo beso y ya quería deslizar sus manos entre el pelo de Wolf, enredar sus dedos en sus brillantes y oscuros mechones y abarcar su rostro con las manos para sentirlo mejor y más cerca.

—Ahora pareces más relajada —le dijo él, tomándole la mano y llevándosela a la boca.

Le besó la palma, cerca de la muñeca, donde su pulso galopaba de forma frenética.

—Creo que es por el martini de chocolate —repuso ella, recomponiéndose.

—Pensé que era por mi beso —le dijo Wolf, entrecerrando los ojos.

Alexandra tomó otro sorbo de la bebida, necesitaba disimular; no quería que él se diera cuenta de lo nerviosa que la ponía. De nuevo sintió mariposas en el estómago.

La bebida se deslizó por su garganta, fresca y tentadora, y sintió que le volvían las fuerzas. Hizo que se sintiera más fuerte y en control.

Para cuando volvieron a casa, cerca ya de medianoche, Alexandra ya reía con ganas y se sentía más relajada de lo que había esperado. No sabía si era gracias al martini o al hecho de que Wolf estaba esforzándose en ser encantador, el caso es que acabó divirtiéndose de verdad.

Después de las copas en Casa del Mar, fueron al restaurante Houston. Allí comieron bistec, ensaladas y vino. La gente también los miró allí cuando entraron en el local y, de nuevo, les encontraron enseguida una mesa libre.

Pero Wolf no era el único famoso que cenaba en el Houston esa noche. También había otros conocidos, y dos de ellos, los dos hombres, se pasaron por su mesa para saludarlos.

Después de la cena, Wolf la condujo a casa y acompañó hasta la puerta. Ella abrió y entró; él también lo hizo, cerrando la puerta tras él. Durante un segundo, Alexandra se sintió de nuevo nerviosa, y se preguntó si la besaría de nuevo. Pero, en vez de eso, fue de una habitación a otra, comprobando que todo estaba en orden, le dio un fraternal beso en la mejilla y volvió al coche.

Ese beso le hizo recapacitar porque había sido en privado, un beso tras las puertas cerradas y una señal de cómo eran las cosas en realidad.

Ella no era su novia ni el amor de su vida. Ni siquiera era la chica con la que salía esa noche. Sólo era una mujer contratada para representar ese papel. Cualquier beso, susurro e insinuaciones sexuales que le dedicara en público eran para ellos, para el público y para la prensa, estuvieran donde estuvieran escondidos los fotógrafos.

Alexandra se apoyó en la puerta y recordó los besos. Había habido mucho calor entre ellos. Cuando él la besó, se sintió como nunca, divertida, glamurosa y fantástica.

Apagó la luz del recibidor y fue hasta el baño. Allí se recogió el pelo en una coleta y se lavó la cara, retirando todo el maquillaje.

Se metió en la cama y se tapó hasta las orejas.

«He aprendido algo importante esta noche: la diferencia entre realidad y ficción, entre verdadero y falso. Lo de esta noche fue una charada, y está bien pasárselo bien, pero no creérselo», se dijo.

Tenía que recordar que sólo era un trabajo, que no tenía que mezclar en él sus sentimientos ni esperanzas. Sólo era un negocio.

A la mañana siguiente, Alexandra estaba trabajando cuando llegaron las flores. Tres docenas de rosas de tallo largo en un precioso jarrón de cristal artesanal. Toda la oficina de Producciones Paraíso dejó de trabajar para admirar el ramo y mirar por encima del hombro de Alexandra mientras leía la tarjeta.

Gracias por una noche estupenda. Espero que haya muchas otras en el futuro. Wolf.

Kristie, otra de las ayudantes de producción, le quitó la tarjeta de la mano.

— ¿Wolf? — preguntó, atónita — . Sólo conozco a un Wolf.

– Mmm... – dijo Alexandra a modo de respuesta mientras colocaba el jarrón a un extremo de su mesa para tener el espacio suficiente para ordenar las fotocopias que acababa de hacer.

Pero Kristie no iba a dejar que la ignorara. Se inclinó sobre la mesa de Alexandra y sujetó frente a sus ojos la tarjeta de la floristería.

– Wolf – repitió.

Alexandra levantó la vista y la miró a los ojos.

– Sí, creo que eso es lo que dice.

– ¿Wolf Kerrick?

Alexandra intentó contener un suspiro.

– ¿Qué quiere que diga, Kristie?

La ayudante de producción la miró con las cejas levantadas, y ella se encogió de hombros y se dispuso a continuar con su tarea.

– No sé si es algo serio... Salimos anoche. Fuimos a cenar y a tomar unas copas...

– ¿Era la primera vez?

– Eh... Bueno, no exactamente. También comimos un día, y se ha pasado un par de veces por mi casa...

– ¿Hablas en serio?

Alexandra intentó no sonreír; la expresión en el rostro de Kristie era impagable.

– Sólo nos hemos visto esta última semana, ¿quién sabe adónde nos llevará esto?

Pero Kristie ya no miraba la tarjeta; estaba estudiando a Alexandra.

– Es más que eso. Algo está pasando. Tú estás distinta, ¿sabes? Estás... muy guapa.

Alexandra levantó, ofendida, las cejas.

– ¿Antes no lo era?

– No así.

Puso los ojos en blanco y le arrebató la tarjeta de la mano. Intentó concentrarse en su trabajo, pero Kristie y las otras chicas la observaban.

Sabía que tenía que decir algo; se morían por cotillear sobre el asunto, por conocer algún detalle. Y para eso la habían contratado, así que tenía que darles algo de información.

Sacudió la cabeza y levantó la vista.

– Si me propone en matrimonio, os lo contaré a todas – les dijo.

A las tres de la tarde, sonó el teléfono principal del estudio. La recepcionista contestó, y después se la pasó a Alexandra, diciéndole que tenía una llamada de Wolf Kerrick. Por desgracia, usó el intercomunicador en vez de su línea privada.

Kristie y las otras chicas la miraron, fascinadas.

– Alexandra Shanahan al habla – dijo ella, tomando la llamada.

– Wolf Kerrick aquí – contestó él, divertido.

No supo si era el timbre de su voz o que sabía que se estaba riendo, el caso fue que se puso nerviosa al momento.

– Hola – saludó ella.

– ¿Puedo llevarle un café a la chica del café? – preguntó Wolf.

Kristie se acercaba a la mesa para escuchar mejor, así que Alexandra bajó la voz para que no la oyeran.

– No, gracias.

– ¿Y si vamos a tomar un café?

– Wolf, estoy trabajando.

– No demasiado duro.

– ¿Qué quieres decir con eso?

– A mí me parece que estás simplemente sentada, mirando la mesa.

– ¿Cómo lo sabes? – le preguntó Alexandra antes de darse cuenta de que toda la oficina se había quedado en silencio.

Levantó la cabeza, y vio que Wolf, vestido con vaqueros y una camisa negra de lino, hablaba con ella por su móvil desde el recibidor de la oficina. Estaba impresionante, casi pecaminoso.

– ¿Qué haces? – susurró ella, intentando esconder su ruborizada cara para que no la viera.

– Te observo.

Ella apretó los ojos, frustrada.

– ¿Por qué?

– Porque quiero.

– Wolf...

– ¿No puedes decir eso con un poco más de pasión en tu voz?

– ¡No! – repuso ella a punto de colgar el teléfono de mala manera.

Pero se dio cuenta de que la miraban, y colgó con más delicadeza. Entonces vio cómo Wolf se acercaba a ella despacio, sorteando las mesas.

Oía los comentarios entusiasmados de las chicas. Estaba segura de que él también estaba oyendo los susurros.

Al llegar a su mesa, se quedó mirándola. Llevaba la camisa medio abierta, dejando entrever un torso fuerte, musculoso y bronceado. Tenía la mirada de un lobo antes de atacar a su presa.

– Voy a raptarte – le dijo.

No esperaba verlo durante unos días. Pensaba que la llamaría el fin de semana para organizar algo, pero no, ahí estaba, al lado de su mesa y poniéndola en un aprieto.

Y ése no era el tipo de situación con la que se sentía cómoda. No creía estar preparada para más de lo mismo tan pronto. La noche anterior había sido muy intensa, se había sentido atormentada y tentada por él. Se lo había pasado tan bien con Wolf, que pensaba que él se habría divertido también, pero luego se acordó de que sólo estaba actuando.

Y eso le recordó lo que tenía que hacer. Le dedicó una sonrisa cálida y segura.

– Ojalá pudiera irme, pero tengo mucho que hacer. Y Daniel...

– Daniel ya te ha dado permiso para salir antes – repuso él, sonriéndole –. Así que recoge el bolso; nos vamos.

Capítulo 4

Era una tarde preciosa y soleada. El cielo de California brillaba azul mientras Wolf la llevaba hasta su flamante Ferrari rojo, era un coche distinto al que había usado la noche anterior.

Un directivo del estudio, que salía también entonces, fue a saludar a Wolf y a halagarle su gusto en coches.

— Este modelo es un Superamérica, ¿verdad? — le dijo —. Es descapotable, ¿no?

Wolf abrió la puerta del asiento de pasajeros para que entrara Alexandra.

— Así es — le contestó.

— He leído sobre él; creo que se descapota en diez segundos, ¿verdad?

— Eso es — repuso, yendo hasta su asiento.

— ¿Cuánto cuesta? ¿Medio millón?

Wolf se sentó tras el volante y encendió el motor.

— Un poco menos — le dijo antes de sacar el coche de la plaza.

El otro hombre silbó.

— Un coche precioso.

Wolf asintió, agradecido, y se alejó de allí. Pero Alexandra estaba atónita.

— ¿Este coche cuesta medio millón de dólares?

Él la miró, divertido.

— No es tanto, es más bien un tercio de millón, pero veo que no te gusta la idea.

Ella estudió el interior del vehículo.

— No entiendo cómo alguien puede gastarse tanto dinero en un coche.

— Porque tengo el dinero.

— Sí, pero...

— ¿Pero qué? — le preguntó, encaminándose hacia Santa Mónica.

— Pero podrías hacer mucho bien con ese dinero. Podrías alimentar a niños necesitados y construir casas para los que no tienen techo. Cosas así — le dijo, callándose de pronto —. Ya sé que no es asunto mío, pero es que a mí me gustaría poder tener los medios para ayudar a más gente. Creo que todos deberíamos hacerlo.

Él la miró durante un rato.

— Estoy de acuerdo — le dijo antes de devolver su atención a la carretera.

Condujeron al lado de la costa, entre las casas de Malibú. El conducía rápido pero con seguridad, y Alexandra se sentía como la protagonista de una película.

Él había estado muy callado desde que ella hiciera su comentario, pero no le importaba, seguía pensando que era una locura gastarse tanto dinero en un coche. Él podía comprarse lo que quisiera, y ella podía no estar de acuerdo, al fin y al cabo no eran realmente pareja, no tenían por qué estar de acuerdo.

Pero no podía resistir el silencio entre los dos.

— ¿Estás contento con esta nueva película que vas a empezar a rodar?

— ¿Contento? No es ésa la palabra, pero me alegro de trabajar de nuevo. Eso me distrae y hace que no piense en otras cosas.

No era la contestación que esperaba; había pensado que le gustaba actuar.

— ¿Qué cosas?

Levantó las cejas y la miró un segundo.

— Todos tenemos nuestros secretos y demonios.

— Y no me vas a contar cuáles son los tuyos.

— No.

No supo si fue algo en su expresión o su sensual boca, el caso es que todo su interior se estremeció.

— ¿Vuelves a casa de vez en cuando? — le preguntó ella de repente.

Sin saber por qué, sintió curiosidad sobre él y su pasado.

— ¿A Irlanda o a España? — le preguntó él.

— ¿Cuál es tu hogar?

— Supongo que los dos. Soy bilingüe, y fui criado en los dos países.

— Tu madre era española.

— Sí, de Cádiz. Allí nací. Pero mis padres se divorciaron cuando tenía doce años y me fui con mi padre a Dublín. España es mi hogar de una manera en la que Irlanda nunca lo podrá ser, pero estoy muy cómodo en Irlanda; me gusta su gente.

— Pero estás aquí, en América.

— Es a donde me ha llevado mi carrera.

— ¿Te arrepientes alguna vez de haber elegido ser actor?

Él dudó antes de contestar, hasta llegar al aparcamiento del Café Malibú.

— Cada día — le dijo él, apagando el motor y mirándola.

Pidieron café, y después condujeron hasta uno de los miradores que había en la autopista. Salieron del coche para saborear la vista del océano Pacífico. Wolf respiró profundamente, embriagándose con el olor a salitre y mar. Le encantaban el océano y los acantilados de Malibú. Era una zona que le recordaba las costas del sur y oeste de Irlanda, sobre todo cuando se cubrían de niebla. No creía que hubiera podido resistir tanto tiempo allí de no haber sido por la proximidad del mar. Odiaba Los Ángeles, su falsedad, su superficialidad y la actitud de la gente. La gente que conocía en el

mundo del cine parecía tener miedo a ser real, humana. Les asustaban sus cuerpos, la edad, sus defectos y debilidades. Las mujeres se torturaban cada día para estar preciosas, para no envejecer nunca. Estaban obsesionadas con su imagen.

Echaba de menos a las mujeres de verdad, cuyas frentes se arrugaban cuando fruncían el ceño, y sus ojos también cuando sonreían. Allí todas las caras eran iguales, plastificadas y operadas. Soñaba con poder compartir una copa con una chica que pudiera contar una historia en condiciones, que se pudiera comer una bolsa de patatas sin preocuparse por las calorías.

A veces Dublín le parecía estar demasiado lejos, y echaba de menos la vida que había dejado atrás, cuando no era famoso.

Ella lo observó mientras se tomaba su café, apoyado en el coche. Había estado muy callado desde que salieran del café; parecía pensativo. Aunque siempre era enigmático, parecía más distante de lo normal. Se preguntó de nuevo por qué no disfrutaría siendo actor y por qué no apreciaría más su fama. Quizás estuviera tan malcriado que no pudiera ni valorar sus éxitos.

—No tienes nada más planeado, ¿verdad? —le preguntó ella.

El viento agitaba su pelo, revolviéndoselo. Intentó sujetárselo sin éxito tras las orejas.

—Tenemos una cena esta noche en Spago.

En cualquier otra circunstancia, le habría atraído la idea de ir a cenar allí, pero estaba cansada, no había dormido muy bien últimamente y, después de la tensa tarde, le hubiera gustado pasar la velada en casa. Sola y tumbada en el sofá con un buen libro.

—¿Tengo que ir?

—Sí.

—¿Por qué?

—Es el cumpleaños de Rye Priven.

Se trataba del último actor de moda en Hollywood, un australiano que acababa de protagonizar una película con Wolf, una que no se estrenaría hasta las navidades, cuando salían a la calle todas las películas que iban a competir para los Oscars.

—Pero Rye Priven no me conoce...

—Todo el mundo va en pareja —interrumpió él con brusquedad—. Se supone que eso te incluye a ti.

Agachó la cabeza y miró su vaso de café. Ahora mismo odiaba tener que interpretar ese papel. Wolf era demasiado intenso e impredecible.

—Va a ser una fiesta pequeña —añadió él—. Creo que sólo ha invitado a seis amigos, así que mi ausencia sería sospechosa, sobre todo cuando ya le he dicho que iría.

—No digo que no vayas, pero es que a mí no me apetece...

La miró de reojo.

– No te gusto demasiado, ¿verdad?

– No – repuso ella sin pensar.

– ¿Por qué no? Me gustaría que fueses más precisa en tus apreciaciones.

– Creo que tu escala de valores es deplorable. Podrías ser alguien genial de verdad, heroico. Pero, en vez de eso, simplemente usas a la gente, te aprovechas de ellos. Y odio eso.

– Y también me odias a mí.

– Yo... – repuso ella, interrumpiéndose –. «Odio» es una palabra muy fuerte, pero no me gustas y no te respeto porque pareces estar siempre aburrido. Creo que eres mimado, arrogante y egoísta.

– Eres muy dura, Alexandra Shanahan.

De repente sintió cómo empezaba a sentirse menos enfadada con él.

– Es que estás tan acostumbrado a que las mujeres se derritan por tus huesos... Y es una pena, porque nunca sabrás si le gustas a la gente por lo que eres en realidad o por ser una estrella.

– A lo mejor les gusto por mi cuerpo y mi cara.

– Esa es otra cosa que no me gusta de ti. ¡Eres un vanidoso! Lo tienes todo y no lo aprecias.

– ¿Y qué crees tú que es tenerlo todo?

– Eres atractivo, rico, famoso, inteligente y exitoso. Lo tienes todo, pero no te sientes agradecido.

– Te he pagado para que seas mi novia, no mi conciencia.

– ¡Ni siquiera creo que tengas conciencia! Pero tienes razón, esto no es asunto mío. Y tampoco lo es cuántas mujeres te ligas y te llevas a casa cada semana. Tienes libertad para usarlas y abusar de ellas, porque como ellas se te echan encima, tú no estás haciendo nada malo.

– ¡Así es!

– ¡Te equivocas! Sólo porque las mujeres vayan a por ti, no significa que tengas que aprovecharte.

– Quizás no esté aprovechándome de ellas. A lo mejor son ellas las que se aprovechan de mí y saben que sólo es una noche de sexo. Al día siguiente pueden presumir de ello y...

– ¡Eso es horrible!

– Desde tu punto de vista.

– No, es horrible para todas las mujeres. Es una falta de respeto, una falta de conciencia de cómo sienten y piensan las mujeres, de cómo hacer el amor puede hacerles pensar que se han enamorado...

– Hablas como si fuera personal.

Se sintió desesperada y deshecha. Apenas podía respirar.

– Las mujeres no son como pañuelos de papel, de usar y tirar.

– ¿Te he herido de alguna manera, señorita Shanahan?

Ella se giró y se concentró en las luces del bulevar.

«Sí. Hace cuatro años aparcaste tu bonito coche, nos besamos y acariciamos. Pero después, cuando torpemente intenté quitarte el cinturón del pantalón, te diste cuenta de que no tenía experiencia, de que no sabría cómo tocarte y darte placer. Te deshiciste de mí inmediatamente porque yo no podía darte lo que querías», rememoró ella con los ojos llenos de lágrimas.

– No, no me has hecho nada –le mintió.

– ¿Estás segura? Porque casi parece que has experimentado...

– No.

– Me alegro. Entonces no te molestará ir a la fiesta esta noche, ¿no?

– ¿Aún quieres que vaya?

– ¿Que si quiero? No sé si quiero, pero firmaste un contrato y, a pesar de tus sentimientos personales, o los míos, tienes que cumplirlo.

– Aunque te odie –susurró ella.

– Mejor aún si me odias –repuso él con frialdad—. Menos complicaciones, ¿recuerdas?

La fiesta en Spago fue más relajada de lo que había esperado.

El estilista le había dejado un vestido negro y corto. Era sencillo pero sexy. También se puso los tacones altos aconsejados y se recogió el pelo en un moño que dejaba sueltos algunos mechones. Se miró satisfecha en el espejo; no se parecía en nada a la chica de los recados que era. Y se alegraba porque pronto abandonaría ese trabajo. Iba a aprender a hacer películas.

Esa noche, Wolf conducía un coche distinto.

– Ya he visto tres coches –le dijo cuando entró—. ¿Tienes más?

– Un almacén lleno.

– ¿Un almacén?

– Colecciono coches. Otra cosa más que no te gustará de mí.

La cena fue más relajada que el trayecto hasta el restaurante. Casi todos los invitados eran famosos. Wolf se pasó parte de la velada discutiendo sobre política con Rye y un cantante famoso. A Alexandra le sorprendió los conocimientos que tenía de economía mundial y la política comercial de Estados Unidos.

— ¿Te conozco? — le preguntó el hombre que se sentaba a su derecha.

Ella lo reconoció, era un actor llamado Will Cowell.

— No — contestó mientras se concentraba en su ensalada.

— ¿Estás segura?

— Bastante segura.

— Ya... — repuso él seductoramente y mirándola de arriba abajo —. Entonces debería conocerte.

Ella intentó ocultar su rubor, mirando sólo al plato.

— ¿Por qué?

— Porque no pareces una barbie, y sólo Dios sabe lo harto que estoy de ellas.

Alexandra no pudo evitar reír.

— ¿Por qué crees que no soy una barbie?

— No tienes pechos de silicona y labios de colágeno. Soy experto en reconocerlos.

Atónita, levantó las cejas, pero se dedicó a comer su ensalada en vez de contestarlo; le pareció más seguro.

— ¿Puedo hablar contigo a solas y en privado? — le dijo de repente Wolf al oído.

Ella se giró para mirarlo, algo extrañada.

— ¿Por qué?

— A solas — insistió él, quemándola con la mirada —. En privado.

Se puso de pie, empujó su silla y la tomó por el codo, llevándola a través del restaurante hasta un hueco al lado de los teléfonos.

— ¿Qué estás haciendo? — le preguntó —. ¿A qué estás jugando?

— ¿Jugando? No hay ningún juego. Sólo estaba cenando y charlando con Will...

— Will tiene un problema. Le gusta llevarse a todas las mujeres a la cama.

Ella apartó la cabeza como si acabara de abofetearla.

— Bueno, no lo hará conmigo, sólo estábamos hablando un poco. Estaba siendo muy amable.

— ¡Te estaba mirando como si fuera a devorarte en cualquier momento!

— Pues si no me viste, ¡yo estaba devorando mi ensalada!

— Se supone que tienes que devorarme a mí.

Alexandra se quedó atónita, con la boca abierta.

— ¡Lo siento, Wolf, pero me temo que no tengo la experiencia necesaria! — repuso, empujándolo.

Él ni siquiera se movió, no podía ni respirar. Porque ya nadie conseguía afectarlo, pero desde que había conocido a Alexandra Shanahan no había podido dejar de pensar en ella.

– ¿Qué quieres decir con que no tienes la experiencia necesaria?

– Quiero decir que no soy una actriz, no estoy acostumbrada a devorar a los hombres y no puedo hacer lo que quieres que haga.

– ¿Hablas de sexo oral o del coito?

Se quedó fascinado, viendo cómo ella se sonrojaba.

– ¡Eso no es asunto tuyo! – repuso, indignada.

– Igual que mi vida sexual no es asunto tuyo.

– ¡Eso es porque tú la tienes y yo no! – le espetó, furiosa.

Wolf se inclinó sobre ella, atrapándola entre un teléfono de pago y la pared.

– Podrías tenerla.

– ¡No está en nuestro contrato! – respondió, aún más ruborizada.

– No, pero esto sí – repuso él, acercándose a ella.

El corazón comenzó a golpearle con fuerza en el pecho. Él era mucho más grande que ella, era imposible no mirarlo y quedarse fascinada; transmitía vida y fuego. No quería que la besara ni tenerlo cerca, pero sintió la electricidad atravesando su cuerpo antes incluso de que sus labios entraran en contacto. Y, después... Después fue increíble y maravilloso. Se sintió como en una nube, y se derritió entre sus brazos. Sus labios se relajaron, y él se abrió paso entre ellos con su lengua, despertando un fuego y un hambre inusitados en el interior de Alexandra, un deseo que la llevaba a querer más.

Estupefacta, se dio cuenta de que no era un beso más. Para Wolf aquello era el primer paso en su seducción. Sabía que, a pesar del contrato, se había propuesto que fuera suya en todos los sentidos. Ella sólo temía lo que pasara cuando viera que era tan inexperta como había dicho.

De vuelta en la mesa, él acercó la silla de Alexandra y pasó su brazo por detrás, en un gesto inequívoco de posesión.

– Sólo te falta ponerme el cartel de «Comprada» – le susurró ella, algo incómoda.

– No es mala idea – contestó él, sonriéndole.

No había conocido a nadie que se sonrojara con tanta frecuencia como ella. O que hiciera de ello una característica tan encantadora de su personalidad.

Estudió su perfil. Le costaba creer que no fuera más experimentada con los hombres de lo que decía. No podía entenderlo, viendo lo preciosa que era. La siguió mirando, reflexivo, intentando entender qué era lo que Alexandra tenía que le daban ganas de poner de verdad un cartel de «Comprada» alrededor de su cuello.

Quizás fuera por la manera en la que andaba, como una vaquera, o por su boca, que era tremendamente expresiva. No sabía qué le gustaba más, su sensual boca o sus grandes ojos azules, que lo miraban todo con interés.

O quizás fuera su inteligencia y su lengua mordaz.

No pudo evitar sonreír. Alexandra era una combinación letal de niña y mujer. Era divertida, sensible, orgullosa y tímida. No era como las otras mujeres de Los Ángeles, las que lo perseguían y exhibían sin pudor su disponibilidad. La sexualidad de Alexandra estaba oculta y secreta. Pero cuando la besaba, se convertía en una mujer distinta.

En su mujer.

Era tan simple como eso.

Cuando la llevó de vuelta a casa, ella se sentó tan lejos como pudo.

Para Alexandra, Wolf había alcanzado nuevos niveles de vileza, comportándose como un animal.

—¿Aún estás enfadada por el beso?

—Todo el mundo vio cómo te portaste durante la cena. Con el brazo en mis hombros todo el tiempo, como si temieras que fuera a largarme —explicó ella, disgustada.

—No temía que salieras corriendo; esos tacones son demasiado altos... Además, me gusta tocarte —añadió él—. Eres mi novia, es mi derecho.

—¡Y así es como me siento! Estás en tu derecho de tocarme, de besarme, ¡de hacer todo lo que te apetezca! La próxima vez, ¿por qué no me orinas encima como hacen los lobos que son jefe de la manada, marcando su territorio?

Él aparcó frente a su casa y la miró sonriente.

—Es una idea bastante perversa, viniendo de alguien con la poca experiencia que clamas, pero si es lo que quieres...

Alexandra abrió la puerta y salió del coche antes de tener que oír otra palabra.

Estaba tan frustrada, que quería gritar y, mientras se desvestía para acostarse, pensó en lo complicado que estaba siendo todo aquello. Wolf no era sólo atractivo; su personalidad y carisma también eran impresionantes, y el conjunto era más de lo que podía controlar.

Pero quería ese ascenso con cada poro de su piel. Era de un pueblo pequeño y se había criado con hermanos mayores. Sólo alguien como ella podía entender el valor de que sus grandes sueños se hicieran realidad, cuando procedía de una tierra sin oportunidades. Sólo alguien que hubiera crecido donde ella podía comprender cuánto había querido escapar de todo ello, para poder ser otra persona.

Ella había decidido mucho tiempo atrás que no quería ser como sus padres y hermanos. Quería hacer otras cosas en la vida, no sólo dejar que ésta pasara delante de sus narices sin intentar nada. Pero Wolf Kerrick parecía dispuesto a cambiar sus planes.

Capítulo 5

Nada más despertarse, Alexandra pensó en llamar a Wolf enseguida, antes de que le faltara el valor.

— Tenemos que hablar —le dijo con seguridad en cuanto él contestó—. Me has contratado para mejorar las cosas, no para empeorarlas, y es importante que encontremos la manera de que tu imagen pública sea positiva.

— Estoy de acuerdo —repuso él.

— No puedo hacer que tu imagen sea mejor si ni siquiera podemos hablar —continuó ella—. Así que propongo que trabajemos para mejorar nuestros canales de comunicación.

— Sí, nuestros canales de comunicación.

Se dio cuenta entonces de que él se burlaba, pero lo ignoró, no quería desviar la atención sobre el propósito de su llamada.

— Antes de que salgamos de nuevo, tenemos que coreografiar la velada —insistió ella.

— ¿Es que vamos a presentarnos a un concurso de baile?

Ella siguió ignorándolo.

— Tengo que saber lo que esperas de mí antes de que vayamos a algún sitio, y saber también cómo vamos a comportarnos. No soy actriz y no puedo improvisar como tú.

Al otro lado de la línea, sólo hubo silencio. Alexandra cerró los ojos y contó hasta cinco.

— ¿Me has oído?

— ¿Qué? —preguntó él inocentemente.

— Esto no tiene por qué ser difícil —repuso ella, apretando los dientes.

— Tienes razón —dijo él, cambiando de tono—. Deja que te lo haga más fácil. El sábado tenemos un estreno. Como es una película de niños, será por la mañana. Yo doblé uno de los personajes y prometí estar allí. Tú irás y harás como que disfrutas de mi compañía.

— Ése no es el tipo de coreografía en el que estaba pensando; parecen sólo órdenes militares.

— Pero al menos así sabes lo que espero.

— ¿Y lo que espero yo? —repuso ella.

Le enfurecía que le hubiera hecho perder de nuevo los nervios, pero no podía controlarse.

—Tú espera que te hagan fotos, espera estar a mi lado y que te paguen por ello. ¿Algo más de lo que querías hablar?

—No —replicó ella, colgando el teléfono.

Para desespero de Alexandra, la semana pasó muy rápidamente. Sólo lo había visto unas cuantas veces, y ya estaba harta, exhausta de pasarse el día trabajando y las noches fingiendo.

Por otro lado, estaba deseando ver lo que pasaba en un estreno, aunque fuera para ver la nueva película de animación de Pixar, *El soldadito*. Por fin iba a acudir a uno, en vez de sólo verlos en las revistas.

Una estilista llegó a su casa el sábado por la mañana para enseñarle varias opciones. Entre las dos, eligieron unos pantalones grises bajos de cadera y un top de terciopelo color mostaza. El pelo, alisado para ese día, le caía sobre los hombros.

Wolf fue a buscarla a la una. Llevaba unos vaqueros, una camisa blanca y una chaqueta de Armani. Ese día no conducía; tenían una limusina con chofer.

—¡Ah! Casi se me olvida —dijo él, entregándole un papel—. Tenemos otra invitación. Es para el cumpleaños de Matt Silverman; cumple cincuenta.

Se trataba de uno de los directores más importantes del momento.

—¿Cuándo es?

—El jueves. Será una gran fiesta. Hay que ir de gala. Todo el mundo estará allí. Pero antes tenemos que sobrevivir el estreno y las fiestas de hoy.

Ella asintió. Notó que Wolf tenía sombras bajo los ojos.

—¿Nunca te cansas de tanta fiesta?

—Continuamente —repuso él con seriedad.

—Pero...

—Todas las películas necesitan publicidad, y eso implica que tenemos que salir y hacer entrevistas, ir a la televisión, a las entregas de premios y las fiestas.

—Y eso sin incluir las semanas de rodaje.

—Eso es.

Nunca había pensado cómo era en realidad la vida de una estrella como él. Pensaba que sería fácil, pero ya no estaba tan segura.

—No me extraña que no estés enamorado de tu carrera.

—Es un trabajo, y es así como lo entiendo.

—No haces que parezca un trabajo, tienes muchísimo talento.

—No tienes que hacerme la pelota, Alexandra —le dijo él—. Sé lo que piensas de verdad.

Ella agitó la mano, ignorando su comentario.

—Si hicieras una película menos al año, tendrías menos fiestas, entrevistas y demás, ¿no?

—Eso sería lo normal.

—Pues hazlo. Haz una película o dos menos. Intenta encontrar más tiempo para ti. Seguro que hay otras cosas que te gustaría hacer.

—Suenas como si quisieras salvarme. Pero, amor mío, nadie puede salvarme.

—Sí que puedes.

Pero él se calló, y Alexandra decidió cambiar de tema.

—¿Qué harías con tu tiempo libre si tuvieras más? ¿Alguna afición, algún viaje pendiente?

Él entrecerró los ojos.

—Intentaría acabar con el hambre en el mundo.

Alexandra se preguntó si hablaría en serio. Lo cierto era que no sonreía.

—Acabaría con la deuda de los países pobres y con la propagación del SIDA en África.

Ella simplemente se quedó mirándolo. Las duras facciones de Wolf se habían suavizado.

—¿Te arrepientes de haberme preguntado?

Parecía distinto, y por primera vez lo vio como a un hombre real, no como a una estrella de cine.

—No.

Pero pronto, fuera lo que fuera que había visto en su rostro, volvió su máscara habitual.

—Hemos llegado —anunció, mirando por la ventana a la gente agolpada en el exterior.

A la mañana siguiente al estreno, Wolf voló a Nueva York para aparecer en un programa de televisión y promocionar la película *El soldadito*. Después tenía que grabar otras entrevistas. Volvería a Los Ángeles el miércoles. Le dijo que a lo mejor irían a cenar ese día.

Era raro no tenerlo en la ciudad. Se debería haber sentido liberada, pero en realidad estaba un poco perdida.

Wolf había estado ocupando gran parte de su tiempo, física y mentalmente, y no sabía qué hacer con tres días por delante.

El lunes vio el final de su entrevista en la televisión. Salía guapísimo.

El martes se preguntó si la llamaría.

Y el miércoles pensó en si habría tomado el primer vuelo de la mañana de vuelta a Los Ángeles. Pero ese día recibió en su despacho cuatro docenas de rosas con una nota.

Tengo que quedarme un día más. Te recojo mañana para ir a una fiesta. Lo siento. Wolf.

Alexandra escondió la tarjeta antes de que nadie la viera. No le importaba el retraso. No lo hizo hasta que Kristie apareció con un periódico que dejó sobre su mesa.

Wolf Kerrick y Joy Hughes fueron vistos cenando juntos en uno de los restaurantes más famosos de Nueva York el martes por la noche. ¿Están juntos de nuevo?

Leyó y relejó la pequeña reseña una y otra vez. Le quemaban los ojos y tenía un nudo en la garganta. Por alguna extraña razón, se sentía traicionada. Sabía que ellos no eran pareja pero, aun así, habían pasado tanto tiempo juntos últimamente, que se sentía como si de verdad fuera su novia. Se limpió las lágrimas antes de que nadie la viera y tiró el periódico a la basura.

Wolf la recogió quince minutos después del comienzo oficial de la fiesta. Aun así, fueron de los primeros en llegar a la mansión de los Silverman.

Alexandra reconoció a la mitad de los presentes. Y se imaginó que la otra mitad eran los realmente importantes, directores y productores de gran peso en la industria.

— ¿Recibiste mis flores? — le preguntó Wolf.

— Sí — contestó ella con un nudo en el estómago.

— Perdona, pero es que me...

— No necesitas disculparte ni darme explicaciones — le dijo ella con frialdad.

Intentaba parecer calmada, pero el tono de su voz la delató.

— Viste la foto mía y de Joy en el restaurante.

— No, sólo leí una reseña sobre ello en el periódico local.

El no le quitaba el ojo de encima.

— No hay nada entre nosotros.

— No es asunto mío — respondió ella con seguridad.

Ese día parecía una princesa, gracias al vestido de Armani y las joyas, y no quería que nada lo arruinase.

—Sí que es asunto tuyo, al menos hasta que finalice el contrato.

Ella no pudo evitar sonreír.

—Eres muy buen actor.

—¿Qué quieres decir?

—Significa que los dos sabemos la verdad. Yo no soy el tipo de chica con la que sueles salir. Soy seria, trabajadora y me gusta estar en casa. Tú, en cambio, eres el típico donjuán malo al que le gusta salir hasta tarde.

El maldijo entre dientes. Un lenguaje al que ella no estaba acostumbrada.

—Ojalá todo fuera tan sencillo como crees —le dijo él—. Pero no es todo blanco o negro. Tú, preciosa, no me conoces, no sabes quién soy en realidad, y quizás sea mejor así. Será mejor que sigas siendo dulce, inexperta e inocente.

Alexandra no tuvo tiempo de defenderse ni quejarse, llegaba gente a saludarlos. Wolf parecía conocer a todo el mundo.

Las camareras pasaron con bandejas de cócteles, y el grupo de gente se volvió más ruidoso y divertido gracias al alcohol. Alexandra intentó no moverse demasiado y permanecer a su lado. Aunque le era difícil no sentirse medio desnuda con el sexy vestido de Armani.

Por fortuna, Wolf no se olvidó de ella. Durante esa primera hora, interrumpió varias veces la conversación para presentarle a alguien o explicarle alguna referencia.

En ese momento, dos preciosidades se acercaron a él. La rubia parecía modelo, y la morena le recordaba a Joy Hughes. A pesar de la presencia de Alexandra, las mujeres coquetearon descaradamente con él, tocándolo, sonriendo y mostrando un escote que ella nunca tendría.

Él, sin embargo, le tocó el brazo, acariciándolo para conseguir que se sintiera segura. Consiguió relajarse un poco, al menos hasta que la rubia tropezó y manchó con su copa el vestido de Alexandra.

Durante unos segundos, se quedó parada. Su hombro desnudo estaba pegajoso por la bebida, y el vestido, cubierto de manchas rosas. No podía creer que acabara de arruinar un Armani de siete mil dólares. Atónita, se quedó mirando a la modelo, y no se le ocurrió nada educado que decir. No sabía cómo alguien acostumbrado a desfilarse por una pasarela podía ser tan patoso.

—¿Estás bien? —le preguntó Wolf, rodeándola con su brazo.

—Claro —mintió ella.

La verdad era que estaba temblando, y los tacones no la sostenían. Le habían echado a perder el vestido, y no sabía cómo iba a salir con dignidad de esa fiesta.

—Puede que se limpie con un poco de soda —dijo él, llamando a un camarero.

—Está bien, está bien —repuso ella con una sonrisa forzada.

Pero su voz la delataba. Era humillante ser la falsa novia de Wolf, que todos la ignoraran o la miraran con condescendencia cuando él la presentaba.

Claro que entendía por qué no tenían interés en ella. Wolf tenía reputación de mujeriego, y todos asumían que Alexandra desaparecería pronto de la foto. Ella no era importante, y esa gente no iba a preocuparse por alguien que no lo fuera.

La inundó una ola de vergüenza. Vergüenza a muchos niveles. Se arrepintió de haber firmado el contrato y dejado que su ambición se antepusiera a su moral. Porque ella, aunque no fuera modelo o actriz, era importante.

—Lo siento —le dijo, intentando mantener la compostura—. Esto... Es una vergüenza.

—De eso nada —repuso él, mirando a las dos mujeres con dureza.

La rubia y la morena se alejaron de allí al instante.

—Y tú no podrías hacer que me avergonzara, así que no digas cosas así —añadió, mirando a Alexandra.

Conteniendo las lágrimas, miró a Wolf, y vio que parecía preocupado de verdad. Estaba claro que su frialdad era sólo una máscara para la gente. Había mucho más debajo de ella.

—Debería irme antes de que nos hagan una foto con el vestido así —dijo ella.

—No voy a dejar que te vayas sola. Si quieres irte, lo haremos juntos.

—No, tú tienes que quedarte. Mira, ahora que el camarero ha traído la soda, voy al lavabo para ver si puedo salvar el vestido, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Volveré pronto —repuso ella, intentando parecer más alegre.

Iba hacia la mansión cuando se cruzó con Jason Kirkpatrick, un joven director al que había conocido brevemente ese año, cuando fue a Producciones Paraíso.

—¡Alexandra! Eres Alexandra, ¿no?

—Sí. Y tú, Jasón, ¿verdad?

—Buena memoria —repuso él—. ¿Qué te ha pasado? —añadió, mirando el vestido.

—Una famosa modelo me manchó accidentalmente con su bebida.

—¡Vaya! ¿Un accidente? Eres demasiado buena.

—Sí, yo prefiero los martinis de fresa en una copa.

—Eres muy graciosa.

—Gracias.

—¿Por qué no vas a casa a cambiarte? La fiesta acaba de empezar.

—Iría si pudiera, pero no quiero que Wolf tenga que irse.

—¿Por qué iba a tener que irse? Ve a casa, cámbiate y vuelves.

– Me encantaría, pero no he traído coche ni dinero para un taxi. Además Wolf...

– Yo te llevo –le dijo Jason–. Mi Porsche está aparcado ahí delante. Me encantaría ayudarte.

– Bueno, no sé si es buena idea –repuso ella, intentando ver a Wolf entre la multitud–. No creo que le guste a Wolf.

– Sólo serán unos minutos y, luego, puedes volver enseguida, con un nuevo vestido.

Capítulo 6

Wolf fue de un grupo a otro de gente, buscando a Alexandra en medio del enorme jardín de Matt Silverman. Había muchísima gente. Buscó vestidos color crema como el de ella, pero ninguna de esas mujeres era Alexandra.

Mientras iba de camino a la mansión, se preguntó si habría vuelto a casa. Pero no se imaginaba que fuera posible que se marchara sin despedirse de él. Tampoco entendía cómo lo habría podido hacer. Si habría tomado un taxi o la habría recogido alguna amiga.

Al lado de la fuente, vio a su agente.

— ¿Qué tal? — le preguntó Benjamín, comiendo unos canapés.

— Bien — repuso él con el ceño fruncido.

Pero nada estaba bien, ni esa noche ni toda la semana. La cena con Joy en Nueva York sólo le había traído más problemas, esperando una llamada para ver si tenía que meterse de nuevo en un avión.

— ¿No habrás visto a Alexandra, por casualidad?

— ¿Has perdido a tu novia?

— Paige vertió su copa encima de su vestido.

— ¿Paige?

— Paige, tu cliente. La modelo.

— ¡Ah! Está impresionante, ¿verdad? ¿Dónde está Alexandra?

— Eso es lo que acabo de preguntarte — repitió Wolf.

Se unió a ellos el director de su última película.

— ¿Estás buscando a tu chica? — le preguntó a Wolf.

— Sí, ha ido a limpiarse el vestido.

— La he visto, llevaba uno color crema, ¿no?

— Sí.

— Se ha ido — dijo, tomando otro canapé —. Con Jason. Me imaginé que habríais peleado.

El rostro de Wolf se tensó.

— No ha habido ninguna pelea. Pero la habrá ahora.

Y mientras iba hacia donde estaba aparcado su coche, rezó para encontrar a Alexandra sola y en casa, porque si Jason estaba allí... No quería ni pensar en lo que iba a hacer.

Al otro lado de la ciudad, Alexandra se había cambiado ya y puesto el vestido negro que había llevado al cumpleaños de Rye en Spago. Jason se había ofrecido a preparar un par de bebidas mientras ella se cambiaba, y Alexandra estuvo de acuerdo.

Había sido muy amable al llevarla hasta Culver City y esperarla mientras se cambiaba. Pero el cóctel no le sentó bien, y tuvo que apoyarse en la pared del salón.

– Mi cabeza – susurró.

Sentía un hormigueo en todo el cuerpo y sudores fríos.

– ¿Te duele la cabeza, muñeca?

No le gustó su tono ni la manera en que la miraba, pero no podía mantener los ojos abiertos.

– ¿Qué está pasando? – dijo cuando pudo abrirlos de nuevo.

– ¿Cómo estás? – le preguntó él.

– Mareada.

– ¿Sí? Entonces será mejor que vayamos a tu dormitorio para que puedas tumbarte.

– No – repuso ella, pensando que iba a desmayarse –. Llama a Wolf...

Necesitaba que estuviese Wolf allí, y se arrepintió de haber salido sin él porque algo no marchaba bien, ella no se encontraba bien.

– No necesitas a Wolf – contestó Jason, tomando su mano –. Yo puedo ayudarte. Te llevaré a la cama, no te preocupes.

– Necesito un... Un médico. Llama a un médico.

– No, no, se te pasará. Ahora voy a llevarte a la cama, cariño.

– Llama a Wolf – repitió ella, intentando resistirse mientras él la arrastraba hacia el dormitorio.

– Te encontrarás mejor en la cama, hazme caso.

– ¡No!

Se sentía mareada y confusa. Sus piernas no le respondían, no tenía fuerzas.

En la habitación, él cerró la puerta y las piernas de Alexandra se rindieron por fin. Jason la sujetó contra la pared.

– Un besito... – le dijo.

Fue entonces cuando se dio cuenta de lo borracho o drogado que estaba. No era el Jason que había conocido un mes antes en el estudio, ni siquiera el que la había llevado a casa. Y ahora ese tipo intentaba besarla y, cuanto más luchaba por resistirse, más excitado estaba él.

– ¡Déjame en paz! ¡Suéltame! – gritó ella, girando la cabeza.

– ¿Por qué? Te gusto. Sé que te gusto.

—No, no me gustas —repuso ella, intentando reunir fuerza suficiente en sus brazos para luchar.

—No seas así —contestó él, inmovilizándola con la fuerza de su cuerpo—. Te deseo. Me vuelves loco.

—¡Déjame...!

Pero la interrumpió con otro beso agresivo que revolvió sus entrañas. La tenía presionada contra la pared y la manoseaba por todas partes.

—¡Jason! ¡Para!

—Venga, Alexandra, bésame —susurró él, agarrándole la cara—. Bésame como tú sabes.

Pero ella no lo iba a hacer, sólo quería tener la fuerza suficiente para huir.

Wolf estaba acercándose a la entrada cuando oyó el grito.

«Alexandra», pensó, aterrado.

Con el corazón a mil por hora, subió de un salto los peldaños de la casa. Descubrió que, por fortuna, la puerta no estaba cerrada con llave.

En la habitación, Alexandra gritaba mientras Jason la acariciaba.

—¡Venga, nena! —susurró él.

De repente sintió sus piernas contra las de él; se había bajado los pantalones.

Intentó gritar de nuevo, pero antes de que pudiera, él la besó de nuevo, bloqueándole la nariz e impidiendo que respirara. Ella le mordió el labio y sintió cómo se tensaba.

Levantó la cabeza y el puño. Alexandra cerró los ojos, preparándose para recibir un golpe. Pero Jason se apartó de pronto de ella, empujado por alguien.

Y, aunque la habitación estaba casi a oscuras y apenas podía ver, supo que había sido Wolf. Dentro de ella, sabía que acabaría yendo.

—Alexandra —dijo él, furioso.

Su voz era heladora, recorrió su cuerpo con un estremecimiento.

—Estoy bien —repuso ella, bajándose el vestido.

Pero su cuerpo no parecía su cuerpo y ni siquiera pudo separarse de la pared. No entendía qué le pasaba. Oyó a Wolf hablándole, con un tono bajo y duro, con su acento más fuerte que nunca. Pero ella cayó desmayada al suelo.

Alexandra estaba teniendo una pesadilla de la que no podía despertar. Alguien intentaba hacerle daño, metiendo algo por su garganta. Intentó zafarse, pero no pudo; alguien la sostenía.

Y después tuvo arcadas y vomitó. No sabía si era real o estaba soñando. Finalmente todo eso terminó y pudo dormir.

Mientras Alexandra dormía, sedada, Wolf daba vueltas por la habitación. El médico le había dicho que por fin su cuerpo había expulsado las drogas, gracias al lavado de estómago. Pero aún estaba muy agitado; sabía que estaría confusa cuando se despertara. Y él aún no entendía cómo podía haber vuelto a casa con Jason. Las entrañas le quemaban sólo de pensarlo.

Tenía que contener su ira, aunque lo que de verdad quería era encontrar a Jason y hacerle pagar por lo que había hecho.

No era un actor pequeño. Tenía el tamaño y la fortaleza del boxeador que había sido en el pasado. Había sido famoso en Irlanda por sus victorias.

Y ahora quería hacer lo que mejor sabía hacer: pelear. Por dentro, no era un actor, sino el atleta que había sido. Nunca había tenido Hollywood en mente. Le gustaban la literatura, los dramaturgos y los teatros, pero nunca había pensado en ser él mismo un actor.

No fue hasta que una productora independiente americana lo llamó cuando Wolf destacó por fin. El director de reparto lo adoraba, pero la película nunca llegó a mostrarse en cines por falta de presupuesto, pasó directamente a la televisión por cable. Lo que le sirvió para transformar sus quince minutos de fama en una carrera impresionante.

Todos los que habían visto la película llegaban a la conclusión de que el joven que hacía un pequeño papel secundario de boxeador era inolvidable.

Pasó un año, hizo una película más, esta vez una importante producción, y conquistó a la crítica. Diez años después, su fama y prestigio habían crecido aún más. Había sobrepasado todos sus sueños, aunque lo cierto era que nunca había soñado con eso. Se habría conformado con menos, mucho menos.

El divorcio de sus padres había sido un alivio para él. Se habían pasado toda la vida discutiendo. Cuando su madre no pudo ocuparse de él, apareció de nuevo su padre en escena y se lo llevó a Irlanda. Pero su progenitor era un tipo solitario y silencioso. Algo que confundió al Wolf niño y lo hizo convertirse en alguien irascible. Pronto se dio cuenta de que le gustaba sentirse así. La ira le daba poder y fuerza. Esa fuerza le había ayudado a entrenar y sobrevivir. Era una ira que le había enseñado a recibir golpes y, más importante aún, a darlos.

Si estaba enfadado, podía sacudir y ganar a sus oponentes, que es lo que quería hacerle a Jason en cuanto Alexandra estuviera bien.

Horas después, ella abrió lentamente los ojos y vio el techo lila. No entendía nada, tampoco reconoció el papel de las paredes. Miró al otro lado y vio una jarra, un vaso y jarrones de flores. Se dio cuenta entonces que estaba en un hospital.

Intentó tragar saliva, pero no pudo, le dolía mucho la garganta. También tenía molestias en el estómago. Tenía una aguja en la muñeca con suero conectado a ella. No entendía nada.

En ese momento entró Wolf con un vaso de café en la mano.

—Estás viva —le dijo.

—No muy viva —repuso ella.

Él se acercó a la cama y no dijo nada; durante un rato ella tampoco habló. Se sentía frágil y rota. Le dolía todo y no sabía qué había pasado.

—Mírame, no sé qué ha pasado —susurró—. Jason me acompañó a casa para que me cambiara y pudiera volver a la fiesta. Mientras me vestía, él preparó copas para los dos y entonces... —prosiguió ella, interrumpiéndose—. Entonces se puso muy raro...

—Estabas gritando cuando llegué —terminó él.

—Tenía miedo —repuso ella, cerrando los ojos y respirando con dificultad—. Gracias por venir a buscarme —añadió, tomándole la mano entre las suyas—. Me salvaste.

Él no dijo nada, y apartó la mirada.

Ella tiró de su mano, intentando que la mirara a la cara.

—Gracias, Wolf.

Despacio, él volvió a mirarla, tenía el ceño fruncido, parecía muy alterado.

—¿Y si no hubiera aparecido? ¿Y si no hubiese salido de la fiesta cuando lo hice?

Ella lo miró a los ojos. Su mirada era de fuego, pero no sólo mostraba ira, también miedo.

—Pero lo hiciste —susurró ella.

—Si hubiera llegado cinco minutos más tarde...

—Pero no fue así —dijo ella, apretando su mano—. Por favor, olvidémoslo todo.

Wolf retiró de pronto la mano.

—¿Olvidarlo?

—Sí, olvidémoslo y sigamos con nuestras vidas. Hay cosas mucho más importantes.

—¡Para mí no! ¡Dios mío, Alexandra! ¿Cómo puedes ser tan inocente? Te drogó y atacó. Tuviste una reacción alérgica al cóctel de narcóticos que te puso en la bebida. ¡Podías haber muerto sólo por culpa de las drogas!

Se sintió mareada de nuevo.

—Sólo me tomé una copa con él, Wolf. No tomo nada, sé que es peligroso.

– De eso ya nos hemos dado cuenta.

– Por favor, créeme.

Él respiró profundamente, se tensó y después exhaló.

– Te creo.

– ¿De verdad?

– A Jason le gusta mezclar pastillas con el alcohol. Sobre todo la cocaína y el temazepam. ¿Tienes algún familiar al que deba llamar? ¿Alguien con quien debería contactar?

Ella negó con la cabeza.

– ¿No tienes familia?

Ella lo miró, no quería que descubriera la verdad, que supiera que tenía la familia más protectora del mundo.

– No.

– ¿Quieres que te busque un abogado?

– ¿Para qué?

– Porque querrás denunciarlo.

Empezaba a desear no haberse despertado, todo era demasiado abrumador para ella.

– ¿Quieres que lo denuncie?

– No lo sé. Sólo quiero darle una paliza. Quiero... – dijo él, interrumpiéndose.

– Wolf, podrías destrozarlo. Y no me gustaría, aunque él hiciera lo que hizo.

Él la miró de nuevo con ojos de hielo.

– No sería un hombre como Dios manda si me quedara parado sin hacer nada al que te hizo esto.

– ¡Pero no puedes! Alguien tiene que pensar en tu reputación. La prensa...

– Es un poco tarde para eso.

– ¿Qué quieres decir?

– Que esta mañana todo el mundo habla de nosotros en la radio, y también hay comentarios sobre lo de ayer en el periódico.

– ¿Qué dicen?

– Que te ingresaron en el hospital por sobredosis.

– ¿Qué? – exclamó, incrédula.

– Un fotógrafo captó una imagen tuya dentro de la ambulancia, conmigo a tu lado.

– ¿Y qué dice el periódico?

– No quieras saberlo.

– Dímelo – insistió, temblando como una hoja.

Él dudó durante un buen rato. Después le tomó la mano y la besó en cada dedo.

– Que intentaste suicidarte.

– ¡Dios mío!

Alexandra cerró los ojos. Todo lo que habían intentando hacer, engañando a la gente para mejorar su imagen. Todo el esfuerzo se había esfumado.

– ¿Y eso fue en el periódico?

– Sí, en el *Los Angeles Times* de hoy.

Intentó calmarse; si estaba en un periódico local, quizás su familia no llegara a enterarse. Ninguno de sus hermanos vivía ya allí.

– Y en el *USA Today* – añadió él.

– ¡No!

– Sí. Nuestra falsa relación está llenando titulares en todo el país.

Capítulo 7

Alexandra siguió ingresada el resto del día para poder descansar y recuperarse. La habrían mantenido en observación hasta el día siguiente, pero Wolf temía que la locura mediática sólo fuera a más si no le daban pronto el alta.

La dirección del hospital les dio permiso para que abandonara el hospital por la noche y que usara para ello una puerta lateral, donde la esperaba una limusina.

— ¿No me llevas a casa? — preguntó luego al ver que el coche iba hacia el sur.

— No con todos esos buitres planeando sobre tu casa.

— Pero necesito mi ropa. O al menos un pijama y un cepillo de dientes.

— Puedes sobrevivir una noche sin esas cosas.

Iba a protestar, pero se calló. Ella se había metido en ese lío.

La casa de Wolf en Malibú estaba entre otras casas de famosos, todas rodeadas de muros, vallas y altos arbustos. No vio la casa hasta que pasaron la puerta de hierro y una arboleda.

Era un edificio moderno, una especie de cubo con enormes cristalerías que daban al océano.

Wolf abrió la puerta y se apartó para dejarla pasar.

La decoración era también moderna, con superficies frías y suaves como el mármol y el metal. Los sofás eran bajos y blancos. Las paredes también eran blancas. Había unas cuantas obras de arte de conocidos autores.

Fueron hasta el pasillo y él abrió una puerta.

— Tu dormitorio — le dijo —. Y puedes usar esto para dormir — añadió, dándole una camiseta gris bastante grande.

— Esto ya lo has hecho antes — contestó ella.

El hizo como si no la hubiera oído.

— Hay un cepillo de dientes nuevo en tu baño. La pasta de dientes está en el cajón. También hay toallas limpias en la estantería.

Entró en el baño y se duchó. Después se puso la camiseta y cepilló los dientes. Cuando salió del lavabo vio que Wolf había cerrado la puerta de su dormitorio. Lo oyó hablando bajito por teléfono. Escuchó parte de una conversación. Frases como «Pronto estaré allí» y «Habrà tiempo de sobra en África». Se imaginó que hablaba con Joy.

Iba a ir pronto a África a rodar su película. Por algún motivo sintió celos. Wolf le había dicho que no había nada entre ellos, que sólo eran amigos, pero esa relación hacía que se sintiera insegura, como alguien diferente.

Wolf y Joy eran los dos actores, famosos y atractivos. Pensaba que ella era sólo normal.

Suspirando, volvió a su dormitorio y se metió en la cama, que era enorme.

Intentó relajarse y dormir, pero le costó mucho; se había pasado demasiado tiempo en cama en las últimas horas. Se quedó tumbada y pensando, con un nudo en el estómago. Estaba enfadada consigo misma por pensar que podía competir con Joy, vivir la vida de Wolf sin salir mal parada.

Wolf a veces le recordaba al vaquero con el que soñaba de pequeña. Era igual de apuesto y fuerte, capaz de cuidar de ella sin pretender cambiarla. Pensó que ojalá él fuera ese héroe. Pero eso era un final feliz de Hollywood, y no siempre se hacían realidad.

Bastaba con llegar a Los Ángeles para darse cuenta de lo falso e irreal que era todo.

Durmió bastante mal, pero se despertó cuando olió café recién molido. Se sintió como nueva.

No quería tener que ponerse de nuevo el vestido de fiesta. Así que se pasó el pelo por las manos y fue en camiseta a la cocina. Por fortuna, era bastante grande y le cubría hasta medio muslo.

Era Wolf el que estaba en la cocina haciendo café. Le ofreció una taza en cuanto entró.

—Gracias —dijo ella, aceptándola.

—De nada.

El café estaba muy rico, era fuerte y aromático. Observó a Wolf mientras seguía tomándose el café. Estaba preparando zumo de naranja. Después se dispuso a preparar tostadas.

—¿Mantequilla, mermelada o confitura? —le preguntó mientras miraba en el enorme frigorífico.

—Sólo mantequilla —repuso ella.

Se preguntaba cuándo podría volver a casa. Ya había dejado de ir el día anterior al trabajo y, aunque era sábado, necesitaba recuperar parte del control de su vida.

—Siempre tomó el café en la terraza, ¿quieres venir?

Estaba siendo muy amable, demasiado, y eso la asustó.

—Sólo si compartes el periódico conmigo...

—Depende de la sección —repuso él con una sonrisa.

—Me gustaría la sección de cultura.

—Para ti —le dijo él, abriendo la puerta que daba a la terraza.

Las vistas de la playa eran maravillosas, y el mar estaba azul y resplandeciente.

Wolf empezó a leer de inmediato, y ella lo observó; no entendía cómo podía concentrarse con todo lo que estaba pasando a su alrededor.

—Wolf.

— ¿Sí?

— ¿Vamos a hablar de lo que ha pasado?

— No —repuso él sin levantar la vista—. No hay nada de lo que hablar.

Tomó el periódico e intentó concentrarse en él sin suerte. Parecían una pareja más, desayunando en Malibú. Casi podía soñar con que los titulares de ayer se hubieran olvidado ya, que nadie recordara el supuesto intento de suicidio.

De repente, miró a la playa y vio a un fotógrafo con un gran teleobjetivo enfocando en su dirección.

— ¡Wolf! Hay un fotógrafo en la playa.

— ¿De verdad?

— ¿Lo sabías? —preguntó ella con suspicacia.

— Siempre hay alguno en todas partes, mirando con su cámara. Aprendes a ignorarlos y seguir adelante con tu vida.

— ¿Estás seguro de que no estamos aquí para que nos vean?

— Es una buena idea —dijo él con una sonrisa triste—. Ojalá se me hubiera ocurrido, pero lo cierto es que ésta es mi casa, y estoy desayunando en mi terraza como cada mañana. Tú, Alexandra, estás aquí por casualidad —añadió, leyendo de nuevo.

— Creen que estaba alterada por lo de Joy, ¿no? —susurró ella—. Aunque no estabas con ella en la fiesta.

— No, pero a las revistas no les importan los hechos, sólo los rumores. Sólo quieren vender.

El teléfono comenzó a sonar dentro de la casa.

— Voy a contestar. Podría ser el estudio. Los productores se han reunido esta mañana para discutir si seré yo o Joy el que sea reemplazado del reparto de la película.

— ¡Oh, Wolf!

— No, por favor. Es demasiado tarde para eso, disfrutemos de lo que queda de la mañana, ¿vale?

Alexandra vio cómo Wolf colgaba y salía de nuevo.

— ¿Malas noticias?

— ¿Siempre eres tan curiosa? Siempre tienes preguntas. Creo que es hora de que sea yo el que te conozca mejor.

— ¿Qué quieres saber? —dijo ella, intentando sonreír.

Wolf estaba actuando de forma muy extraña.

— Quiero saber quién eres de verdad.

Abrió la boca para protestar, y la cerró. No tenía por qué darle explicaciones. Tenían un contrato, pero iba a terminar pronto. A él le quedaban dos semanas para irse a África, y entonces todo terminaría.

— ¿Puedo volver pronto a casa? — preguntó ella.

— No.

— ¿Por qué no?

— Tengo una comida, y me gustaría mucho que vinieras.

— Pero tengo que ir a casa a cambiarme, no tengo nada que ponerme.

— Benjamín va a enviar a una estilista.

— ¿Fue Benjamin el que te llamaba?

— Sí.

— ¿Qué pasa, Wolf?

— Que hay una comida.

— ¿Por qué una comida? — insistió ella, cruzándose de brazos.

Él dejó que su mirada cayera sobre los pechos de Alexandra, sus pezones se dibujaban perfectamente bajo la leve tela de la camiseta.

— Tengo hambre — contestó él —. Y es hora de intentar reparar los daños.

Una hora más tarde estaban en el coche de Wolf, camino de Los Ángeles.

Alexandra se estiró un poco más la estrecha falda del vestido gris que le había traído el estilista. Tenía tirantes y un precioso lazo negro en la cintura. Llevaba tacones negros y el pelo rizado y suelto. Estaba guapa y sexy. Debería haberse sentido segura, pero no podía.

— ¿Dónde vamos a comer?

— En el Asia de Cuba.

— No lo conozco.

— Es un buen restaurante.

— ¿Dónde está?

— Hoy estás la mar de curiosa.

— Es que tú estás actuando de manera muy extraña.

— ¿Sí?

Siguió mirándolo; estaba claro que pasaba algo.

— Estás muy reservado.

— ¿En serio?

Dejó el tema de momento, él no estaba muy hablador, y a ella no le apetecía seguirle la corriente en sus juegos. Pasaron los minutos, ya estaban cerca de Santa Mónica.

— ¿Por qué no quieres contármelo? — preguntó ella de nuevo—. Actúas como si supieras algo que yo no sé. No me gusta, creo que debería saberlo.

— De hecho, había pensado en decírtelo, pero creo que será mejor que disfrutes de la sorpresa.

Así que era verdad, iba a pasar algo. Estaba tan nerviosa que no aguantaba más.

— ¿Por qué tengo la impresión de que no me va a gustar la sorpresa?

Wolf se encogió de hombros.

— Eso depende de lo que pienses de los encuentros familiares.

— Las familias están bien, no sabía que tuvieras parientes en la ciudad.

— Y no los tengo.

— Entonces, ¿quiénes son? — preguntó ella, temiéndose lo peor.

Entró en el aparcamiento del hotel Mondrian, que estaba al lado de algunos de los mejores restaurantes de la ciudad.

Él la miró mientras iba hacia el hotel.

— Dos hombres que se llaman Troy y Trey.

Alexandra sintió la adrenalina recorrer su cuerpo. No podía creerse lo que había oído.

— ¿Te suenan esos nombres, cariño?

— Son mis hermanos. Los gemelos.

— ¿Y cuántos hermanos tienes?

— Cinco.

— ¿Cuántos hijos sois?

— Seis.

— Eres la única chica.

Ella asintió.

— Y la pequeña — averiguó Wolf.

Alexandra asintió de nuevo.

— Entonces, ¿por qué me dijiste que no tenías familia?

— Tú eres hijo único, no lo entenderías.

— Inténtalo.

— Tengo cinco hermanos — comenzó ella, sintiéndose algo mareada—. Y, no sé si ya has conocido a los gemelos, pero todos son iguales. Grandes, duros y prácticos. No les gustan las tonterías ni superficialidades. Son como mi padre y mi abuelo.

— No he conocido a los gemelos. Pero están decididos a verte, y verme a mí. Están preocupados.

– No me hagas entrar. No quiero verlos...

– Pero ellos te quieren.

– Me quieren demasiado. Y las cosas no hicieron más que empeorar cuando murió mi madre...

– No pueden ser malos hermanos si han volado hasta aquí sólo para verte.

– Sí, han venido corriendo para llevarme de vuelta a casa.

– Eso no lo sabes.

– Sí que lo sé.

Sus hermanos habían sido siempre tan protectores que la habían sofocado, no dejaban que hiciera nada sola. Ni siquiera querían que se fuera a la universidad.

– No voy a volver. Pueden decir lo que quieran, pero no vuelvo a casa. Me quedo aquí contigo.

Wolf había oído muchas locuras en su vida y conocido a mucha gente. A sus treinta y cinco años, sin embargo, no había conocido a nadie como ella. Era única y original.

– ¿Por qué querrías quedarte conmigo? Ni siquiera te gusto.

Ella se sonrojó de inmediato.

– Pero eres el único que conozco que puede hacerles frente.

– Una familia como la tuya sólo quiere lo mejor para ti.

– Claro, podría volver al rancho de mi familia en Montana, casarme y tener un montón de niños. Ésa sí que sería una vida fabulosa.

– La vida en un rancho puede ser mucho más interesante que eso.

– Sí. Caballos, vacas... ¡Es genial!

– Benjamín me dijo que tus hermanos eran grandes, ¿es así cómo se hicieron grandes? ¿Persiguiendo caballos y vacas?

– Todos los Shanahans son grandes – repuso ella, orgullosa.

– Entonces, ¿qué pasó contigo? – dijo él, abriendo la puerta del hotel.

Alexandra rió, hasta que vio a dos hombres acercarse a ella.

– Trey – dijo casi sin aliento – . Troy.

Capítulo 8

Los hermanos Shanahan fueron directamente al grano.

– Nos gustaría hablar a solas con nuestra hermana – dijo Trey.

– Quiero que Wolf se quede – repuso ella, asustada y buscando la mano de Wolf.

– Es un asunto familiar – dijo entonces Troy.

– Sí, pero Wolf es como de la familia – replicó Alexandra, apretando la mano de Wolf con fuerza.

Troy miró a Wolf con suspicacia.

– Entonces debería estar protegiéndote, no haciéndote daño. Porque no nos gustó saber que estabas hospitalizada. Los otros y papá se sienten igual.

– No es lo que os imagináis.

– ¿No? Entonces explícanoslo – le pidió Trey.

Miró a Wolf un instante, tenía la mandíbula apretada, estaba claro que no le gustaba el tono de Trey e intentaba controlarse.

– Alexandra, estamos preocupados por ti – insistió Troy –. Hemos hablado con papá, y estamos aquí para llevarte a casa.

No le sorprendía. Así se comportaban los miembros de su familia.

– No voy a volver a casa – repuso ella con tanta calma como pudo.

– Bueno, pues yo no voy a dejarte aquí – insistió Trey.

Alexandra lo miró, y después a Troy. Se sentía dividida, frustrada por una parte, pero también encantada de verlos. Sus hermanos eran guapos y fuertes, no tenían ni un gramo de grasa en su cuerpo. Los sonrió con dulzura.

– Trey, no te queda más remedio que aceptarlo – le dijo con voz entrecortada –. Éste es ahora mi hogar...

– ¡Eso es absurdo! – la interrumpió Troy –. Tu hogar está en el rancho.

Ella sacudió la cabeza. Sentía con fuerza la presencia de Wolf, apoyándola. Le agradecía mucho que estuviera con ella y sobre todo que no interviniera.

– Ya no – le contestó.

– ¿Quieres decirme que el rancho no es para ti tu hogar? – le preguntó Trey, algo asqueado.

Miró a uno y a otro.

– Siento que hayáis venido hasta aquí en vano. Pero decidle a papá que estoy bien y que intentaré volver en navidades y...

— Vas a venir tú misma a Montana a decírselo — repuso Troy—. Y mientras estás allí, le cuentas cómo casi te mueres. Porque lo sabemos todo. Sabemos que tuvieron que llevarte corriendo al hospital, hacerte un lavado de estómago y dejarte en observación un día.

— Lo que habéis oído o leído en la prensa es falso — dijo con confianza—. No es lo que pasó.

— Entonces, ¿no intentaste suicidarte? — le preguntó Troy—. Porque casi le rompes el corazón a papá. Él te quiere más que a nosotros cinco juntos.

Sus palabras fueron como una puñalada para Alexandra. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Le dolía pensar en lo que podía haber sufrido su padre.

— Le llamaré esta misma noche — les dijo.

— No, vas a venir a casa esta misma noche y decírselo en persona. Como tiene que ser — repuso Trey, dándole con el dedo índice en el pecho.

Y entonces recordó por qué se había ido de casa.

Odiaba a sus hermanos tanto como los quería. No entendía por qué su relación tenía que ser tan complicada. La protegían y manipulaban como si fuera indefensa.

— No intenté suicidarme. La prensa se equivocó. Alguien puso algo en mi bebida; se supone que era una broma.

Troy y Trey se miraron.

— ¿Qué tipo de vida es ésta? — preguntó Trey—. Estás demasiado delgada, bronceada y maquillada. Ni siquiera te pareces a la Alexandra que conocemos.

— Pues lo soy — protestó ella.

— No lo eres — repuso Troy—. Pareces una muñequita de Hollywood. Y papá no te ha criado para que te convirtieras en eso. Mamá tampoco estaría orgullosa.

Todas sus palabras le dolían, pero esas últimas se le clavaron en el corazón, y tuvo que apartar la mirada. No podía seguir con eso. Miró a Wolf y lo tomó del brazo.

— Quiero irme — le susurró—. ¿Podemos irnos, por favor?

Él miró su cara cubierta de lágrimas.

— Por supuesto, haremos lo que quieras.

Pero antes de que pudieran dar dos pasos, Trey la tomó por el brazo.

— ¿Y qué voy a decirle a papá?

Rápidamente, Wolf le quitó la mano que agarraba a Alexandra. Parecía muy enfadado.

— No la toques así. Es una mujer, no una de vuestras vacas.

Trey también lo miró furioso.

— Es mi hermana. La quiero y deseo lo mejor para ella.

—Si eso es verdad, dile a tu padre que está muy bien en Los Ángeles conmigo.

—¿Contigo? —repitió Troy con frialdad.

—¿Y quién demonios eres tú para tomar decisiones por ella? —preguntó Trey.

Alexandra temía que fueran a pegarse. Sabía que sus hermanos eran duros de pelar.

—Soy el prometido de tu hermana —contestó Wolf con calma—. Estamos prometidos, ¿no lo sabías?

—¿Prometidos? —repitió Trey, estupefacto—. Ella no lleva anillo.

—Porque aún es un secreto —repuso él, sonriendo.

Parecía no tener ningún problema contándoles esa historia. Al contrario, se veía que estaba divirtiéndose con las caras de los dos hermanos. Alexandra, sin embargo, no podía ni mirarlo a la cara. No podía creerse cómo estaban enredándose las cosas. Quena hablar, pero se había quedado en blanco. Todo había estado bien hasta que la modelo le echó el cóctel encima, un accidente tonto que estaba teniendo consecuencias imprevistas.

—Secreto —repitió Troy— ¿Qué tontería es ésa de un compromiso secreto? —le preguntó—. ¿Por qué tiene que ser secreto? ¿Es que te avergüenzas de ella? De donde venimos, los Shanahans son respetados, igual que siempre lo ha sido nuestra hermana —explicó—. Quizás pienses que puedes tratar a Alexandra como quieras, porque eres muy especial, pero no va a ser así. Es muy buena chica, la más dulce que puedas conocer, y se merece que la traten bien.

Mientras Troy hablaba, Wolf miraba a Alexandra. Ella pudo mantener a duras penas una fingida sonrisa.

—Si es aún secreto, es porque no he tenido la oportunidad de pedirle la mano a vuestro padre.

—¿Vas a hacerlo? —preguntó Troy.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Eso no es asunto tuyo, ¿no crees?

—Espero que hables en serio —le avisó Trey—. Porque Alexandra no se merece que le pisoteen el corazón.

Alexandra casi tenía ganas de reírse, pero de llorar también. Habían pasado cuatro años desde que saliera de casa, y sus hermanos no habían cambiado en absoluto. Amenazaban a todos los chicos del pueblo para que no se acercaran a ella; era demasiado perfecta para ser tocada. Era una niña buena, dulce y virgen. Alexandra se estremeció por dentro, si era inexperta cuando llegó a Los Ángeles era por culpa de sus hermanos, siempre tan protectores.

Trey metió la mano en el bolsillo y sacó la billetera.

—¿Cuánto nos va a costar librarnos de ti? ¿Cinco millones? ¿Diez? ¿Qué es lo que quieres?

—Trey... —exclamó ella, palideciendo.

—Dinos tu precio —añadió Troy.

—¿Mi precio? —repitió Wolf—. ¿Es que crees que puedes comprarme?

—Estamos dispuestos a intentarlo. Queremos tenerte fuera de nuestras vidas.

—Eso es obvio, pero mi relación con Alexandra no tiene nada que ver con vosotros, y la única persona con derecho a opinar sobre nuestro compromiso es vuestra hermana —dijo, mirándola.

Ahora todos esperaban a que hablara. Tenía la boca seca y la mente en blanco.

—¿Es verdad? —le preguntó Trey—. ¿Es él el hombre de tus sueños? ¿Es con quien quieres casarte?

Alexandra miró a Wolf, y se quedó perdida en sus ojos. Pensó que más tarde saldrían de esa situación; en ese momento sólo quería a sus hermanos fuera de su vida y no tener que volver a Montana.

—Sí —contestó.

—Entonces, ¿cuándo será la boda? —insistió Troy.

—Pronto —replicó Wolf, tomando la mano de Alexandra y besándole el dorso—. Pensamos en escaparnos y casarnos en privado. Será en Zambia, donde voy a rodar una película.

—¿Zambia? —repitió Troy, atónito.

—¿Casarte con Alexandra en África? —intervino Trey— De eso nada. Ni hablar.

—Si te vas a casar con ella, lo haces aquí, donde pueda asistir su familia. ¿Lo entiendes?

Wolf parecía enfadado, pero sus ojos delataban que estaba divirtiéndose con la situación.

—Sería difícil no entenderte. Eres cristalino como el agua.

Miró a Alexandra, que estaba pálida, y sonrió con sarcasmo.

—Entonces será una boda en California —les dijo.

No llegaron a comer juntos, y el trayecto de vuelta a casa fue una tortura para Alexandra. Wolf estaba más callado que nunca. Ella intentó no mirarlo, estaba temblando.

Les había prometido a sus hermanos que se casaría con ella en California en menos de dos semanas. Parecía una broma, pero no era capaz de reírse. Sólo quería llorar.

Hacía calor fuera, pero no podía dejar de temblar; hasta sus dientes castañeteaban. Era un lío tremendo, tendrían que pensar juntos y esforzarse en encontrar una salida cuanto antes.

—Date un baño caliente cuando lleguemos a casa —le aconsejó él—. O mejor aún, puedo preparar el jacuzzi para ti; está en el jardín, al lado de la terraza. Tiene unas vistas increíbles; te ayudará a volver en sí.

—Tenemos que pensar en cómo vamos a salir de esta situación. Tiene que ser algo creíble, algo que mantenga a mi familia lejos de Los Ángeles y de mí.

Wolf la miró, extrañado.

—¿No estabas ahora mismo en el hotel conmigo? ¿No oíste lo que yo oí? Tus hermanos no van a desaparecer hasta que estés casada. Van a quedarse en el hotel hasta que ocurra.

Por eso estaba temblando tanto. Estaba condenada, y Wolf también.

—Lo siento —murmuró ella—. Siento mucho todo este lío. Si me hubiera quedado en la fiesta, nada de esto habría pasado.

—Es un negocio muy extraño éste en el que nos movemos.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Casarnos.

—Quieres decir, hacer como que nos casamos.

Wolf la miró, divertido.

—Tus hermanos no parecen estar por la labor de una boda fingida. Además, la verdad es que estoy harto de fingir, eso es lo que nos ha metido en este lío. Creo que es hora de que hagamos las cosas como es debido. Será una boda de verdad con un cura de verdad, invitados reales y champán auténtico.

Lo único que pudo pensar ella era que eso significaba también publicidad de verdad. Ese juego de las relaciones públicas había tomado el control de su vida y no le gustaba. Ya no sabía quién era en realidad. Estilistas, diseñadores y maquilladores la arreglaban continuamente y estaba deseando que volviera la vieja Alexandra. La que llegaba siempre a tiempo al trabajo, dormía todas las noches siete horas y media y vestía siempre de negro, azul marino y gris para que la gente la tomara en serio. Echaba de menos ser simplemente una chica normal.

—Creo que esto ya ha llegado demasiado lejos, ¿no lo crees así, Wolf?

—Si lo creyera, no acabaría de pedirte que te casaras conmigo.

—Bueno, en realidad no me lo has pedido —repuso ella, irritada.

—Pero, al parecer, soy el hombre de tus sueños.

Tenía ganas de gritar.

—Eso fue sólo un malentendido —dijo, frustrada.

– Uno al que tus hermanos se han aferrado. Me imagino que ya habrán hablado con tu padre.

Alexandra se cubrió el rostro con las manos. No quería oír nada más ni pensar en sus hermanos hablando con su padre. Porque sabía que Wolf tenía razón. Ya habrían hablado con su padre, con Brock, Dillon y Cormac. Pronto llegarían todos a la ciudad.

– ¿Te sentirías mejor si te lo hubiera pedido de rodillas? – le preguntó él.

Ella lo miró con odio.

– No.

– Me lo imaginaba. ¿Para qué perder entonces el tiempo haciendo teatro? – repuso él.

Esas dos semanas pasaron más deprisa que nunca. Fue la boda organizada más rápidamente de la historia de la humanidad. Wolf hizo unas cuantas llamadas, y en un día se decidió el sitio para la ceremonia y el banquete. Tres días después, se terminaron de organizar los otros detalles, incluidos la lista de invitados, el vestido de novia, los colores, las flores, el menú del banquete y las actuaciones. El cuarto día se enviaron las invitaciones.

Alexandra rió hasta que se le saltaron las lágrimas cuando abrió el buzón y encontró una invitación para su propia boda. Todo era tan horrible que era casi cómico.

Ella, que había fantaseado a los quince años con Wolf Kerrick, iba a convertirse en su esposa en Santa Bárbara una semana después.

Santa Bárbara, a hora y media de Los Ángeles, era un sitio encantador. Lleno de casas de adobe y tejados rojos y edificios históricos, iba a ser el escenario de su boda.

Dando vueltas sin parar en el vestidor de su dormitorio en la mansión Denzinger, no dejaba de mirar el reloj de sobremesa. Sólo quedaba media hora para que comenzara la ceremonia.

No podía dejar de temblar. Tampoco podía creerse que Wolf hubiera insistido en seguir adelante con la boda. No había razón alguna para hacerlo. Wolf podía simplemente haberse ido a África, y ella lo habría excusado, explicando que se había arrepentido o que se habían dado cuenta de que no tenían nada en común. Cualquier cosa con tal de evitar ese matrimonio.

Alexandra miró de nuevo el reloj. Faltaban sólo veinticinco minutos. En veinticinco minutos iba a convertirse en su esposa.

Odiaba llorar, pero sabía que estaba a punto de hacerlo.

Hasta ese instante había pensado que ella era la mujer menos romántica del mundo. No creía en el amor y nunca había sentido el deseo de casarse y tener hijos con alguien. Pero ahora estaba horrorizada ante la perspectiva de casarse con alguien que apenas conocía.

No podía creerse que se casara con él sólo porque quería escalar puestos en su carrera. Eso estaba mal incluso para una cínica como ella.

No podía hacerlo. Ni por Wolf ni por su familia. Tenía que salir de allí, escapar antes de hacer el ridículo delante de los invitados y las cámaras.

Dejó de andar, se volvió y se mordió el puño, olvidándose de sus labios ya perfectamente maquillados.

No le gustaba escapar, pero no le quedaba otra alternativa. Su familia no iba a escucharla, y Wolf iba a irse de todos modos a Zambia dos días después.

Se miró, llevaba un vestido de novia que era propio de una princesa. Estaba lista para una boda de cuento de hadas que no podía dejar que tuviera lugar.

Se llevó las manos a la espalda e intentó desabrochárselo, pero había demasiados botones, escondidos en la costura de satén del vestido. No podría quitárselo sin ayuda y no podía pedirselo a nadie.

Si quería irse, tendría que hacerlo vestida como estaba.

Se acercó a su maleta y buscó dentro su monedero. Por fortuna, allí estaba. Lo tomó y dejó el resto de sus cosas. Se compraría lo que necesitara donde fuera, porque lo que sabía era que no podía volver a su casa en Culver City. Ni siquiera sabía si iba a tener trabajo después de plantar a Wolf en el altar, pero decidió que se preocuparía después por esas cosas.

Salió del vestidor y se deslizó en silencio por el pasillo de la gran mansión. Pasó a varias criadas de uniforme, pero ni siquiera las miró a los ojos. Quería salir antes de que alguien llegara al vestidor y descubriera que se había ido.

Dobló varias esquinas hasta darse de frente con una puerta de salida. La atravesó y llegó afuera, libre por fin. Vio el Rolls Royce que esperaba allí, decorado con lazos blancos y un centro floral en la parte de atrás. Con un estremecimiento, se dio cuenta de que era el coche en el que iban a irse los dos, ya casados. Pasó a su lado deprisa.

— ¿Estás buscando algo? — dijo una voz tras ella.

La reconoció al instante, y tensó cada músculo de su cuerpo. La sangre se le volvió hielo.

Despacio, giró hasta encontrarse cara a cara con Wolf, que estaba apoyado en la pared del edificio. Ni siquiera podía hablar. Era la última persona a la que esperaba ver.

— ¿Buscas una cabina de teléfono? — preguntó él, señalando el monedero.

Ella negó con la cabeza. El delicado velo acarició sus mejillas.

—¿No encuentras a tu estilista? ¿Al maquillador? ¿A tu familia? —preguntó Wolf con una ceja levantada.

—Intentaba encontrar un taxi —reconoció ella.

Él se quedó callado durante un instante, estudiando la expresión de Alexandra.

—Intentabas escapar, ¿verdad?

—Yo nunca consentí en llevar esto a cabo. Yo nunca...

—Tampoco lo negaste cuando se lo conté a tus hermanos. Les dijiste...

—¡Estaba asustada!

—Y es normal. De hecho, también deberías haberte asustado cuando aceptaste firmar ese contrato semanas atrás para fingir ser mi amante. Si eres una chica tan buena e inexperta, ¿qué demonios haces conmigo? —le preguntó mientras la miraba con dureza.

Estaba imponente con su esmoquin negro, camisa y corbata blancas.

—Pero cuando tu familia llegó, en plan salvadora, no iba a olvidarme de la responsabilidad que tengo contigo —añadió él—. ¡No iba a abandonarte! Y tú, Alexandra, no vas a abandonarme a mí.

Capítulo 9

El banquete pasó, como la ceremonia, en una serie de confusos momentos para Alexandra, cuyo velo no paraba de agitar la brisa marina.

Ahora que había terminado la ceremonia, se alegraba de que su estado de desconcierto la impidiera escuchar las palabras del sacerdote, y eso le hizo más llevadero el trago. Se concentró únicamente en pensar en el futuro, un futuro lejano en el que ella sería por fin alguien importante en la industria del cine. Y no porque estuviera casada con alguien poderoso e influyente, sino porque ella misma lo sería.

Los invitados no pararon de ir a saludarla durante todo el banquete. Ahora que era la mujer de Wolf Kerrick, había pasado a ocupar un puesto en la sociedad. En Spago y en la fiesta de Silverman no había sido merecedora de atención; ella no era nadie. Ahora las cosas habían cambiado, todo el mundo quería felicitarla, y abrazó a actrices que nunca había conocido, besó a multitud de famosos y se hizo fotos con los ejecutivos más importantes de la industria.

Era una lástima que no la apreciaran por méritos propios, pero al menos todo el mundo era más amable con ella, para tranquilidad de su familia. De hecho, para cuando bailó en brazos de su padre, sus hermanos eran ya los admiradores más fervientes de Wolf Kerrick, algo que le dolía y molestaba mucho.

El banquete, igual que la ceremonia, tenía lugar en el jardín de la mansión Denzinger. Un escenario perfecto para una película de Hollywood, pero lo que estaba pasando era real.

Después de los saludos y el cóctel sirvieron la cena. Más tarde tuvo que abrir el baile con su flamante marido, algo que le destrozó los nervios.

Tras bailar con su padre y hermanos, Wolf volvió a acompañarla al centro de la pista, después de haber estado hablando de nuevo con su nuevo suegro.

—Parece que tú y mi padre habéis encontrado muchas cosas en común —le susurró ella entre dientes mientras Wolf la hacía girar y bailaban un vals.

—Es un hombre fascinante —le dijo Wolf.

—Quizás sólo estés intentando ganar puntos con él.

—Quizás —asintió él sin dejar de bailar—. Y tú deberías sonreír porque ahora mismo te está mirando, y lo que más le importa en el mundo es que su niña sea feliz.

Alexandra le pisó el pie a propósito.

—¡Huy! ¡Perdón!

Wolf la agarró por la espalda con más firmeza.

—No me había dado cuenta de lo patosa que es mi amor —repuso él.

—Supongo que tú tampoco me conoces —contestó ella, sonriente—. Entiendes que esto es sólo para las cámaras, ¿no? —le dijo sin dejar de sonreír—. Estoy

haciendo mi papel y me pagas por ello. No pienses ni por un momento que me gustas.

– Pero te gusto – repuso él, sonriendo aún más.

– No.

– Bueno, te gusté.

– No.

– Cariño, soy actor, pero no estúpido.

Alexandra intentó apartarse de él, pero Wolf la tenía sujeta con fuerza.

– Nos conocimos antes – añadió él sin dejar de girar y de disfrutar del vals—. ¿No lo recuerdas?

Ella lo miró a la barbilla, sin fuerzas para mirarlo a los ojos.

– Fue hace unos cuatro años – continuó él—. Nos conocimos en el hotel Beverly Hills. Tú estabas con unas amigas y...

– No lo recuerdo – interrumpió ella con firmeza.

– Nos cruzamos en el pasillo. Tú ibas al lavabo de señoras, y yo acababa de salir del de caballeros...

– No lo recuerdo – insistió Alexandra sin aliento.

– Salimos juntos del hotel.

– No...

– Fuimos a cenar a Ivy.

Todo su cuerpo estaba helado. No tenía fuerzas para protestar.

– Después de la cena fuimos a las colinas de Hollywood y aparcamos allí, desde donde se ve todo el valle.

Alexandra se quedó mirándolo, dándose cuenta de que él lo había sabido. Lo había sabido todo el tiempo. Él la miró a los ojos.

– ¿Cómo podías pensar que no iba a acordarme de ti?

Intentó entender todo aquello.

– Pero yo pesaba casi diez kilos más.

– De eso no me acuerdo.

– ¿De qué te acuerdas? – le preguntó ella sin aliento.

– De tu dulzura, tu inteligencia, tu humor... – comenzó él, intentando descifrar el impacto que sus palabras estaba teniendo en ella—. Y tu increíble inexperiencia.

Ella estaba tan paralizada que no podía ni articular palabra. Wolf se inclinó sobre ella y la besó justo bajo la oreja, susurrándole.

—Una chica que no sabe ni cómo desabrochar el pantalón de un hombre, que no sabe nada de sexo oral ni nada similar... Es el tipo de chica que querrías llevar a casa y presentar a mamá.

Alexandra lo empujó en el pecho, terminando de forma abrupta el vals.

—¡Te acordabas!

Él sonrió, y la atrajo de nuevo entre sus brazos, besándola en el cuello, donde su pulso golpeaba frenético.

—Claro que me acordaba —le dijo con un tono que consiguió estremecerla—. No pensarías que iba a casarme con cualquier mujer, ¿verdad, Alexandra?

Pasaba ya de medianoche cuando por fin pudieron irse de lo que se había convertido en la fiesta del año. Los organizadores de la boda tenían reservadas unas cuantas sorpresas, como actuaciones de algunos de los cantantes invitados, que tocaron sus canciones más famosas. Todo el mundo bailó, incluso Alexandra, que se sentía como la mujer más popular del país.

Pero para cuando se subieron al Rolls Royce, sus exquisitos zapatos le tenían machacados los pies. Intentó quitárselos, pero el vestido era demasiado largo y no lo consiguió.

A esas horas había poco tráfico y el viaje desde la mansión Denzinger hasta el hotel Four Seasons Biltmore, el más exclusivo de la ciudad, fue muy corto. Tan corto que Alexandra no tuvo ni tiempo de pensar en que esa noche los dos iban a compartir habitación.

A pesar de lo tarde que era, los recibió el director del hotel, que los acompañó hasta su suite principal, una cabaña lujosísima que tenía tres dormitorios, uno con chimenea, igual que el salón. El frigorífico estaba repleto, y en él enfriaban botellas de champán, cortesía del hotel. Después de explicarles todo, el director se retiró, dejándolos solos.

—¡Creí que nunca iba a irse! —exclamó Wolf, quitándose su corbata de seda.

Alexandra en cambio, tenía el sentimiento opuesto, no habría querido que nunca se fuera el director del hotel. Se entretuvo echando una ojeada a la casa, sin entender cómo algo tan lujoso podía ser llamado cabaña.

Había velas sobre la chimenea, en el baño principal y en el dormitorio, donde rosas rojas adornaban la cómoda.

—No vas a poder evitarme todo el tiempo —le dijo él, mirándola desde el umbral de la puerta.

Su voz la pilló por sorpresa y lo miró por encima del hombro, sintiendo de repente que era un extraño. Y en parte así era.

Lo había visto en películas, la había besado y habían salido juntos por Los Ángeles, pero en realidad no sabía quién era ni lo que pensaba y menos aún lo que pensaba sobre ella.

– No intentaba evitarte – dijo ella de manera defensiva, volviendo al salón.

Allí la atrajo con fuerza el fuego que ardía en la chimenea. Y se sentó encima de la falda de su vestido y frente a las llamas, abstraída por ellas.

– Estás huyendo de mí – le dijo Wolf, observándola.

Se le hizo un nudo en la garganta, la verdad era que él tenía razón. Estaba asustada.

Temía lo que iba a ocurrir después. Pero no podía decirle que era tan inexperta como lo había sido cuatro años antes, que seguía sin saber cómo dar o recibir placer.

Se quitó el velo y lo dobló con cuidado antes de levantarse.

– ¿Por qué iba a evitarte? Esto es sólo una farsa para los medios, una de la que saldremos pronto...

– No – la interrumpió él –. Te equivocas.

El corazón le dio un vuelco y se alegró de que él estuviera lo suficientemente lejos como para no ver que estaba temblando. No sabía qué hacer con un hombre como Wolf...

Los nervios la atenazaban. Lo había evitado durante el banquete, pero ahora no tenía dónde ir.

– Como te dije mientras bailábamos, no me habría casado con cualquiera. Desde luego no lo habría hecho por mi carrera ni por la publicidad. Si me he casado contigo, es porque te deseo.

La voz de Wolf era profunda pero dulce, como sus hipnotizadores besos.

– Te deseo – repitió más despacio.

Alexandra lo miró desde el otro lado de la habitación, no podía pensar con claridad, estaba como en una nube.

– Pero si ni siquiera me conoces, tú mismo lo dijiste.

El se desabrochó la camisa, revelando un torso fuerte y poderoso.

– Entonces vamos a empezar ahora a conocernos – repuso él.

Era un hombre impresionante, primitivo y masculino. Y la idea de que la deseara hacía que se asustara, pero también estaba llena de curiosidad.

Ni siquiera la tocaba. Con sólo mirarla se sentía ya como si estuviera entre sus brazos. Estaba nerviosa y tensa, consciente por primera vez de su piel, de sus labios, de sus curvas y el lugar donde sus piernas se juntaban.

Él le hacía sentirse como una mujer de verdad. Pero ahí estaba el problema, porque no sabía lo que una mujer hacía con un hombre. Como toda chica de granja, conocía la mecánica, pero nada más.

Wolf se desabrochó el resto de la camisa, y ella estaba hipnotizada, observándolo. Después se llevó la mano al botón del pantalón, y el corazón de Alexandra comenzó a galopar en su pecho.

– No podemos... – dijo ella con voz entrecortada –. Yo no puedo...

– ¿Por qué no?

– Estaría mal...

– Estamos casados – repuso él, acercándose a ella.

– En una ceremonia falsa, con invitados y cura falsos.

– No, los invitados y el cura eran de verdad, por lo que la ceremonia también lo fue.

– Pero sabes que esto terminará en cuanto comiences a rodar la película – dijo ella, viéndose atrapada –. Esto sólo es temporal.

– Nunca dije eso – repuso él, acercándose rápidamente y tomándola por las muñecas.

– Pero yo sí. Yo... – dijo ella, intentando pensar.

– Además, puede que nunca llegue a participar en esa película, ha estado maldita desde el principio – explicó él –. Eres mi esposa – añadió, tirando de ella con fuerza.

Ella se tambaleó y cayó entre sus brazos. Cadera con cadera, y sus pechos oprimidos contra el torso de Wolf. Y entonces él agachó la cabeza y la besó, impidiéndola respirar.

Ella se perdió de nuevo. La presión sobre su boca la deshizo por completo, haciendo que dejara de pensar con claridad. No le extrañaba que todas sus compañeras de reparto acabaran enamoradas de él. Su forma de besar hacía que cualquiera perdiera el sentido.

Se agarró a él para no perder por completo el equilibrio, pero la lengua de Wolf la acariciaba y amenazaba con hacerle perder el sentido. Algo en ese beso hacía que quisiera abrirse por completo a él, no sólo con su boca, sino también con su cuerpo.

Y cuanto más lo deseaba, más consciente era de que aquello debía de estar mal. Intentó apartarse, pero sentía demasiado placer contra su torso.

Estaba muy bien, todo estaba demasiado bien y le hacía pensar que algo que le diera tanto placer tenía que estar mal.

– Detente – le dijo ella contra su boca.

– ¿Por qué? – repuso él, acariciándole el pelo.

– Esto es una locura, no tiene sentido.

– La pasión no tiene por qué tener sentido – le dijo él antes de abrazarla de nuevo.

A pesar del gran vestido, podía sentir el hambre de Wolf y su deseo.

Él le levantó la falda y encontró sus muslos enfundados en medias de seda. Con sólo un par de movimientos, le desenganchó el ligero de cada media. Con la falda aún levantada, la presionó contra él, para que pudiera sentir su excitación, que no podía ocultarse tras la fina tela de sus pantalones.

Ella no pudo ahogar una exclamación al sentir cómo su cuerpo se llenaba de una ola de calor, que la colmaba y hacía que todo su interior se derritiera y volviera líquido.

El la apretó de nuevo contra su cuerpo, y Alexandra se quedó sin respiración. Sentía firme y fuertemente la erección de Wolf contra sus caderas. Sintió cómo algunos músculos, que ni siquiera sabía que tuviera, comenzaban a reaccionar ante lo que estaba ocurriendo.

Cuando él deslizó su mano por dentro de sus braguitas, quiso morirse. Nadie la había tocado nunca allí, pero sus caricias no eran sólo increíbles, estaban más allá de toda descripción. Y ella se encontró queriendo más, deseando que siguiera explorando su interior.

—Es maravilloso acariciarte —le dijo él con voz ronca por la pasión—. Es tan suave...

Abrumada, enterró la cara en el pecho de Wolf.

—Y húmeda —añadió—. Húmeda por mí.

Él seguía tocándola con delicadeza, abriéndole con insistencia los labios hasta llegar a su centro de placer, exquisitamente sensible al contacto. Y sintió cómo estaba aún más húmeda. Cuando Wolf deslizó un dedo en su interior, ella dio un respingo, maravillada por todo lo que estaba sintiendo.

La reacción de Alexandra casi hizo que él perdiera el control. Hizo que se girara, tiró de los botones y acabó rompiendo el vestido, hasta que cayeron los finos tirantes y el corpiño se abrió, revelando unos pechos firmes y redondos.

—Eres más que preciosa —susurró él, embelesado.

Comenzó a acariciarle los senos, sintiendo sus duros pezones contra las palmas de la mano.

La tumbó frente a la chimenea y, durante unos segundos, se detuvo simplemente a contemplarla. Alexandra yacía en el suelo con sus rosados pechos al aire y la falda y enaguas del vestido enredados entre sus piernas. Las llamas de la chimenea calentaban su piel.

—Te deseo —susurró él mientras la miraba y se desabrochaba los pantalones.

Ella asintió con la cabeza, demasiado abrumada para responder de otra forma. Lo miraba atónita, contemplando la belleza de ese hombre. Y, de repente algo se movió en su interior, sintió muy dentro algo mágico, una voz que le abría por fin los ojos.

Amaba a ese hombre.

La emoción la embargó, con una fuerza inesperada.

—No sé cómo hacer esto —tartamudeó ella mientras él se colocaba entre sus piernas.

El había empezado a penetrarla cuando se detuvo. Se apoyó en los antebrazos y la miró a los ojos, buscando la verdad en su interior.

—¿Nunca has...?

—No —repuso ella interrumpiéndolo.

—¿Soy el primero? —le preguntó.

Ella estaba a punto de echarse a llorar, pero no eran lágrimas de miedo, sino de emoción. Era una situación surrealista. Estaba a punto de hacer el amor por primera vez e iba a ser con Wolf, como su esposa.

—Sí —contestó con voz ronca.

Él la besó de nuevo, con gran ternura.

—No quiero hacerte daño —murmuró Wolf contra su boca mientras la penetraba.

Parecía estar dudando, temeroso de hacerle sufrir. Le quemaban los ojos. El cuerpo de Wolf le quemaba el interior, pero no era nada comparado con lo que estaba sintiendo. Pensó que Wolf era su primer amante y, si tenía suerte, el último.

Él le acarició la mejilla, limpiando una lágrima solitaria.

—Estás llorando —le dijo.

—Es una gran noche.

—Sí que lo es —repuso él, mirándola con intensidad.

Y ella se dio cuenta de que ya no había máscaras, era él en realidad, un hombre lleno de pasión, ternura y sueños inalcanzados. Quizás fuera la más rutilante estrella del momento, pero también era un hombre en busca del amor y de un hogar.

—Tómame —le dijo ella, deslizando sus manos hasta las caderas de Wolf—. No tengas miedo, yo no lo tengo.

Y entonces la besó de nuevo. Y lo hizo como si fuera la última mujer sobre la faz de la tierra y ése su último beso. Empujó mientras la besaba, venciendo la resistencia, hasta que ella lo sintió dentro, llenándola por completo.

Le dolió, pero al mismo tiempo fue algo maravilloso, nuevo y sagrado. Sagrado porque sintió que era lo correcto, supo que siempre había estado esperándolo. Incluso esa noche de cuatro años atrás había sido un paso más para lo que ahora estaban compartiendo juntos.

Wolf comenzó a moverse, y ella sintió cómo el fuego abrumador se convertía en otras sensaciones más cálidas, de plenitud e incluso placer.

Mientras la acariciaba, entrando y saliendo de su ser, ella instintivamente apretó con sus músculos alrededor de Wolf, disfrutando con el contacto y la dureza de su erección, disfrutando de ese momento, de cómo la hacía suya frente al fuego y con el vestido de novia aún puesto.

Cuando él incrementó el ritmo de sus movimientos, también se acrecentó el placer que ella sentía. No pudo evitar gemir al sentir cómo todo su cuerpo se tensaba y estremecía. La tensión crecía por momentos y parecía llevarla a la locura, a perder el control.

Había sido tímida antes de hacer el amor, pero ahora que estaba en esa situación lo quería todo, quería todo lo que él pudiera darle.

Cuando el ritmo se volvió frenético e insoportable, Alexandra comenzó a elevar sus caderas para encontrarse con las de él, presionando con fuerza.

—Puedes hacerlo —le susurró Wolf contra su garganta—. Puedes llegar al orgasmo. Déjate llevar...

Y mientras él la empujaba con más fuerza, olas de intenso placer la llenaron, haciendo que se sintiera muy consciente de lo que estaba viviendo y sintiendo, de ese momento, pero de nada más a su alrededor. El placer fue indescriptible, no se parecía a nada que hubiera sentido antes, y su cuerpo seguía aún temblando con exquisita sensibilidad cuando él también llegó al clímax, llenándola de placer, llenando su cuerpo y su corazón.

«Lo amo. Amo a este hombre», pensó ella mientras lo abrazaba.

Capítulo 10

Aún estaba abrazada a él cuando Wolf levantó la cabeza, la besó una vez y se apartó. De pie, la miró, alucinado.

—Otro vestido destrozado —le dijo.

—Esta vez no me importa —contestó ella con una leve sonrisa.

—Debería haberte desnudado por completo.

—Me alegro de que no lo hicieras. Ha sido más excitante así.

—¡Vaya! Supongo que eres una chica de Hollywood después de todo —repuso él, tomándola en brazos y llevándola hasta el baño.

Allí terminó de desnudarla y la metió dentro de la ducha con él. La enjabonó bajo la lluvia de agua caliente, acariciando sus pechos, estómago, sus caderas, el trasero y, con mucho cuidado, también entre las piernas.

—¿Estás dolorida?

El placer hizo que se estremeciera y echara contra él. Si lo pensaba, le había dolido, pero no había estado tan mal como temía. Wolf había hecho que su cuerpo se sintiera mejor, que ella se sintiera mejor, completa.

—Estoy bien —murmuró mientras él la enjuagaba con el teléfono de la ducha.

Comenzó a quitarle el jabón de los pechos, el estómago y el trasero, donde permaneció más tiempo del necesario, dejando que el agua acariciara a Alexandra, primero por debajo de sus nalgas y después más adentro, entre sus piernas. Wolf giró la cabeza de la ducha para que el agua se metiera entre sus labios más íntimos y llegara hasta la sede de su placer femenino.

Ella se agarró al brazo de Wolf, dividida entre el placer y la vergüenza.

—¿Te duele? —le preguntó con la voz llena de pasión.

—No —repuso, sonrojándose—. Sólo... Es que... Soy bastante tímida.

—Entonces cierra los ojos.

Ella había empezado a gemir, con la erótica caricia del agua en su interior.

—¿Crees que esto está bien? —le preguntó.

—No hay nada malo en esto, en que te dé placer —le dijo él mientras separaba las piernas de Alexandra con su rodilla y la acariciaba aún más íntimamente—. Ahora eres mía, y quiero que te lo pases bien.

Le temblaban las piernas, y se amarró mejor al brazo de Wolf. El agua la atormentaba, llevándola cerca de otro orgasmo.

—Wolf... —exclamó cerca ya del abismo—. No quiero... No puedo...

—No te preocupes, cariño. Puedes hacerlo, no estarás sola.

Abrió los ojos y miró para abajo. Wolf, mientras le daba placer sujetando el teléfono de la ducha con la mano derecha, había comenzado a acariciarse con la izquierda.

Se le aceleró el pulso al ver lo que hacía. Su erección era enorme y dura. Todo él era perfecto. Los músculos de su estómago y sus brazos se tensaban mientras incrementaba el ritmo de esas caricias. Lo oyó gemir, un gruñido gutural y salvaje. Nunca había oído nada tan sexy.

Estaba a punto de llegar al orgasmo, y entonces fue cuando ella también dejó de luchar contra su cuerpo y se dejó llevar por las sensaciones, abriendo más las piernas y moviéndose para que el chorro de agua quedara donde más le gustaba. Y entonces ocurrió, y no pudo evitar gritar, al mismo tiempo que él.

Algunos minutos después, seca y envuelta en el lujoso albornoz del hotel, se unió a Wolf para asaltar juntos el frigorífico de la cabaña. Estaban muertos de hambre, y dieron buena cuenta del queso. Después Wolf le puso en la boca fresas cubiertas de chocolate mientras bebían sorbitos de exquisito champán.

Finalmente, llegaron al dormitorio, se quitaron los albornoces y se metieron en la cama.

Alexandra pensó que la ceremonia había sido aterradora, el banquete abrumador y el sexo alucinante. Sonrió entre los brazos de Wolf y se sonrojó pensando en lo que acababan de hacer. La verdad era que él le gustaba en todos los sentidos, y ahora además había descubierto el sexo.

Hacer el amor con él había sido mejor de lo que hubiera imaginado, y pensó que había merecido la pena esperar por él.

Se acercó más a Wolf y notó cómo él la abrazaba más fuerte. Se echó hacia atrás hasta que su trasero entró en contacto con las caderas de Wolf y sus manos cubrían sus senos. Estaba exhausta pero, aun así, sintió cómo el calor la llenaba otra vez, haciendo que casi temblara y sus pezones se endurecieran de nuevo.

—Duérmete —repuso él, sonriendo—. O estarás demasiado dolorida para hacerlo mañana otra vez.

Volvieron a hacer el amor por la mañana. Fue lento y sensual, un despertar que hizo que Alexandra se sintiera feliz y plena. Pero no quería salir de la cama. Claro que cambió rápidamente de actitud cuando él le dijo sus planes para ese día.

—¿Que salimos para África esta tarde? —repitió incrédula, sentándose—. ¿El primer día de nuestra luna de miel?

—Sabías que teníamos que irnos...

—Sabía que tú tenías que irte —le dijo ella—. Pero creía que no era hasta mañana.

—Supongo que habrá sido algún malentendido. Siempre has sabido que tenía que irme a rodar —explicó mientras se metía en la ducha.

—Sí, sabía que tenías que irte, pero nunca hablamos de que yo fuera a ir contigo.

—Si tú no ibas a ir conmigo, ¿por qué crees que te hicimos renovar el pasaporte?

Cuando ella no contestó, él se dio media vuelta y se dispuso a afeitarse.

—Date una ducha —le dijo—. Tomamos un vuelo de la British en unas horas. No podemos llegar tarde.

Iban a irse a Zambia, África.

Alexandra no podía creérselo. Sabía que la siguiente película de Wolf iba a filmarse allí, pero ella nunca había estado en África, ni siquiera en Europa. Y quitando los viajes con su familia a Canadá, nunca había estado fuera de Estados Unidos.

Fue un viaje largo, pero cómodo. Viajaban en primera, y todo el mundo fue muy amable con ellos, sobre todo con Wolf. Los asientos se echaban hacia atrás hasta transformarse en cómodas camas.

Cuando se despertó, la avisaron de que aterrizarían en menos de dos horas. Para cuando llegaron a Lusaka, la ciudad más grande de Zambia, Alexandra estaba lista para estirar las piernas y salir por fin del avión.

Por desgracia, aún no había terminado el viaje. La avioneta que habían contratado para llevarlos hasta el lugar de rodaje no estaba disponible, y Wolf le dijo que tenían dos opciones, esperar hasta el día siguiente por la avioneta o alquilar un servicio de safari e ir así hasta su hotel en el Parque Nacional Kafue. Alexandra prefirió la segunda opción. Era sólo un viaje de cuatro horas y estaba harta de aviones.

Su chofer era un ecologista convencido y se moría de ganas por transmitirles su amor por la cultura y paisajes de Zambia. Les dijo que Kafue era el parque más antiguo y el segundo más grande del mundo. Su cabaña estaba situada en la orilla del río Kafue.

Cuanto más se alejaban de Lusaka, más primitivo se volvió todo. A veces la carretera simplemente desaparecía durante varios kilómetros, y el cuatro por cuatro traqueteaba sobre los baches del camino, tanto que Alexandra tuvo que sujetarse a una barra lateral.

Por la tarde llegaron a la zona más boscosa, llena de humedales y vegetación. El paisaje era espectacular, lleno de todos los tonos de verdes y dorados imaginables. Pasaron manadas de impalas, cebras y antílopes.

—¿Hay grandes animales por esta zona? —preguntó mientras observaba los multicolores pájaros.

—Hay leones, leopardos, guepardos y elefantes. También hay hipopótamos en el río, por ejemplo donde van a alojarse. Su cabaña tiene un porche que sobresale por encima del río; al anochecer podrán observar a los animales que se acercan a beber.

Llegaron poco después al río Kafue. La cabaña tenía dos pisos y se alzaba sobre el campamento.

Había una docena de cabañas más pequeñas en esa orilla del río. Wolf le dijo que estaban reservadas para los directores y los actores principales. El resto del equipo dormiría en tiendas de campaña recién instaladas.

Tom y Alice Stewart, propietarios de la hospedería, salieron a recibir a Wolf. Al ver al chofer, a quien conocían, se pusieron a charlar animadamente. Alexandra aprovechó el momento de confusión para salir al porche y contemplar el río desde allí.

«África, Zambia, Kafue», se repitió los exóticos nombres como si se tratara de un conjuro.

—¿Te arrepientes de haber venido? —le preguntó Wolf, acercándose por detrás.

No le sorprendió oírlo porque empezaba a sentirlo siempre cerca, observándola y protegiéndola.

—No —repuso ella, mirándolo sonriente—. Esto es maravilloso, una luna de miel en África.

Él se acercó más a ella, con las manos en los bolsillos y una sonrisa impresionante.

—Siempre me ha encantado África, por eso quise hacer esta película, para poder mostrar a la gente el continente que amo.

Se quedó obnubilado, mirando el paisaje, y Alexandra no pudo evitar pensar en su noche de bodas y en las maravillosas y algo escandalosas cosas que habían hecho ese día. Se mordió el labio y sonrojó de inmediato. A Wolf no se le pasó por alto.

—No estás pensando en África.

—No —repuso ella, sonrojándose aún más.

—Un penique por tus pensamientos.

—¡No, por favor!

Él la abrazó, agarrándola por la nuca.

—No pasa nada —murmuró él, mirándola con su intensa mirada negra—. Sé en lo que estás pensando, y yo también lo deseo.

Y entonces la besó. Y lo hacía tan bien, que Alexandra sintió cómo se derretía entre sus brazos, poniendo todo su mundo patas arriba. Alzó las manos para agarrarlo por la camisa y después lo abrazó. Se sentía desesperada, sedienta de él, con un deseo sin fin.

Wolf levantó por fin la cabeza.

— No creo que seas tan inocente como tus hermanos piensan.

Ella se preparó para protestar, pero en vez de hacerlo comenzó a reírse con ganas.

— Creo que por fin estás empezando a conocerme...

Un miembro del equipo estaba llamando a Wolf desde el hotel, pero él no se movió, sino que se dedicó a acariciarle la mejilla con dulzura.

— Y hay mucho más que quisiera conocer. El viaje de descubrimiento seguirá esta noche, cariño.

Wolf no olvidó su promesa. Esa noche, después de una animada cena con el equipo, Alexandra disfrutó de la compañía de todos, que eran en su gran mayoría hombres. Se dio cuenta de que Joy aún no se había unido al grupo. Estaba acostumbrada a tratar con hombres, creciendo como creció en una casa puramente masculina.

No le molestaron las bromas y comentarios dirigidos a Wolf, por la reciente pérdida de la soltería y con ello de su libertad. Fue él el que antes se hartó de esa dinámica.

— Tráete la copa — le dijo, señalando su vaso de vino ya vacío.

— ¿Adónde vamos?

— De vuelta a nuestra habitación, ya estoy cansado de estos tíos. Preferiría estar a solas contigo.

Él tomó una botella de vino y otra copa. De la mano, salieron del hotel hacia su cabaña.

Cuando llegaron, él dejó el vino en la mesita, tomó la copa de Alexandra y la puso al lado de la botella. En cuanto la tomó entre sus brazos para besarla, ambos se olvidaron de las bebidas.

Joy tampoco llegó al día siguiente, para consternación de todos. Alexandra pudo observar las conversaciones que, en tono serio, se entablaron al respecto entre el director y productores durante todo el día. Acababa de comenzar la primavera y el clima era muy agradable, con mañanas y noches frías y mediodías soleados. Pero sólo quedaban seis semanas para que comenzara la estación de las lluvias torrenciales, y cada día rodando en exteriores era muy importante. No podían permitirse el lujo de perder días, pero no podían hacer mucho sin Joy.

Daniel llamó esa tarde para hacer una lectura del guión, y le pidió a Alexandra que leyera las partes que correspondían a Joy, para hacerse una idea del conjunto.

Al principio fue algo reticente, pero Daniel insistió y acabó sentándose con todos alrededor de una gran mesa en el hotel. Wolf la miró para darle su apoyo. Poco después, estaba tan metida en la trama de la historia, que dejó de lado su timidez y comenzó a disfrutar de la lectura.

Era casi la hora de la cena cuando terminaron, y Alice los avisó de que estaban sirviendo bebidas en la terraza que daba al río.

—Si tenéis suerte, podréis ver algún animal salvaje, y no estoy hablando de mi marido Tom —les dijo la dueña del hotel.

Wolf y Alexandra se acercaron hasta allí. El sol se estaba poniendo en el horizonte, y algunos animales comenzaron a acercarse para beber en el río.

Él se colocó a sus espaldas y la rodeó con sus brazos. Le encantaba sentirlo cerca, dándole calor y seguridad. Pensó en cuánto le gustaría poder sentirse siempre así.

El porche se llenó pronto de gente. Alexandra dio un respingo al oír a un león rugir en la distancia; no se había acostumbrado aún a tenerlos tan cerca. La noche anterior había escuchado un rugido cuando se levantó para ir al baño. Resultó ser una leona, merodeando en los alrededores de la cabaña, intentando atraer la atención de su pareja. Alexandra se asustó tanto, que despertó a Wolf cuando volvió a la cama y, a juzgar por lo que ocurrió a continuación, ella también había conseguido atraer la atención de su pareja.

Wolf parecía estar recordando también en ese instante lo que sucedió la noche anterior porque se acercó a ella y le mordisqueó el cuello, haciendo que todo su cuerpo se estremeciera.

—Aquí no —susurró ella con voz ronca.

—Entonces será mejor que tomemos sólo una copa y nos retiremos pronto —le dijo él, deslizando una mano bajo su blusa para acariciarle la espalda.

Alexandra se excitó tanto, que pensó también que sería mejor irse. Le caían muy bien todos en el equipo, pero no creía que fuera oportuno hacer el amor en su presencia. Así que se apartó de los brazos de Wolf antes de deshacerse del todo.

—Quédate aquí —le dijo—. Yo voy a por las copas.

—Tienes dos minutos. De otra forma te arrastraré hasta nuestra cabaña sin tomar nada.

No pudo evitar reírse.

—No podemos irnos aún. Todos murmurarían. Deberíamos al menos esperar hasta después de la cena —repuso ella, mirándolo de manera reprobatoria.

—Yo no puedo esperar más —replicó él.

—Sí que puedes.

—Muy bien, pero te haré pagar por esto más tarde.

Se rió de nuevo; le encantaba bromear así con él, le recordaba a su casa, donde siempre estaba riendo y retando a sus hermanos. Entonces nada la asustaba, era mucho más valiente.

Mientras esperaba a que le sirvieran las copas, contempló el paisaje; le encantaba ese sitio, adoraba el olor, los colores y el pasar lánguido de los días.

Todo se hacía en grupo, sobre todo las comidas y, cuando se hacía de noche, se reunían alrededor del fuego para contar historias, charlar, beber y reír hasta tarde.

Ese campamento de Kafue le recordaba a su vida en el rancho de Montana. Igual pero con leones.

Daniel de Voors, el director de fotografía y Wolf estuvieron discutiendo durante la cena sobre la mejor posición de las cámaras para filmar la primera escena. Alexandra se relajó en su silla y escuchó sin prestar mucha atención. La verdad era que sólo tenía ojos para Wolf.

Alexandra estaba segura de que él conocía el efecto que su atractivo, medio español, medio irlandés, tenía en las mujeres. También había podido con ella, y eso que esa vez había planeado resistirse a sus encantos.

Él pareció sentir cómo lo observaba porque volvió la cabeza y la miró. Los ojos de los dos se cruzaron, y el deseo surgió de forma inevitable; la tensión sexual casi podía tocarse.

Wolf comentó algo a los otros dos hombres e hizo ademán de levantarse, pero justo antes de que lo hiciera, se oyó una voz femenina en medio de la oscuridad.

— ¿Es que pensabais que no iba a venir?

Alexandra se quedó helada, y el corazón comenzó a latirle con fuerza en el pecho. Era Joy.

Capítulo 11

— ¿Dónde se ha metido?», pensó Alexandra. Era más de medianoche y aún no había ido a la cabaña. Se había pasado más de tres horas esperándolo, la mayor parte del tiempo ya en la cama. Lo esperaba nerviosa y ansiosa. Su imaginación además no estaba ayudando a tranquilizarla. No podía evitar elucubrar sobre dónde estaría y con quién.

Sabía que estaría en el campamento. Su sexto sentido le decía que estaría con Joy. Y no quería ni pensar en lo que podían estar haciendo.

Se moría de ganas de que volviera o de al menos poder dormir y dejar de pensar.

«¿Por qué se ha casado conmigo? ¿Por qué querría seguir adelante con la boda?», pensó.

No pudo evitar reflexionar sobre todo ello y la verdadera razón para que decidiera dar ese paso. Quizás fuera para mejorar la mala prensa que había tenido su incidente con Jason o quizás lo hubiera hecho para encubrir a otra persona...

Creía que a lo mejor había sido un intento de distraer la atención sobre lo que realmente estaba pasando, y se preguntó qué sería lo que estaba realmente pasando. Se le llenaron los ojos de lágrimas y dio más vueltas en la cama.

Se despertó mucho después, cuando el colchón cedió por el peso de Wolf al meterse en la cama. El corazón le dio un vuelco. Se preguntó si alargaría la mano para tocarla, si intentaría tocarla, pero no lo hizo y, en medio de la oscuridad, lo oyó suspirar. Sonaba tan lleno de dolor y triste que se le cayó el alma a los pies.

Se temía que, ahora que Joy estaba allí, las cosas fueran a cambiar.

A la mañana siguiente, todo el reparto de la película se reunió para hacer una segunda lectura del guión. Daniel le pidió de nuevo que participara, no para leer, pero sí para escuchar y aprender.

— Al fin y al cabo, quieres ser directora, ¿no? —le dijo mientras señalaba la silla a su lado.

Wolf ya estaba sentado a la mesa. Cuando llegó Joy con su taza de té, tomó una silla al lado de él y se sentó, guiñándole un ojo.

— Ya habéis hecho una lectura, ¿no? —comentó Joy—. ¿Quién hizo mi papel?

— Lo hizo Alexandra —contestó Wolf después de unos segundos.

— ¿Qué Alexandra?

Hubo otro momento de incómodo silencio. Varios actores observaban con interés la escena.

— Alexandra, mi esposa.

Joy dudó un segundo y después se echó a reír.

– ¡Es verdad! Ahora eres un hombre casado. ¡Qué tonta! ¡Se me había olvidado!

Alexandra se quedó mirándola. Estaba furiosa, le parecía inverosímil que pudiera haber olvidado un hecho como ése. Pensó que quizás quisiera seguir viendo a Wolf como un hombre soltero y disponible. Quizás todo siguiera igual entre ellos. Estaba fuera de sí.

– ¿Ha venido contigo tu marido, Joy? – le preguntó Alexandra.

Su pregunta la sorprendió, y Wolf parecía furioso.

– No – contestó Joy con una fingida sonrisa.

Daniel aprovechó el momento de silencio para intervenir y comenzar la lectura del guión. Alexandra levantó la mirada y vio que Wolf la estaba mirando. Parecía atónito y muy enfadado. Sabía que más tarde tendría una dura conversación con él.

Y así fue, cuando todos hicieron un descanso para comer, Wolf se acercó a ella.

– Demos un paseo – le dijo con frialdad.

– No me apetece ahora mismo – repuso ella, intentando encontrar la valentía que había tenido antes al enfrentarse a Joy.

Pensaba que Wolf era su marido, y estaba en su derecho de defender sus intereses y hacer que otras mujeres se mantuvieran alejadas de él, sobre todo si una de esas mujeres era la antigua amante de su esposo.

– No te lo preguntaba – repuso él, serio –. Tenemos que hablar.

Lo que de verdad quería decir era que él tenía que hablar y ella escuchar. Se alejaron del hotel por un camino de tierra.

– ¿Qué es lo que ha pasado antes? – le preguntó él, parándose debajo de uno de los árboles que había a la orilla del río.

Ella supo que no podía fingir ignorancia. Sabía de sobra por qué estaba disgustado, pero quizás había llegado el momento de que le contara cómo se sentía realmente.

– Insististe en que nos casáramos, Wolf. Dijiste que era tu responsabilidad para conmigo.

– Soy muy consciente de mis responsabilidades.

– Entonces, ¿por qué siento que preferirías estar casado con Joy antes que conmigo?

– No digas tonterías.

– ¡No lo hago! Tú eres el que no volviste anoche a la cama hasta las dos de la mañana.

– ¿Estabas despierta?

– Te estuve esperando.

– Alexandra, sabes que Joy es una buena amiga mía. Acababa de llegar al campamento. Es un viaje muy largo, y tuvo algunos contratiempos al venir...

— ¡Entonces debería haberse traído a su marido y no usar el mío!

Wolf se echó hacia atrás y abrió, atónito, la boca. Estaba claro de que creía que su actitud estaba siendo infantil, más que infantil. Debía de sentir desprecio por ella en ese instante.

— No seas así. Tú no eres mezquina, no va con tu carácter —le dijo despacio antes de girarse y volver sólo al hotel.

Todo el mundo estaba comiendo en el exterior, y Tom les indicaba a algunos dónde podían observar a una familia de cocodrilos en la orilla opuesta del río.

Alexandra comió con los técnicos de iluminación mientras Wolf discutía con Daniel y Joy. No la miró ni una vez durante toda la comida, y ella sufrió mucho con su actitud.

Después de la comida, todo el mundo tenía reuniones. Ella se sentó al lado del río con un libro.

Dos horas después, Daniel se acercó a hablar con ella.

— Esto es precioso, ¿verdad?

— Sí, me encanta, me recuerda a Montana —repuso ella, cerrando el libro.

— A mí me recuerda a Sudáfrica —dijo él, riendo—. Me crié allí hasta que cumplí los dieciséis —añadió, sentándose a su lado—. Wolf está hecho una furia hoy, ¿qué es lo que pasa?

— Tuvimos una discusión —confesó ella en voz baja—. Sobre Joy.

— Joy es preciosa.

Alexandra asintió.

— Supongo que estoy celosa.

— Pero Wolf se ha casado contigo.

— Porque Joy ya está casada.

— Y ¿qué dice Wolf?

— Que estoy siendo mezquina.

— Y ¿qué piensas tú?

— Creo que Joy es una amenaza y que él aún siente algo por ella.

— Pues yo creo que él siempre tendrá esos sentimientos, es la persona más leal que conozco, cuida muy bien de sus amigos.

— Entonces, ¿qué debo hacer?

— ¿Tratar bien a Joy? —le sugirió Daniel.

Ella se quedó callada.

— Si de verdad quisieran estar juntos, lo estarían, Alexandra —le dijo, dándole palmaditas en la pierna—. No es tan complicado divorciarse. Levanta el ánimo y no dejes que te afecten cosas que no puedes controlar.

Cuando se preparaban para la cena, Wolf seguía aún sin hablarle.

Más tarde, alrededor del fuego, estuvieron sentados juntos, pero él ni siquiera la miró. Nunca se había sentido tan fuera de lugar, tan ajena a todo. Había llegado cuatro años atrás a Los Ángeles con el deseo de ser reconocida. Ahora lo era, pero sólo como la esposa de Wolf; no tenía el respeto que querría haber alcanzado por sus propios méritos. En vez de intentarlo por sí misma, había conseguido un nombre casándose con un actor famoso.

Miró a Wolf, y se dio cuenta con sorpresa de que él la estaba observando. No sabía lo que estaba pensando, pero se preguntó si él también, como ella, estaba reflexionando y arrepintiéndose de todo aquello.

— Me voy a la cama — anunció él, levantándose de pronto —. Hasta mañana.

Alexandra lo vio alejarse y se preguntó si iba a seguir ignorándola para siempre. No sabía qué pretendía él; estaban en medio de un campamento perdido en mitad de África, y no iba a poder evitarla todo el tiempo.

Aunque solía evitar los conflictos, se levantó y siguió a Wolf.

— Esto no está funcionando — le dijo mientras él entraba en la cabaña.

— No — asintió él, girándose —. Es verdad.

— Entonces, ¿qué pasa ahora? — le preguntó —. ¿Me vuelvo a casa? ¿Nos vamos a divorciar...?

— ¿Divorciar? — le interrumpió, incrédulo —. Soy medio irlandés medio español.

— ¿Y?

— No creo en el divorcio y no lo acepto como una solución.

Ella se quedó un minuto en silencio, sin saber qué hacer o decir.

— ¿Sabes qué? No eres el tipo de hombre con el que pensé que acabaría sentando la cabeza.

— ¿No? ¿Por qué no?

— Supongo que soñaba con alguien como mi padre — repuso ella —. Él quería tanto a mi madre... Le diagnosticaron un cáncer cuando yo tenía cuatro años, y mi padre luchó con ella hasta el final. No quería perderla — continuó ella con lágrimas en los ojos —. Y con eso soñé desde siempre, con un hombre que luchara por mí.

— ¿Es por eso por lo que aún eras virgen a los veintitrés años? ¿Estabas reservándote hasta que llegara ese héroe a tu vida?

Odió su tono burlón y que se riera de ella cuando estaba contándole algo tan personal y doloroso. Estaba furiosa.

— No esperaba un héroe, sino un hombre que supiera lo que es importante. Un hombre con honor y comprometido conmigo — dijo ella finalmente.

Él no contestó, simplemente la observaba, apoyado en la barandilla de la terraza. Su silencio la sacaba de quicio, haciéndola sentir insignificante e insegura.

– Crees que soy infantil e inmadura, demasiado sensible y emocional, ¿no?

El corazón le latió con fuerza mientras esperaba su respuesta, que se hizo de rogar.

– No, no lo creo.

Deseaba conocerlo mejor, saber lo que pensaba.

– Es tarde – dijo él, yendo hacia dentro de la cabaña –. Me voy a la cama, estoy cansado...

– Wolf – lo interrumpió ella, mirándole a los ojos –. ¿Con qué tipo de mujer quieres casarte?

Él no reprimió un suspiro.

– Alexandra... Con la mujer con la que me casé.

Por un momento, no entendió sus palabras y lo miró, confusa.

– Alexandra, tú eres la mujer con la que quería casarme – dijo, abrazándola con fuerza –. Y lo hice.

Wolf le hizo el amor con una pasión casi feroz. Una pasión más llena de emoción que de deseo. Le sujetó los brazos por encima de la cabeza y la tomó con una fuerza devastadora, llegando juntos al clímax.

Después, entre los brazos de Wolf, Alexandra pensó que el sexo había sido increíble, pero que no era suficiente, no podía serlo, quería también su corazón, lo necesitaba todo.

Se despertó sola. Se levantó, duchó y salió después de vestirse en busca de una taza de café.

Todos estaban ocupados preparando los camiones con las cámaras y el material necesario para rodar. Llevaban varios guías locales para avisarles de los peligros de la selva africana.

Mientras se tomaba el café, oyó una conversación que tenía lugar cerca de ella.

– Pensé que iba a ir – dijo Joy.

– Te llevaré en otro momento, pero ahora te necesitan aquí.

– Pero no puedes ir solo, Wolf. ¿Por qué no esperas a que pueda ir contigo?

Alexandra tenía todo su cuerpo en tensión.

– No voy solo, Alexandra viene conmigo.

– ¡Pero ella no puede volar, y yo sí! Siempre he sido tu copiloto. Espera unos días, hasta que tenga tiempo libre y podamos ir juntos.

Alexandra tuvo que esforzarse en oír las palabras de Joy.

– Además, ni siquiera sabes si ella irá, puede que le asusten los aviones pequeños, y esa avioneta no es de las mejores.

– Pero vuela.

– Sí, pero con mucha dificultad – repuso ella, riendo.

Wolf dijo algo que Alexandra no pudo oír. Estaba aún intentando descifrar el sentido de esa conversación cuando él apareció a su lado.

– Buenos días – le dijo, agachándose para besarla.

– Buenos días, ¿cómo estás?

– Bien – repuso, sentándose a su lado—. Dormí fenomenal – añadió, sonriéndole—. ¿Y tú?

– Bien.

– Hoy tengo que ir a un sitio, ¿te apetece venir conmigo?

Pensó que de eso estaban hablando; tenía que ir a algún sitio y lo harían en avioneta, con él al control del aparato. Ella no tenía miedo a volar; tres de sus hermanos eran pilotos, pero eran profesionales y sus aviones estaban siempre en las mejores condiciones. Pero como había oído que Joy no confiaba en que Alexandra fuera lo suficientemente valiente como para volar con él, decidió llevarle la contraria.

– Me encantaría ir – repuso ella con una sonrisa.

– Vamos a ir volando.

– Genial.

– Yo pilotaré la avioneta.

– Muy bien.

– Es un hidroavión Piper.

– ¿Es un biplaza?

– No, es algo más grande.

Ella tragó saliva, ni siquiera sabía lo que era un hidroavión Piper.

– Perfecto – repuso, orgullosa.

Él la miró con intensidad.

– ¿No vas a preguntarme nada? ¿No estás preocupada?

La verdad era que estaba aterrada.

– Mis hermanos vuelan. Estoy acostumbrada a los aviones pequeños.

– Genial – repuso él—. Voy a recoger el picnic que nos han preparado, y nos vamos.

Pero cuando Alexandra vio diez minutos después el avión que tenía frente a ella, se le cayó el alma a los pies. Era una avioneta vieja y en mal estado.

Se sentó y puso el cinturón de seguridad al lado de Wolf. Éste se despidió de Tom, que había ido a verlos.

– Volveremos antes de que anochezca – le gritó Wolf—. Vamos a despegar.

Pero no despegaron inmediatamente; la avioneta tardó en calentarse. Cuando ella ya pensaba que nunca lo conseguiría, el aparato se elevó. A Alexandra le sudaban las manos, el corazón seguía golpeándole en el pecho con fuerza, pero ya no tan fuerte como antes, y empezó a disfrutar de las vistas, riendo extasiada.

Era la mayor aventura de su vida.

— Este viaje mejora por momentos — le dijo ella.

— Me encanta volar — repuso él, sonriéndole—. Sobre todo en África. ¡Mira, elefantes! — añadió, señalándole un grupo de ellos.

— Debe de haber veinte o treinta.

— Éste es su hogar, donde pertenecen de verdad.

Mientras volaban, él siguió mostrándole otros animales, como jirafas y cebras.

Llevaban una hora así cuando él maldijo entre dientes.

— ¿Qué pasa?

Él no le contestó, simplemente miró tenso el panel de mandos. Y ella se dio cuenta entonces de que perdían altitud con rapidez. Miró también el panel y se fijó en el indicador de combustible, que mostraba que no tenían carburante. Pero el tanque había estado lleno cuando salieron.

— Wolf...

— Vamos a aterrizar — le dijo él con calma—. Asegúrate de que no tienes nada afilado en tus bolsillos, y abróchate bien el cinturón. Estamos a punto de aterrizar.

— De estrellarnos, querrás decir.

— No, vamos a aterrizar.

Capítulo 12

Wolf lo hizo mejor de lo que ella esperaba y, a pesar de ser un aterrizaje forzoso, logró que llegaran ellos y la vieja avioneta de una pieza al suelo. Chocaron con fuerza, rebotaron y volvieron a bajar. Estaban rodando y saltando por el rugoso terreno cuando una gran roca amenazó con partirlos en dos. Pero él frenó con fuerza y viró a la derecha, lo que acabó volviendo el aparato del revés. Alexandra chocó contra la estructura de la avioneta al darse ésta la vuelta y después contra el panel de control.

— ¡Alexandra! — exclamó él con preocupación.

Un tanto desorientada, se giró para mirarlo; algo de sangre caía por la sien de Wolf.

— Estoy bien — le contestó, aún conmocionada.

— ¿Estás segura?

Alexandra probó a mover los dedos de manos y pies, sus tobillos y brazos.

— Sí — repuso con el ceño fruncido —. Pero tú estás sangrando.

— Sólo es un arañazo — dijo él algo más tranquilo mientras intentaba desabrocharse el cinturón.

Cuando lo consiguió, se dio la vuelta, desenganchó el cinturón de ella y la sacó de allí.

Ella salió a trompicones, sus piernas no le respondían bien. El sol brillaba con fuerza, y tuvo que cubrirse los ojos con la mano, a modo de visera, para mirar a su alrededor. La sabana se extendía en todas las direcciones.

— ¿Dónde estamos?

— Según la brújula de la avioneta, me imagino que en Luangwa del Sur.

— ¿Luangwa del Sur? — repitió ella, temblando por la conmoción —. ¿Es otra región?

— Es otro parque nacional.

— ¿Con animales?

— Sí, ellos viven aquí, y estamos invadiendo su territorio — repuso él, sacando la mochila con el picnic.

— No me preocupa la invasión, sino nuestra seguridad.

— Estaremos bien. Si se acerca algún animal peligroso, podemos resguardarnos en la avioneta.

— ¿Crees que será lo suficientemente fuerte para resistir los envites de un rinoceronte o un elefante?

—Seguramente no, si esos animales están enfadados —dijo él, encontrando en la mochila la radio que buscaba—. Pero la posibilidad de que nos ataquen es mínima. Este parque es enorme, y el ruido de la avioneta los ha espantado a todos.

Ella pensó que a lo mejor las cebras e impalas habían salido huyendo, pero los leones estarían pensando en la sabrosa comida que les había caído del cielo.

—¿Funciona la radio? —le preguntó, preocupada.

—Estoy intentando conseguir una señal.

Durante unos veinte minutos estuvo intentándolo, con ella sentada a su lado, esperando que sucediera un milagro. Como no sabían cuánto tiempo pasaría antes de que fueran rescatados, comieron sólo parte de la merienda que les habían preparado. También racionaron el agua.

—¿Adónde íbamos? —le preguntó ella después.

—A un pueblo que está al norte de aquí. Es uno de los que adopté hace algunos años.

—¿Cómo se adopta un pueblo?

—Bueno, algunas personas apoyan a un niño del tercer mundo, yo lo hago con todo el pueblo.

—Y ¿qué es lo que haces? —le preguntó, fascinada por lo que estaba descubriendo.

—Patrocino la construcción de escuelas, pozos, acequias para la agricultura. También proporciono vacunas y educación para evitar el SIDA. Hago todo lo que puedo.

—No tenía ni idea... —repuso ella, invadida por la ternura—. Eso es maravilloso. ¿Cuánto tiempo llevas haciendo todo eso?

—Unos diez años.

—¿Cuántos pueblos auspicias?

—No los suficientes —repuso él, apartando la mirada.

—Dime, tienes que saberlo. ¿Tres? ¿Cinco? ¿Siete?

—Veintitantos, no llegan a treinta.

—Treinta pueblos —repitió ella, asombrada.

—Un poco de dinero llega muy lejos aquí. Pero querría hacer mucho más, necesitamos hacer tanto...

—Creo que la gente lo intenta, pero África es un continente enorme —le dijo ella con amabilidad. Además, está lejos y no saben muy bien lo que ocurre de verdad aquí. No lo conocen como tú.

—Saben de sobra. Siempre se muestra en las noticias a los niños muertos de hambre... —repuso él, interrumpiéndose y levantándose—. Voy a dar un paseo. No te preocupes, no estaré lejos.

Estuvo sin él una media hora y se mantuvo cerca de la avioneta, por si acaso. Poco a poco fue relajándose y disfrutando de la paz de la sabana africana. Wolf estaba sudando cuando volvió.

— ¿Tienes calor?

— Sí — le contestó —. ¿Has tenido miedo estando sola?

— No mucho — admitió mientras admiraba el musculoso torso de su marido —. Me gusta este sitio.

— ¿En medio de la nada?

— No es la nada. Es Zambia, África.

— Eso tiene gracia — repuso mientras comenzaba a sacar una caja de madera medio rota del avión.

— ¿Para qué es eso?

— Madera para hacer un fuego esta noche — dijo mientras seguía buscando.

— Si dejaras de actuar, ¿te gustaría dirigir o producir? — le preguntó ella de repente.

— Nada de eso. Habría acabado.

— ¿Durante una temporada? ¿Cómo un año sabático?

— No, para siempre — dijo, mirándola —. Estoy harto de Los Ángeles, de Hollywood y de toda la gente falsa. Quiero irme.

— ¿Adonde irías? ¿A Dublín?

— Tengo una casa en Galway, en la costa oeste de Irlanda, pero no sé si me iría allí. Quizás no me vaya a ninguna parte y simplemente me dedique a ir de un pueblo a otro, haciendo lo que pueda para ayudar.

— ¿Venderías tu casa? ¿Y tu colección de coches?

— Los coches serán vendidos pronto, de todas formas. Lo que hago es comprarlos, arreglarlos y luego venderlos. Todos los beneficios son para obras benéficas.

— ¿Obras benéficas? ¿También tienes obras benéficas?

Él asintió, y Alexandra se quedó mirándolo durante unos minutos.

— ¿De verdad vas a irte de Los Ángeles?

— Sí, tengo que hacerlo. Es hora de volver a ser una persona normal y dejar detrás las locuras.

— ¿No echarías de menos Hollywood?

— No.

No sabía qué decirle, no podía creerse que quisiera dejarlo todo.

— Bueno, Hollywood te echaría de menos.

—Sólo porque les hago ganar dinero — dijo él, riendo con cinismo.

Pero ella estaba pensando en su gran talento como actor.

—La gente te echaría de menos — insistió ella.

—Nada es para siempre. Todas las cosas tienen un final...

A Alexandra se le llenaron los ojos de lágrimas, y apartó la cara, para que no la viera él.

—Entonces, ¿por qué no te has ido antes?

—Lo he intentado, pero los estudios...

—¿Cuánto hace que te sientes así?

—Unos cuatro o cinco años.

—¿Y ellos lo saben?

—Sí, claro que lo saben. E intentan siempre convencerme para que haga una película más, diciéndome que me necesitan, que sus carreras y sus vidas dependen de mí... ¡Sus vidas! ¡Cuánta avaricia! Millones de personas se mueren de hambre en el mundo y estos millonarios de Hollywood me hacen chantaje emocional hablándome de sus vidas. No deja de sorprenderme.

—No todo el mundo es millonario en Hollywood. La mayoría de la gente que trabaja en las películas, lucha por llegar a fin de mes, como todo el mundo... —le dijo ella con suavidad.

—Lo sé. Ellos son una de las razones por las que sigo trabajando. Pero si yo no estoy, encontrarán otro trabajo, otras películas.

—Si dejaras de actuar mañana mismo, ¿a qué te dedicarías?

—A esto mismo. A ayudar a estos pueblos, colaborar con la UNICEF, recaudar dinero...

El sol ya se estaba poniendo. La madera estaba preparada para más tarde. Antes comieron medio bocadillo cada uno y un poco de fruta.

Cuando Wolf estaba a punto de encender el fuego, levantó la vista y vio a Alexandra sentada a su lado, confiando totalmente en él. Se sintió como si alguien acabara de robarle el corazón del pecho. Se preguntó qué pasaría si no eran rescatados. Cabía esa posibilidad, y le maravillaba que ella no le hubiera echado nada en cara. Le encantaba su espíritu aventurero, era la chica que había estado buscando, la que le recordaba a su hogar.

Tomó su cara entre las manos, y ella cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo, lo miró con deseo. Él le rozó los labios con los dedos, siguiendo luego por su mandíbula y hasta el cuello.

—Bésame —le pidió ella sin aliento.

—No seas impaciente —repuso él, burlón, besándole brevemente la boca.

—Bésame de nuevo —insistió ella con más urgencia.

La tomó en brazos y llevó hasta la avioneta, donde la desnudó e hicieron el amor en lo que quedaba del viejo aparato. Después se quedaron allí. Él tomó unas mantas del paquete que llevaba para el pueblo, y se taparon. Sus cuerpos encajaban a la perfección y se quedaron dormidos abrazados.

– Buenos días – le dijo él a la mañana siguiente, besándola en la nuca.

– Buenos días – repuso ella, suspirando.

– Voy a probar la radio de nuevo – le anunció él, levantándose. Alguien tiene que encontrarnos...

El segundo día fue más duro, al menos hasta que él se acordó de que también traían consigo libros, papel y pequeñas pizarras. Con estas últimas jugaron a veinte preguntas, haciéndose preguntas el uno al otro que tenían que adivinar.

– ¿Cómo conseguiste el nombre de Wolf, que no es irlandés ni español? En español significa «lobo», ¿verdad?

– Así es, pero si fueras una admiradora de verdad conocerías la respuesta. Es una abreviación de mi nombre real, Tynan Wolfe Kerrick.

– ¿Cómo te llamaba tu padre?

– Tynan.

– ¿Y tu madre?

– Problemático – repuso él, sonriendo.

Los dos rieron, y después él levantó su pizarra.

– ¿Que por qué fui a Hollywood? Porque siempre me han gustado las películas, desde pequeña. Fue una de las maneras en que me ayudaron en casa a superar la muerte de mi madre, me llevaban al cine todos los fines de semana.

– Tienes una buena familia.

– Es verdad.

– ¿Recuerdas tu primera película?

– *La sirenita*, de Disney. Lloré mucho cuando Ariel perdió la voz, y después al final, cuando se casa con el príncipe Eric... – dijo, recordando tantas tardes en el cine –. También recuerdo la primera vez que te vi en una película, tenía quince años. Hacías de soldado, y te mataban... También lloré entonces. Y ahora, míranos, perdidos en medio de la nada.

– No es la nada – repuso él, repitiendo sus palabras de antes –. Es Zambia, África.

Estuvieron mucho tiempo sentados, ella entre sus piernas, hasta que se puso el sol.

– Creo que es hora de encender el fuego – dijo ella levantándose.

– Estoy de acuerdo.

Después, frente a las llamas, siguieron jugando a las preguntas, esa vez sin pizarras.

– ¿Qué edad tenías cuando tu madre murió? – le preguntó Wolf.

– Cinco años.

– ¿Te pareces a ella?

– Mis hermanos dicen que no, que ella era muy dulce... Le echo de menos, ha sido duro criarse en una familia de sólo hombres.

– Las madres son especiales, ¿verdad?

– Sí... Me hubiera gustado llegar a conocerla mejor. Envidio a mis hermanos por ello. Brock casi tenía dieciocho años cuando murió; yo estaba empezando el colegio. Apenas la recuerdo. Recuerdo *La Sirenita*, y a ella no. No es justo. A veces pienso que todo sería distinto con ella...

– ¿Por qué?

– Quizás yo hubiera sido distinta.

– ¿Y para qué hubieras querido ser distinta? No serías tú misma, y eres perfecta como eres.

– Gracias – repuso, sonriendo con timidez y los ojos llenos de lágrimas.

– De nada – le contestó él.

Odiaba verla llorar. Supo que haría cualquier cosa porque no llorara.

– ¿Qué te hace feliz? – le preguntó.

– La nieve. Me recuerda a las películas. Lo cambia todo. Hace que lo más simple sea bello.

Wolf pensó que eso era lo que ella hacía también, conseguir que las cosas más simples fueran especiales y preciosas.

Alexandra tenía tanta hambre esa noche, que no pudo conciliar el sueño hasta tarde. Horas después lo despertó una fría brisa.

– ¡En, Bella Durmiente! Es hora de despertarse.

– ¿Wolf? – susurró ella, abriendo los ojos.

Lo vio sonriente al lado del avión.

– Por fin ha llegado ayuda.

– ¿En serio? – repuso, sentándose deprisa.

Detrás de Wolf había un guardia del parque Luangwa montado en un cuatro por cuatro.

– ¡Estamos salvados! – exclamó, entusiasmada.

El guardia había sido autorizado para llevarlos hasta Lusaka, donde se había organizado un equipo de búsqueda y rescate. Pararon de camino hacia allí en un hotel, donde pudieron comer.

Para cuando llegaron al campamento, ya por la tarde, la prensa estaba allí congregada.

Todos aplaudieron al verlos bajarse del vehículo. Daniel fue el primero en recibirlos.

— ¡Es un milagro! Es increíble que estéis bien. ¡Nunca he rezado tanto en mi vida!

— Estamos bien, de verdad. Alexandra se ha portado como una campeona.

— Joy estaba como loca cuando vio que no regresabais, temía lo peor, pero yo estaba seguro de que sobreviviríais. Me alegro de que estuviera equivocada — les dijo Daniel—. No sabes la locura que ha sido esto. Recibíamos llamadas de prensa desde todo el mundo. Y muchos reporteros y cámaras han ido llegando a Lusaka. Ha sido un caos.

— Entonces terminemos cuanto antes con la rueda de prensa. Estamos hambrientos, sedientos, y Alexandra querrá llamar pronto a su familia.

Comenzó la conferencia, y Wolf les dio detalles técnicos sobre el vuelo, lo que creía que había fallado, el aterrizaje y los dos días y medio de supervivencia. Ella, en cambio, recordaba una experiencia completamente distinta. Recordaba las noches alrededor del fuego, estar entre los brazos de Wolf y la tranquilidad. Había habido hambre y ternura. Había habido amor.

Se le formó un nudo en la garganta. Se dio cuenta de la profundidad y fuerza de sus sentimientos por él. De alguna forma, se había convertido realmente en su esposa.

Los periodistas los asaltaron con preguntas en cuanto él terminó de hablar. Uno de ellos destacó.

— Es una pregunta para su esposa, Wolf, ¿va a dejarla hablar?

Él hizo un gesto a Alexandra, y ésta se acercó, nerviosa y exhausta, al micrófono. Pero Wolf la rodeó por la cintura con su brazo protector y ella ganó confianza y seguridad en sí misma. Le bastaba con estar cerca de él para sentir que todo iba a salir bien.

— ¿Cómo manejó Wolf la crítica situación, Alexandra? —le preguntó el reportero.

— Muy bien, mucho mejor que yo —repuso ella, mirando a su marido.

— ¿Y qué comieron?

— El hotel nos había preparado una merienda, la racionamos durante esos días.

— ¿Había planeado esto, Wolf? ¿La luna de miel en África, el accidente de avión con su nueva esposa? Es una gran historia para los medios... —preguntó otro malintencionado periodista.

—No, pero ojalá se me hubiera ocurrido —repuso, riendo—. Es una excelente historia, ¿verdad?

—Pero no es toda la verdad —interrumpió Joy, encontrando un micrófono cercano—. La idea de salir y casarse con Alexandra fue un truco publicitario para terminar con las especulaciones sobre nuestra relación.

—Joy —dijo Wolf, mirándola furioso—. No...

Ella le dedicó una sonrisa triste.

—Hay que decirlo, Wolf, es la única manera de que te veas libre —le dijo con lágrimas en los ojos—. Nunca tuvo intención de casarse con Alexandra, nunca pensó que fuera a llegar tan lejos. Pero es tan caballeroso que hizo lo correcto cuando ella se puso enferma. Wolf, no es un matrimonio de verdad. Sé que no la amas, sé que lo hiciste sólo por mí.

Capítulo 13

Los periodistas no podían creerse lo que escuchaban. Les había merecido la pena el viaje. Todos hicieron fotografías y tomaban notas mientras Alexandra contemplaba a su marido, atónita, desde el podio donde estaba el micrófono. Los periodistas gritaban preguntas sin cesar.

Él la tomó de la mano y llevó a la suite que tenían reservada en el hotel.

—Escúchame —le dijo cuando llegaron allí e hizo que ella se sentara—. Voy a decirte esto sólo una vez más y quiero que me escuches y creas. No hay nada entre Joy y yo, sólo somos amigos. Sólo eso, a pesar de las historias que han creado siempre.

—Pero Joy dijo que...

—No me importa lo que haya dicho. Yo te estoy diciendo la verdad, y es a mí a quien tienes que creer. Yo soy tu marido, al que acudes cuando necesitas algo, cuando estás preocupada, cuando tienes dudas. ¿De acuerdo?

Ella se mordió el labio inferior hasta saborear su propia sangre.

—Joy no es feliz. Ha luchado durante años por salir de las drogas y el alcohol. Es depresiva, y cualquier cosa que diga ahora es porque está sufriendo.

Alexandra comenzó a llorar. Lloraba porque él no parecía entender lo que una mujer necesitaba. No sólo quería que él le fuera fiel físicamente, también necesitaba su compromiso emocional.

—¿Por qué lloras? —dijo, abrazándola.

—Porque tengo miedo. No puedo competir por ti.

—No tienes que hacerlo...

—Pero siento que es así, siento que podría perderte en cualquier momento.

—Si te sientes así, vas a hacer que ocurra —repuso, soltándola y poniéndose en pie—. Escúchame Alexandra, estoy aquí y quiero que esto funcione —añadió, abrazándola de nuevo y secando sus lágrimas—. No estás sola. Quiero estar contigo.

Y entonces hicieron el amor con tanta pasión y ternura que ella se dio cuenta de hasta qué punto lo quería; era perfecto para ella. Sólo echaba de menos que se pusiera siempre de su parte.

A la mañana siguiente, se levantaron con muy malas noticias. Los productores se echaban atrás y se cancelaba la película; querían que todos volviesen a casa. Que Joy perdiera los estribos delante de la prensa había sido la gota que había colmado el vaso.

Alexandra intentó hablar de ello con Wolf, pero él no quería. Se pasaron la tarde viendo Lusaka, y al día siguiente volvieron a California y a su casa de Malibú. Era muy extraño estar en una casa tan lujosa después de estar en África. Llevaban menos de un día allí cuando Joy comenzó a llamar.

Ella trataba de recordar las palabras de Wolf y lo sincero que había parecido, e intentó que no le afectara, pero las llamadas no pararon. Lo llamaba llorando a casa y al móvil. Él tomaba el teléfono, se retiraba a su despacho y tenía largas conversaciones con Joy.

Wolf le explicó que Joy estaba disgustada por lo que había pasado y que el público los olvidara o la odiaran a ella por lo que había hecho y cualquier problema que hubiera en el matrimonio.

Pasaron las semanas, las llamadas continuaron y Wolf parecía distante. Aún hacían el amor, pero estaba ajeno en muchos sentidos; se había evaporado la intensidad emocional. Eso la destrozaba.

Una noche, después de hacer el amor, él se quedó dormido. Alexandra se levantó y fue a la cocina, allí vio el móvil de Wolf; odiaba ese aparato, era como una línea directa con Joy. Vio que tenía una llamada perdida, era un número de Nueva York, el de Joy. Buscó entre las llamadas recibidas en el día y comprobó que todas eran del mismo número, el de Joy. En el apartado de llamadas emitidas se repetía el mismo panorama.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y se sentó. Sabía que lo estaba perdiendo y no tenía ni idea de cómo evitarlo, de cómo cambiar las cosas.

— Alexandra... — la llamó él desde la puerta de la cocina.

Ella no pudo ni volverse, no quería que le viera la cara.

— Creo que tenemos problemas, Wolf. Las cosas no van bien...

— ¿Quieres hablar de ello?

— Hablar no va a solucionarlo. De hecho, parece que sólo empeoramos las cosas cuando lo hacemos — susurró ella, sacudiendo la cabeza.

— Hace un rato, en la cama, todo estaba bien...

Ella casi se rió. Era verdad, en la cama estaban bien. Pero eso no era lo importante.

— Me estoy quedando sin fuerzas, Wolf. Creo que esto no va por el camino que debiera — dijo, tragando saliva para aclarar el nudo que tenía en la garganta —. Ni para ti, ni para mí.

— Ha sido duro, Alexandra, pero las cosas mejoraran.

— ¿Por qué? ¿Es que Joy va a empezar a ir a un psiquiatra? ¿Está tomando un nuevo antidepresivo? ¿Por qué crees que esto va a cambiar, a solucionarse?

— Ella está intentando resolver sus problemas.

— ¡Todos lo hacemos, Wolf! ¿Y qué pasa conmigo? ¿Es que no ves que yo también tengo problemas? ¿No ves que estoy dolida? ¿No ves que también te necesito? Quizás incluso más.

– Alexandra...

– No hagas eso. No suspires como si yo fuera la que complica las cosas. No hagas que me sienta estúpida o poco razonable por querer la atención de mi marido.

– ¿Cuántas veces tengo que decirte que a mí ya me tienes?

– ¿Sí? Entonces, si ella te llamara mañana y te dijera que te necesita, ¿no irías?

– Acudo en ayuda de todos mis amigos.

– Entonces ayúdame a mí. Elígeme a mí.

El se quedó helado. Alexandra sintió de pronto la necesidad de preguntarle lo que tenía que saber cuanto antes.

– ¿Qué quieres decir?

– Quizás haya llegado el momento de que aclaremos por fin las cosas –le dijo con frialdad en su interior–. ¿Con quién te quedas de las dos? ¿Con Joy o conmigo?

– Alexandra...

– Tengo que saberlo. Si tuvieras que elegir a una de las dos, ¿a quién elegirías?

– Las cosas no funcionan así –dijo él con impaciencia–. Tú eres mi mujer. Y Joy es... Es mi amiga, y está pasándolo mal. La situación es complicada.

No entendía nada. No entendía por qué amar era tan complicado para Wolf. No lo era para ella. Ella sabía a quién amaba, por qué y que él siempre sería su prioridad.

– Yo siempre te he dado un valor predominante en mi vida. Haz tú lo mismo conmigo...

– Alexandra...

– ¡Wolf, no puedo seguir así!

El la miró con dolor y cansancio, pena y frustración.

– Haré las maletas –dijo él finalmente y con voz baja– Tengo que irme dentro de unos días a Venecia, me iré antes de tiempo y ya está.

– ¿Ésa es tu decisión?

– Estoy harto de la presión. No puedo ser quien quieres que sea, y estoy harto de intentarlo.

Fue a su dormitorio y comenzó a llenar una maleta. Ella lo contempló atónita y en silencio.

– ¿De verdad vas a irte? –susurró, sentándose a los pies de la cama.

Apenas podía respirar, le dolía el corazón y tenía un nudo en la garganta.

– No he llegado a donde estoy siendo amable, siguiendo las normas y obedeciendo. Pero, aun así, soy leal y protejo a los que amo.

– ¿Amas a Joy?

Él se detuvo y la miró a los ojos.

— ¿Qué es lo que te pasa con Joy? Es una maldita alcohólica. El alcoholismo es una enfermedad, y tú deberías sentirte afortunada de no padecerla.

Sus palabras sólo consiguieron herirla más. Él seguía metiendo cosas, zapatos, cinturones, y sacó su esmoquin del armario, metido en una bolsa portatrajes.

— Wolf...

— ¿Qué? — replicó rápidamente.

Ella se levantó, luchando contra las lágrimas, y se acercó a él, acariciándolo en la espalda.

— Lo siento — le dijo.

— No estoy seguro de que lo sientas — repuso él, tomando la maleta y saliendo de allí.

Ella se quedó perpleja, no podía creer que se fuera así, sin un beso, una palabra, una despedida.

No sabía qué había ocurrido; Wolf había cambiado mucho desde que volvieron de Zambia.

Salió corriendo detrás de él, bajando las escaleras hasta el recibidor.

— Entonces, ¿ha terminado? — le gritó mientras él abría la puerta del garaje—. ¿Hemos terminado?

Wolf se detuvo.

— No lo sé — le dijo.

— ¿Quieres divorciarte? — le preguntó con el corazón fuera del pecho.

Él no dijo nada; se quedó callado. Un silencio que era más doloroso que las palabras.

— Wolf... — insistió ella.

— No lo sé. Necesito tiempo. Necesito pensar — repuso él después de unos angustiosos segundos.

Sus palabras terminaron de romperle el corazón. Y sintió rabia y un gran e indescriptible dolor. Él había hecho que se sintiera segura y amada. Le había hecho sentir que iba a estar siempre con ella y dejado que se enamorara de él. Ella había imaginado una vida juntos, pero todo era una mentira, una gran mentira. Todo ese tiempo había estado simplemente actuando.

— Me has engañado — le dijo ella, llorando y yendo hacia él—. Me has mentado.

Él no dijo nada. Las lágrimas cayeron libremente. Estaba histérica.

— Si me dejas, Wolf, no estaré aquí cuando regreses...

Él siguió callado.

— Wolf...

— Te he oído, Alexandra, no tienes por qué gritar.

—Si te vas ahora a Venecia, no estaré aquí cuando vuelvas —repitió, limpiándose sin parar las lágrimas que seguían cayendo—. No estaré —añadió en un susurro.

Él asintió y salió de allí.

Alexandra volvió a la cama después de que se fuera, llevándose con ella el teléfono fijo y el móvil, por si él la llamaba, por si cambiaba de opinión.

Tampoco salió de la casa, por si él cambiaba de idea.

Pero llegó la noche, y él no dio señales de vida. Al día siguiente puso la televisión, y estaban hablando del Festival de Cine de Venecia y de las estrellas que habían acudido. El comentarista dijo que Wolf Kerrick y Joy Hughes habían hecho su primera aparición en público juntos desde el accidente de avión y posterior rescate en Zambia.

Y entonces vio las imágenes de los dos, llegando al aeropuerto entre periodistas, admiradores y flashes. Alexandra pensó que hacían muy buena pareja, como toda pareja de estrellas.

Apagó el televisor. Supo que había llegado el momento de hacer las maletas, buscarse un sitio para ella, trabajar y seguir con su vida.

Durante el primer mes de su separación, Alexandra estuvo tan ocupada mudándose a su nuevo piso, cerca del centro de Los Ángeles, y aprendiendo a hacer su nuevo trabajo, que apenas se permitió pensar en la relación que había acabado.

Pero más tarde, se pasó la novedad y el trabajo empezó a convertirse en una rutina y ganó confianza. La gente la tomaba en serio, escuchaban sus opiniones, y no tardó mucho en conseguir que su nombre apareciera como ayudante del director en su primera película. Fue un gran momento de éxito personal.

Esa noche, invitó a Kristie y otras antiguas compañeras a cenar para celebrarlo. Fue una gran velada, llena de risas y entusiasmo. Habían pasado cuatro años y medio, y por fin sentía que había hecho de Hollywood su hogar, que había sobrevivido y era feliz allí, aunque fuera sin él.

Cuando llegó a casa esa noche, entró en el salón y se distrajo viendo las luces de la ciudad. Se dio cuenta de que, en su cabeza, nunca había dado por terminada la relación, pensaba que podía salvarse. Pero el tiempo no le daba la razón.

Después de Venecia, Wolf se había pasado seis semanas en Londres, participando en una obra de teatro. Más adelante, y tras reunirse con productores y poner dinero de su bolsillo, los convenció para retomar la película cancelada. Wolf había vuelto a África.

En el fondo de su corazón, había soñado con que volviera a por ella. Pensaba que quizás la llamara cuando terminara en Zambia, que quizás estar allí le recordara a ella y se diera cuenta de que la echaba de menos y de que la quería. Pero la película

había terminado meses atrás. Y Wolf, en vez de regresar a California, había vendido su casa de Malibú y se había comprado una a las afueras de Dublín.

Tenía que enfrentarse por fin a la idea de que no iba nunca a regresar, de que lo suyo había terminado. Pero para dar realmente las cosas por terminadas tenía que tomar el paso que tanto le dolía, comenzar la separación legal.

Había pensado que si él no iniciaba los trámites, era porque aún la quería, pero quizás sólo estuviese esperando a que fuera ella la que diese el primer paso, quizás no quería separarse para no estropear su imagen, la reputación que tanto le importaba.

Con los ojos llenos de lágrimas, fue hasta su ordenador, entró en su cuenta de correo y escribió la dirección de e-mail de Wolf.

Wolf, quería que fueras el primero en saber que mañana voy a solicitar el divorcio. No voy a pedir pensión ni una compensación económica. Te deseo lo mejor, Alexandra.

Leyó y releyó el mensaje, esperando que sonara amable. Quería ser justa pero también fría. Envió el mensaje.

Al día siguiente, aprovechó su hora de la comida para ir a los juzgados, donde rellenó los papeles necesarios. Firmó y se los entregó al funcionario, que los selló.

—Si no hay disputa por la otra parte —le informó—, recibirá en seis meses una carta que confirme la disolución.

Alexandra le dio las gracias, se volvió y salió de allí con un nudo en la garganta.

Aquello sí que era el final.

Dos semanas más tarde, la invitaron a asistir a una fiesta. Ahora que trabajaba de ayudante de director, se había acostumbrado a ellas.

Cuando salió de la limusina, los flashes de las cámaras la cegaron durante un segundo. Se quedó sonriente al lado del vehículo un instante, luciendo su elegante y sexy vestido de satén azul. Al empezar a andar, volvieron a pedirle que se parara para hacer más fotos. Ella accedió, después de todo, seguía siendo la esposa de Wolf para el gran público.

De hecho, en noches como aquélla, y a pesar de la distancia geográfica, casi podía sentir su presencia, como si aún formara parte de su vida y de las cosas que hacía.

Al entrar en el hotel, le ofrecieron una copa de champán. Vio a Daniel de Voors al otro lado de la gran sala. Como Wolf, él también había estado en África terminando *La orilla en llamas*. La película sería estrenada esas navidades y se rumoreaba que Wolf sería nominado de nuevo para un Oscar como mejor actor.

Se dirigió hacia donde estaba Daniel. A pesar de todo, estaba contenta por Wolf. Se alegraba de que la película se hubiera llevado finalmente a cabo. Sabía cuánto amaba Wolf ese continente.

Daniel se movió de donde estaba. Al hacerlo, ella sintió un agudo dolor en su corazón.

Era Wolf. Él estaba allí.

Se le aceleró el pulso. Estaba guapísimo con un esmoquin negro. Llevaba el pelo algo más largo que de costumbre, lo que le daba un aspecto salvaje y masculino.

De pronto alargó la mano y atrajo a su lado a una mujer que tenía cerca.

Era Joy.

A Alexandra se le congeló la sangre en las venas. Él estaba allí con Joy.

No podía moverse, no podía ni dar un paso más. Dio gracias por estar rodeada de gente, de otra forma, se habría echado a llorar allí mismo. Ella no era una actriz, no podía esconder sus sentimientos. Verlos juntos esa noche fue lo más doloroso que había tenido que soportar.

Wolf no había contestado a su mensaje, pero la prensa se había hecho con una copia de los papeles del divorcio y una revista había dado la noticia.

Y ahora estaba delante de ella, con Joy. Aunque creyera lo que él le había dicho, aún le dolía verlos juntos; envidiaba el lazo que los unía. Era obvio que tenían una conexión especial. Ella, en cambio, se sintió más forastera que nunca.

Alguien la empujó, y eso la forzó de nuevo a moverse. Había cámaras por todas partes, y ella fingió una sonrisa. Lo último que quería era ver su foto en las revistas al día siguiente y con lágrimas en los ojos.

Ella lo había amado y confiado en él. Y eso le había roto el corazón.

Capítulo 14

No pudo dormir en toda la noche. Cuando sonó el despertador, se levantó destrozada. Tomó un café y fue al trabajo.

Todo el mundo estaba muy entusiasmado en la oficina. Al parecer Wolf había estado allí esa mañana, para reunirse con un ejecutivo del estudio. Kristie le contaba a las otras chicas en ese instante que el actor estaba más guapo aún de lo normal.

Fue hasta su despacho y se encerró allí; tenía mucho que hacer.

Había estado leyendo un guión durante largo rato cuando sintió un estremecimiento, como si alguien recorriera su piel con una pluma. Se llevó la mano a la nuca; tenía el vello de punta.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que no estaba sola. Wolf estaba dentro del despacho, apoyado en la puerta.

Durante largo rato, no hizo más que mirarlo. Parecía un pirata con su pelo largo y barba de tres días.

– Tu pelo está mucho más largo – le dijo ella sin pensar.

– Es para mi próximo papel, *Barbanegra*.

– Él era un villano.

– Y genial – repuso él, sonriendo.

– Era cruel – replicó ella.

– Práctico.

– Insensible.

– Legendario.

Alexandra se calló. No iba a ganar. Wolf era Wolf, siempre sería más listo, rápido, rico y atractivo que ella.

– Te fuiste muy rápido anoche – le dijo por fin—. Te fuiste antes de que pudiéramos hablar.

– No había razón para que habláramos – repuso ella con dolor de corazón.

– Teníamos que hablar de nuestro matrimonio.

– De nuestro divorcio – lo corrigió ella.

– He impugnado el divorcio.

– ¿Que has hecho qué?

– Soy irlandés y español, no creo en el divorcio.

– Pero esto es California.

– Y tú te casaste conmigo. Quizás sea un villano, cruel e insensible, pero creo en el matrimonio como una unión sagrada...

— ¿En serio? Entonces, ¿dónde demonios has estado? Creo que no has estado haciendo nada por salvar este matrimonio...

— Me diste un ultimátum — replicó él.

— ¿Así que te vas y no vuelves a llamar?

— Intentaba darte tiempo — dijo él, encogiéndose de hombros.

— ¡Para aprender a odiarte!

— El odio se parece mucho al amor.

Ella negó con la cabeza; no podía hacerle eso ahora, no allí, no de esa manera. Le dolía la cabeza de no dormir y llorar durante toda la noche. Había luchado durante meses por minimizar el dolor, evitaba verlo en la televisión, oír hablar de él.

Se había sentido destruida cuando salió la noche anterior de la fiesta. Se había sentido vacía, distinta, cambiada, y no le gustaba.

— Éste no es el momento, Wolf, estoy trabajando...

— ¿Y el trabajo es más importante que nosotros? ¿Más importante que nuestro matrimonio y nuestra familia?

— Nunca hemos sido una familia.

— Podíamos haberlo sido. Podíamos haber tenido una vida fantástica...

— ¿Cómo? ¿Contigo lejos de mí? Rodando una película tras otra, siempre lejos, siempre con otras actrices...

— Así que esto no es por Joy. Es más bien por tus propias inseguridades...

Alexandra simplemente lo miró. Tenía el corazón roto.

— He pasado los últimos meses analizando qué había pasado, y nunca he llegado a entender por qué se rompió. Te quería, habría hecho cualquier cosa por ti...

— ¡Elegiste a Joy antes que a mí!

— Elegí estar a su lado mientras luchaba contra una terrible enfermedad que amenazaba su carrera igual que acabó con su matrimonio.

— Pero deberías haberte quedado a mi lado.

— Y lo hice. Estoy aquí. He impugnado el divorcio... — le dijo él—. ¿Por qué demonios tienes que ser tan insegura? Tienes miedo de otras mujeres, tienes tanto pánico de que me enamore de otra mujer, que me estás apartando, no dejando que nuestra relación sobreviva.

Alexandra abrió los ojos de pronto. Lo cierto era que la conocía, la conocía demasiado bien. Sabía exactamente de lo que tenía miedo. No podía mirarlo a los ojos.

— Me mataría saber a través de la prensa que has encontrado a otra, Wolf. Y eso iba a pasar. Tarde o temprano, pasaría.

— ¿Por qué?

– Porque yo soy una mujer normal, no soy como tú.

No lo vio salir, pero supo que se había ido. Y su repentina salida le hizo más daño aún. Estaba aún atónita y completamente deshecha cuando el teléfono comenzó a sonar. Lo descolgó. Era su hermano Troy.

– Alexandra. Papá ha tenido un infarto, ven a casa, por favor.

Voló de inmediato hasta Bozeman, donde la esperaba su hermano Brock para llevarla al hospital. Su padre estaba en cuidados intensivos.

– Te hemos echado de menos, pequeña – le dijo su hermano, abrazándola.

– Y yo a vosotros. ¿Cómo está papá?

– Tan bien como cabe esperar en su estado.

Pero el tono de su hermano le decía que no había buenas noticias.

Cuando llegó al lado de su padre se inclinó sobre él. Estaba conectado a todo tipo de tubos y máquinas.

– Papá, papá, estoy aquí – le dijo ella.

Al principio no la oyó, pero luego abrió los ojos y la reconoció.

– Muy bien – dijo, suspirando con dificultad –. Me alegro de que estés en casa.

Alexandra se quedó a su lado hasta el atardecer, cuando llegó Dillon y le dijo que Brock la estaba esperando abajo para llevarla al rancho.

– Yo me quedo con papá hasta medianoche, cuando viene Cormac – le explicó –. Ahora vete a ver a los niños de Brock; se mueren de ganas de ver a su tía Alexandra.

Cuando bajó, Molly y Mack, los mellizos de Brock, estaban esperándola en la furgoneta con su padre; estaban encantados de verla.

– ¿Cómo está el abuelito? – le preguntó Molly –. ¿Ya habla?

– No mucho, pero sabe que estamos allí.

Cuando llegaron al rancho, ya había anochecido. Cenaron, y después jugó a las damas con sus sobrinos. Mack la ganó y después estuvo pavoneándose de su hazaña.

– ¡Chicos! ¡Son imposibles! – exclamó Molly, suspirando.

– Estoy totalmente de acuerdo – repuso su tía, riendo y guiñándole un ojo.

Los acostó y leyó un cuento. Cuando bajaba las escaleras, Cormac y Brock, que habían estado hablando, se quedaron callados.

– ¿Qué? – inquirió ella, mirándolos, preocupada –. ¿Es papá? ¿Está peor?

– No, papá está estable. Se trata de Wolf – confesó Cormac –. Viene para acá.

– Es un error. ¿Dónde lo has oído? ¿Quién te lo ha dicho? ¿Lo leíste en la prensa?

– Acabo de hablar con él por teléfono, llamó para preguntar por papá.

– Pero eso no quiere decir que vaya a venir – repuso ella.

– Dijo que venía...

– ¿Cuándo?

– No lo sé. ¿Por qué? ¿Hay algún problema? Wolf dijo que estaba todo arreglado.

– ¿Todo arreglado? ¿Es eso lo que dijo?

– Eso es lo que dijo.

Alexandra intentó llamarlo al móvil desde su habitación de soltera, pero Wolf no respondía. La quinta vez, dejó un mensaje en su contestador.

– ¿Wolf? Soy Alexandra. Me han dicho que vienes para acá, pero no creo que sea buena idea, por favor, llámame.

– ¿Has podido hablar con él? – le preguntó Brock desde la puerta.

– No.

– Puede que ya esté de camino. Está claro que le importas, de otra forma no vendría para acá.

– No es tan sencillo.

– Es tu orgullo el que habla. Es hora de olvidar y perdonar. Sólo es un hombre, y todos los hombres cometemos errores.

– Pero él no es sólo un hombre, es una estrella, conocida en todo el mundo y superatractivo. Yo no soy como él. No puedo estar a su altura y competir con las mujeres que lo persiguen.

– Entonces, ¿vas simplemente a darte por vencida? ¿Sin más?

– ¡Es que me duele! – dijo ella, llorando de nuevo –. Y también sufro estando asustada y preocupada, odio sentirme así. Odio no saber...

– Pero tú sí sabes, sabes que te quiere y que quiere permanecer casado contigo. Además, no hay garantías en la vida. ¿Crees que no me habría casado con Amy de saber que iba a morirse dos años después de la boda? ¿Crees que me arrepiento de haber tenido dos hijos que se crían sin madre?

– No – susurró ella –. Ella era el amor de tu vida.

– Así es. Igual que Wolf es el amor de tu vida. Hay cosas peores que tener miedo, Alexandra. Como perder tu corazón por completo – añadió, saliendo de la habitación.

A Wolf le costó mucho trabajo encontrar el rancho de los Shanahans. Cuando llegó, aparcó frente a la casa de madera y piedra. Tres hermanos de ella salían en ese instante.

– Hola, he venido a ver a Alexandra – les dijo a modo de saludo.

– Está con nuestro padre en Bozeman, en el hospital – le dijo Brock.

– Entonces esperaré por ella aquí.

– No quiere verte – agregó Dillon.

– La esperaré de todas formas.

– Quizás sea mejor que la esperes en Los Ángeles. Ella sabe dónde encontrarte, ¿no?

– La verdad es que no, ya no vivo allí. Así que, si no os importa, esperaré aquí.

– A lo mejor no me has oído. Ella no está aquí y, aunque estuviera, no quiere verte. Será mejor que te metas en el coche y vuelvas a casa.

– Esperaré por Alexandra – insistió él, suspirando.

Se abrió la puerta de la casa, y salieron Troy y Trey.

– ¿Qué haces aún aquí? ¿No te han dicho que te vayas? – le dijo Troy.

– Vuestro padre está enfermo. No es momento para...

– Deberías haber pensado en eso antes de romperle el corazón a Alexandra – repuso Trey.

– Vale. Quiero hablar con Alexandra, y vosotros no queréis que lo haga, ¿qué tengo que hacer para poder pasar unos minutos a solas con ella?

– Nada, no va a ocurrir – advirtió Dillon –. Tendrás que luchar conmigo.

– Y conmigo – agregó Brock.

– Yo también me apunto. Ya somos tres – dijo Trey.

– Cuatro – añadió Troy.

– Cinco – apuntó Cormac.

– A ver si me aclaro. ¿Si lucho con todos vosotros, podré estar unos minutos con mi mujer?

– Pelea con los cinco y conseguirás cinco minutos.

Los miró de uno en uno.

– ¿Dónde lo hacemos, en el granero o afuera? – les preguntó.

– En el granero está bien.

En cuanto Alexandra vio el todoterreno de alquiler frente a la casa, sintió esperanza y miedo. Era Wolf, había llegado. Por un momento pensó en irse de nuevo a Bozeman, pero luego aparcó. Sabía que había llegado el momento de perder su

inseguridad. Le debía una disculpa a Wolf. Esperaba que aún la quisiera para dar a su matrimonio otra oportunidad.

Cuando salía del coche, oyó un fuerte golpe en el granero. Miró a la casa; estaba demasiado en silencio. No sabía dónde estaban todos.

Antes de abrir la puerta del granero oyó gemidos y gruñidos, y supo que sus hermanos estaban luchando. Abrió el portón y se encontró a Dillon golpeando en la cabeza a Wolf.

—¿Qué diablos es esto? —exclamó, furiosa—. ¡Parad! ¡Parad ahora mismo!

Hicieron lo que les decía. Todos tenían un aspecto horroroso, con golpes y moratones. Wolf tenía sangre en la cara.

—¿Cuánto tiempo lleváis así? ¿Horas?

—A lo mejor una hora —contestó Brock, limpiándose la sangre del labio—. Quizás dos.

—Pero ¿cómo...? ¿Por qué?

—Fue idea suya —dijo Dillon, señalando a Wolf—. Dijo que lucharía con nosotros...

—No —interrumpió Cormac—. Fuiste tú el que dijiste que Wolf tenía que pelear con cada uno de nosotros para poder hablar con Alexandra.

—¿Qué? ¿Todos le habéis pegado?

Sus hermanos no contestaron.

—¿Cinco contra uno durante casi dos horas? —preguntó, perpleja.

—No fue exactamente así, hicimos turnos.

—¿Turnos? —susurró, lívida—. Dios mío, estáis todos locos.

—Lo hicimos por ti, Alexandra...

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí antes de que os machaque a todos! ¡Y no usaré mis puños, sino una pala o un rastrillo!

Sus hermanos salieron rápidamente de allí, y ella se volvió para mirar al maltrecho Wolf.

—¿En qué estabas pensando? —musitó ella.

Él se encogió de hombros.

—Sólo quería estar contigo. Quería estar aquí por ti.

—¿Por mí?

—Debes de estar muy preocupada por tu padre. Yo lo estaría si fuera mi padre.

—Y ¿por eso viniste?

—Alexandra, te dije que estaría a tu lado cuando me necesitaras. Por eso estoy aquí.

– Sí, siendo atacado por mis hermanos.

– No estaba yendo nada mal.

– Vamos a la cocina, te pondré hielo en los moratones.

Lo hicieron, y ella lo observó mientras le aplicaba el paquete de hielo. Le sangraba un corte que tenía en la mejilla y tenía golpes por toda la cara. Llevaba el pelo muy largo y no se había afeitado en mucho tiempo.

– Wolf, me preocupa que algunos de esos cortes acaben por dejarte cicatriz.

– A mí no me importa en absoluto.

– A mí sí.

– Alexandra, me pelearía con un centenar de hombres por ti. Mataría dragones también.

– Wolf, cuando te dije que lucharas por mí, no hablaba literalmente.

Él rió con ganas.

– Quizás sea demasiado mayor para ser boxeador profesional, pero no iba a perderte, Alexandra. Eres mía. Lo has sido desde el principio.

– ¿Cuándo me dijiste que era normal, una chica del montón?

– Normal es algo bueno, cariño. Después de diez años aguantando las superficialidades de Hollywood, tú eras un soplo de aire fresco. No tardé en darme cuenta de que, a pesar de estar lejos de casa, tú eras lo que necesitaba, a quien amaba y deseaba.

Wolf estaba consiguiendo que se derritiera. No era justo, nunca había podido resistirse a él.

Él le acarició la mano y después la colocó sobre su regazo.

– Ven conmigo a casa. Ven y empezaremos una familia juntos.

Ella se apoyó en su torso mientras Wolf la rodeaba con sus brazos.

– Entonces, ¿me perdonas?

– No hay nada que perdonar. Tengo tanta culpa como tú, no manejé muy bien la situación con Joy. Pensé que hacía lo correcto, pero ahora veo que sólo empeoré las cosas.

– ¿Está ya mejor?

– Estuvo en rehabilitación tres meses, y jura que ya no volverá a beber. Pero ésa ya no es mi guerra, es de ella, y los dos lo sabemos.

– Estabas muy preocupado por ella, ¿verdad?

– Pensé que iba a morir.

– ¿A morir?

– Mi madre también era una alcohólica. Por eso me llevó mi padre a Irlanda. Ella murió un año después, y siempre he culpado a mi padre, y a mí mismo, de su muerte.

– Por eso nunca le diste la espalda a Joy...

– Ésos son los secretos y demonios que te mencioné una vez, pero no podemos ayudar al que no quiere dejarse ayudar. Aprendí eso con Joy.

Alexandra rodeó su cuello con los brazos.

– Te quiero –le dijo.

– Debería haber estado a tu lado, haberte escuchado con el corazón, y no con la cabeza.

– Pero lo hiciste.

– No...

– Sí –lo interrumpió ella, besándolo con ternura–. Te quiero, Wolf –le dijo contra la boca–. Te quiero más de lo que puedo entender, y estoy tan contenta de que estés aquí y que me hayas esperado y luchado por mí...

– Siempre lucharé por ti.

– ¿Incluso cuando esté asustada y haga tonterías?

– Sobre todo entonces.

– Yo también he aprendido cosas, sé que si no me sentía amada era culpa mía, no tuya. Yo no me quería lo suficiente para creer que tú también lo hacías.

– ¿Cómo podría no quererte? Tu familia te adora. Tus hermanos harían lo imposible por ti. Y yo sé que nunca podría amar a nadie como te quiero a ti. Eres el amor de mi vida y me he pasado años dando vueltas por el mundo buscándote.

– Entonces, ¿es así como un medio irlandés medio español acaba en Los Ángeles?

– Vine para encontrar mi corazón.

– Te prometo que nunca tendrás que seguir buscando –le dijo ella con una lágrima de felicidad rodando por su mejilla.

Wolf le tomó la cara entre las manos.

– Y yo nunca voy a olvidar esa promesa –afirmó antes de besarla con absoluta pasión.

Horas después, tumbada en su cama de niña entre los brazos de su marido, Alexandra pensó que a veces esos finales felices de Hollywood se hacían realidad.

Fin.